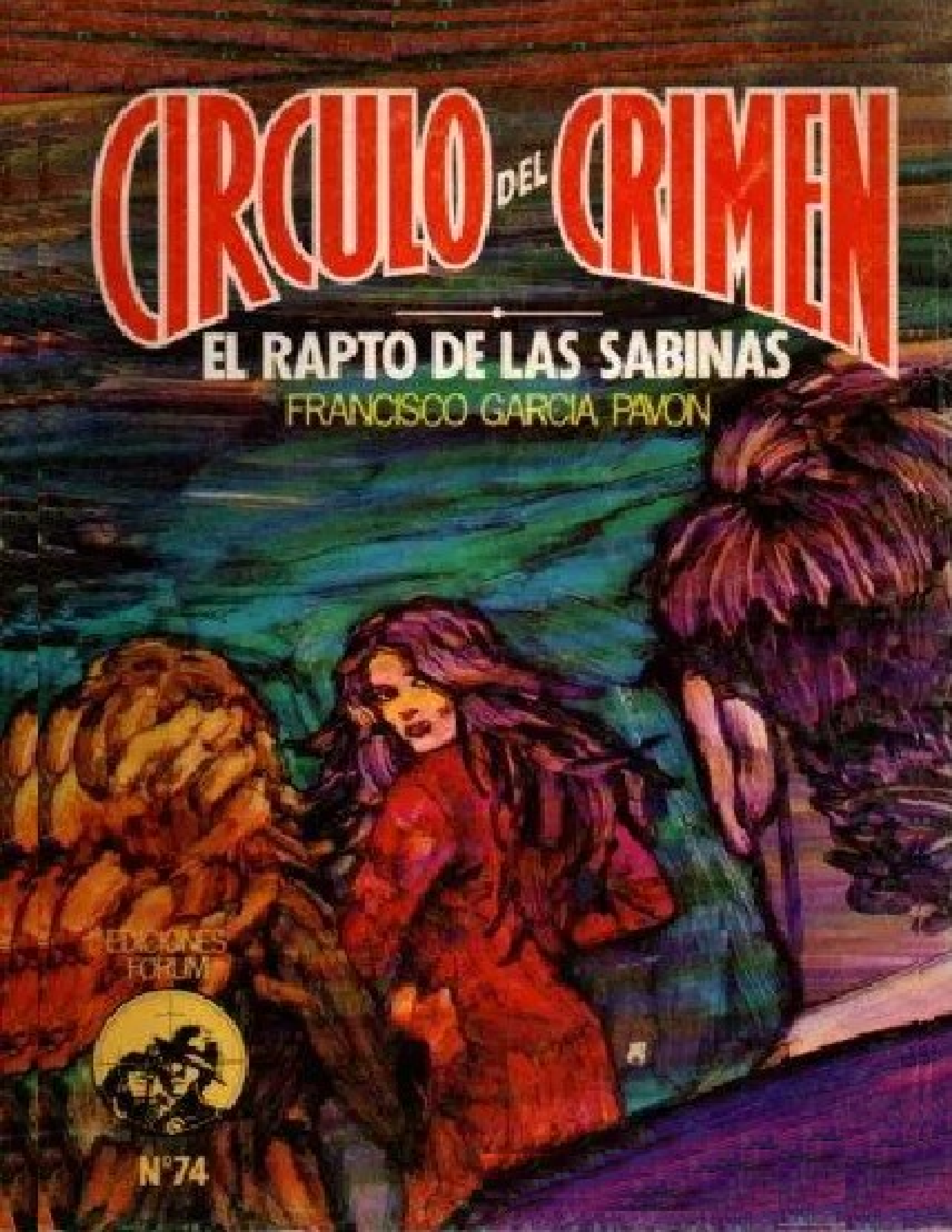

CIRCULO DEL CRIMEN
EL RAPTO DE LAS SABINAS
FRANCISCO GARCIA PAVON
EDICIONES FORUM
N° 74

Primero fue la Sabina Rodrigo, moza tremendona, de las que alegraban las pajaritas hasta a los más ancianos de la localidad. Desapareció por las buenas, como si se la hubiera tragado la tierra. Después ocurrió tres cuartos de los mismo con Rosita Granados. Luego le tocó el turno a Clotilde Lara.

Las circunstancias de tales desapariciones no pueden ser más misteriosas. El asunto se convierte en la comidilla del día para las fuerzas vivas de Tomelloso. *Plinio*, con la ayuda del veterinario don Lotario, emprende las investigaciones. No tarda en resultar evidente el delito de rapto…

Sin dejar de ceñirse a las normas estrictas del género policíaco, con su intriga, suspense y enigma, la novela añade a tales características de obligado cumplimiento la delicia de una ambientación manchega perfecta, el pintoresquismo de un lenguaje coloquial lleno de viveza y la sociología de unos tipos humanos que son realidad pura.

Lectulandia

Francisco García Pavón

El rapto de las sabinas

ePub r1.0
lezer 09.01.14

Título original: *El rapto de las sabinas*
Francisco García Pavón, 1969

Editor digital: lezer
ePub base r1.0

Con el caso del vizcaíno fingido y de las suecas lesbianas, felizmente esclarecido por el mejor policía de España, Manual González, alias «Plinio», Jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso (Ciudad Real).

A Julián Ayesta Prendes y José María Jové Arechandieta,
amigos de tantos días y razones.

1. Rapto de la primera Sabina: Sabina Rodrigo

Manuel González, alias *Plinio*, Jefe de la G. M. T., y su amigo y cooperito don Lotario, el que las bestias curaba (y lo digo en pretérito, porque desde la rebelión de los tractores su profesión de veterinario se quedó hueca), luego de haber tomado café, copa, faria y consumido todos los turnos imaginables de conversación con amigos y allegados, salieron del Casino de San Fernando para estirar un poco las piernas. Uno junto al otro, con las manos al riñón y en silencio total, empezaron a pasear por la Glorieta de la Plaza con muy poca ilusión, ésa es la pura verdad. Los pantalones de ambos, por tan luenga sentada, mostraban por la parte trasera mil estrellas y dobleces.

Desde el famoso caso de *Witiza*, iba ya para un año, no tenían crimen ni robo sabroso con que distraer la vocación. Y sabido es que en los pueblos, e incluso en las capitales importantes, si no hay faena, los pantalones se arrugan que es un dolor. Cuando en los casinos se está mucho tiempo, todas las energías del cuerpo se van en bostezar, hacer aguas, echar pitos y castigar las entrepiernas de los zaragüelles. En los casinos de los pueblos se ven muchos bordes de braguetas amarillentos por el pis, y otras tantas bocas abiertas expeliendo esos suspiros de goma con olor a especias que son los bostezos. Hay bostezantes muy machos que se quedan con la boca abierta mucho rato y la lengua abatida entre las ringlas de muelas pajizas, como si quisieran tragarse la tarde de una puñetera vez.

A los treinta o cuarenta pasos la pareja de sabuesos quedó quieta en medio de la Glorieta, jorobados de aburrimiento y sin saber por dónde rebanar las horas que faltaban para cenar.

Sin consultárselo, ambos amigos habían repasado mentalmente las posibilidades existentes de visitas y alternes, sin atinar dónde ir aquella tarde de casi vendimia, porque de verdad pensaban que ya tenían muy sobadas todas las barajas de evasión que el pueblo ofrecía. Así estaban de lacios, arrugados y descontentos los dos justicias del pueblo, cuando atinó a pasar junto a ellos Natalio Torres, alias *Copérnico*, procedente del otro Casino, con tan pocos proyectos como ellos, parejas arrugas en las perneras y el mismo semblante de no saber qué hacer con aquella tarde sin remedios ni conclusión.

Al verlos varados en el cemento con aquel aire de prendas a secar, les echó un cabo de plática.

—¿Qué os hacéis, pareja?

—Pues ya ves, Natalio.

—Ya veo, ya.

—¿Y tú?

—Pues ya veis… Es que las tardes siguen siendo muy largas.

—Coño largas —exclamó *Plinio*—, son catrales.

En éstas estaban cuando las campanas de la iglesia, bajo cuya torre se hallaban, comenzaron a tocar con tal ímpetu y pasión, que los tres parlantes tuvieron que callarse. Don Lotario, que era el más menudo de los tres, bajo el cañoneo de las campanas siempre sentía una especie de vibraciones en el estómago que lo dejaban palidísimo.

Plinio lo miró de reojo porque de antiguo conocía el fenómeno y vio, entre guasón y compasivo, cómo el pobre veterinario aguantaba con los ojos cerrados y la mano delicadamente puesta a la altura del píloro. Así, *Plinio* mirando a don Lotario, éste con los ojos cerrados y la mano donde se dijo, y Natalio sin caer en la cuenta de todo aquello, aguardaron unos segundos hasta que el campaneo dio

remate a su primer toque, y el aire sin badajazos se tornó sedeño y calmo.

—¿Y dónde vas tú? —le preguntó don Lotario apenas pudo hablar.

—Pues a mi casa. Me he cansado de estar en aquel Casino y me he dicho: «Pues voy a ver cómo se acuestan los gorriones».

—¿Es que en tu casa tienes buen aparejo para verlos?

—Hombre, colosal. Desde una ventana que da a los trascorrales. Allí, sabes tú, las tardes cansinas me coloco y no me aparto hasta que los dejo a todos acostaícos. Son muy vivos. ¡Qué tíos! Yo me los conozco muy requetebién.

—Sí, debe de estar bien eso —dijo don Lotario tirándole una indirectilla—. Yo nunca los he visto con detención.

—Hombre, pues veniros y pasamos el ratillo. Además, que tengo un queso en aceite de los de la Inocencia que está cañón —respondió, animado, el buen Natalio.

—¿Vamos, Manuel? —preguntó don Lotario al Jefe.

—De acuerdo, pero voy a decir a la tropa dónde estoy por si hay algo.

—No creo.

—Nunca se sabe.

Y metiéndose los dos índices entre los dientes, con cierto disimulo, dio un silbido breve. Matojos, el guardia de puertas, que como siempre estaba mirándose las botas lustrosas, entendió el reclamo y despegó en carrerilla hacia *Plinio*.

—¿Diga, Jefe?

—Si hay algo estamos en casa de Natalio.

—No creo.

—¿Cómo que no lo crees?

—Que no creo que haya nada.

—Cuando menos se espera, ya sabes.

—De acuerdo, Jefe.

—Vamos, que ésta es la hora en que empieza la recogida —les animó Natalio con cierta diligencia.

El segundo toque de campanas ya los tomó de espaldas. El proyecto de ver aparear los gorriones había traído un remedio de esperanza y casi de alegría a don Lotario en aquella tarde sin parcillas. Tan es así, que andando delante, como iba, del guardia y de Natalio, luego de mirar si había alguien más por la calle, dio un leve brinco y a más de media voz echó aquella seguidilla que tanto le gustaba.

Cuando voy por tu calle
doy un saltete,
pa que diga tu madre:
¡qué movidete!

—Lotario es el único veterinario del pueblo que se alegró con el remate de las mulas —dijo Natalio.

—Me llegó en el momento de la jubilación.

—Sí, y porque tiene más perras que un banco —explicó *Plinio*—, que si no, no andaría tan alujero.

—Natural, porque sus colegas están con la cara entre sobras.

—Cada época tiene sus aqueles y a los que nos ha tocado entre dos tiempos debemos tomar las cosas como vienen. A ver qué vida.

En estas pláticas cronológicas andaban, cuando llegaron ante la puerta de Natalio Torres. Abrió el hombre con la llave que pendía del cabo de una cadeneta, tan tasada, que para hacer funcionar la cerradura tuvo que tomar una posición de figura muy comprometida.

—Corta se te quedó la cadena, hombre —saltó el veterinario.

—Es verdad. Y siempre digo que la voy a llevar a que le añadan, pero nunca me determino.

—Pues determínate, porque te arrimas tanto a la puerta y con la barriga tan sacada que parece te estás haciendo aguas en tu propia

casa.

—Don Lotario está esta tarde muy ocurrente —comentó *Plinio*.

—Sí está, sí.

—No puede uno ni estar contento.

—Claro que puede. Y debe —dijo Natalio brindándoles la entrada.

Pasaron la umbría del portal y del patio de azulejos, dejaron atrás el primer piso y llegaron hasta un camaranchón muy relimpio con cofres antiguos, sillas de montar cubiertas de lonas, aparejos lujosos de mulas con clavos dorados y banderillas; perolas, un altar desarmado de maderas chillonas y un san Antón con un gorrino descomunal, que le llegaba a media cintura. El san Antón tenía cara de feroche y un barbón que se le enrollaba al cuello como tapabocas.

Natalio abrió con tiento las puertas de un ventanuco apaisado. Entró un remedio de sol color viejo y se dibujó un recuadro de cielo tiernísimo. Chistó a sus huéspedes para que guardaran silencio y les ofreció sillas frente al miradero. Desde éste se veía haldear un tejadillo, otro tejado lateral muy próximo y otro frontal más lejano al que servían de puente unos cables de la luz. En la pared del oeste, una parra de uvas de gallo, vieja y retorcida, casi crispada sobre las cales amalvadas por la tarde.

Natalio, sin dejar de otear por el miradero, sacó del cajón de la mesa un mendrugo de pan y con un cuchillo de cocina viejo empezó a migarlo.

—Están al llegar —dijo—. Cuando la sombra remonte el emparrado, es su hora. No marran. Son aves organizadas, que reciben la hora exacta del cuadrante del sol. No sé con qué rayo les pincha en los ojos o en su corazoncillo de maíz que, estén donde estén, vuelen por donde vuelen, siempre viran con el tiempo preciso para anidar a su hora. Los gorriones son peones solitarios. Trabajan por su cuenta toda la jornada sin hembra ni compañón. Y sólo vuelven al amor de la familieja al hundirse la tarde. Lo bueno es verlos fornicar. Yo los alcancé varias veces. Nunca vi bichos más

duros. Cual si tuvieran mecanismo. Echan veinte y hasta veinticinco casquetes, sin descabalgarse ni perder el compás. Como tarabillas.

Y al hablar de estas bajezas, Natalio, pillín, sonreía.

—Y que van a lo suyo —continuó—, sin más cascaras. Nada de arrumacos y amoríos, como los palomos, que son propiamente don Juan Tenorio junto al sofá. Los gorriones son expeditos, presos escapados, tacatá, tacatá. Y las hembras aguantan sin aparentar lujuria mayor, como si dijéramos por deber… Así les pasa a los pobres gorriones, igualico que a los hombres, que si tienen abundancia de hembras que llevarse a la entrepatilla, la espichan rápido. Duran poquísimo. Y no mueren por el pico, como los peces, sino por el abuso feroz de la minina. Son machos resecos y sin encanto en el trance. Coleando cual ventiladores. Y además, que ésta es otra, son celosísimos. Si a dos les gusta la misma gorriona, riñen como jabatos. Cierta vez vi a uno pegarle tal picotazo en la cabeza al contrario, que lo dejó seco. Cayó a plomo desde aquella canal frontera con las patillas estiradas y un cavernón en los ojos.

Natalio, con las gafas a mitad de nariz, hablaba con tal pausa y seriedad que no cuadraban muy bien con la materia de la charla. Por fin quedó en silencio. Los tres amigos miraban por la ventana. A lo lejos se veía, alta y gorda, la chimenea de la fábrica de alcohol de Domecq, la que pintó Antoñito López García, con el sol a la cintura. La tarde estaba tan serena y translúcida que no parecía remate de un día, sino algo exprofesamente creado, insólito, sin conexión con el resto del tiempo. Era una tarde para morirse junto a aquella ventana. Para morirse dulcemente, sin dolores, llantos ni curas; para morirse suave, abrazado por el cielo.

—Gorri, gorri, gorri —se oyó gritar.

—Puñeto —saltó Natalio Torres, alias el *Copérnico*, asomándose mucho a la ventana y mirando hacia arriba—, han entrado primero los del oeste.

—Gorri, gorri, gorri.

—Al *contao* vendrán por toda la cortina del cielo —siguió sin dejar de otear—. Suelen hacer unos nidos bastante farfulleros. Ponen pajas, plumas, hilos y todo lo que pillan. Y sabes que tardan. Si se les malogra por cualquier accidente, en un amén te componen otro… Mira, mira, ya llegan tres.

En efecto. Uno de ellos atejizó en una canal muy próxima a la ventana que caía a la izquierda de los tres mirones. Quedó parado sobre las patillas zopas y miraba hacia la parte por donde sin duda esperaba a los demás. Daba dos o tres saltitos y tornaba a mirar. Era robusto, duro, con sus alas cortas y la cola geométrica.

—Éste es macho —comentó Natalio en voz muy baja—. Tiene en la garganta una mancha negra. Son de la raza moruna, que campan por España hasta la llegada del invierno y se apartan durante la época fría al norte de África.

—¿Por qué sabes tú que son morunos? —preguntó *Plinio*.

—¿Que por qué? Porque tienen el casquete de color castaño encendido. Mirados de cerca, los morunos y todos, tienen la raya negra debajo de los ojos, como las mujeres que se pintan… Eh… ya vienen, ya vienen.

Acudían desde distintas direcciones e iban posándose escaqueados.

—Mira ése, dándole una paja a su mujer.

El gorrión asomaba la cabeza bajo la teja con una pajita en el pico. De cómo se la quitó la hembra no pudieron verlo los tres hombres. Tan sutil fue la operación. El gorrión, descargado, dio un vuelo corto hasta encaramarse en un cable de la luz donde formaban ringla otros compañeros.

—Faltan todavía más de veinte por llegar. Tengo contados veintiocho estos días, aunque deben de estar al nacer muchos gorrioncetes porque sí hará quince días que salió la última hornada.

Algunos entraban en el nido directamente. Natalio seguía contando:

—Y dos, doce, y aquél, trece, y ese otro, catorce. Así que estén todos les echamos el pan.

—¡Leñe! —gritó don Lotario—, aquél debe de tener mucho apuro porque ha entrado en el nido como centella.

—A ése siempre le pasa igual. Debe de ser muy celoso o tiene miedo.

—¿Por qué ha de tenerlo?

—Ah, no sé, pero estos bichos se parecen mucho a los hombres. Como viven con nosotros y de lo nuestro comen, tienen muchas levas y se las saben todas. Ahora veréis, cuando les eche el pan, cómo operan… Yo me digo que ése que entró en el nido tan raudo, y que yo le llamo *Periquito el Rápido*, tiene miedo, se la deben de tener sentenciada por alguna fechoría que ha hecho… Y observándolos bien, cada uno muestra su carácter. Luego veréis a *Pepito el Confiado*, que presume más que un señorito… Tienen colores de camuflaje (digo yo). Fijaros en el casquete castaño, el plumaje negro y rojizo. Andan a saltos. Los lados del cuello, gris… Los machos más bien lo tienen negro. No le dan paz a la cabeza… Y dos, dieciocho… y tres, veintiuno… Bueno, no esperamos a *Pepito el Confiado*. Voy a echarles el pan. Ya veréis.

Y tomando lo que tenía migado sobre la mesa, en dos puñados lo echó por la ventana. Asustados por el movimiento, los más próximos del tejado de la izquierda levantaron un vuelo corto.

—Fijaros. Todos están viendo el pan, pero ninguno se mueve. No se fían ni de su padre… Mira, mira… ya viene el espía.

Uno de los gorriones, luego de un vuelo corto hacia la mancha blanca del pan, se aproximó a saltitos y con los ojos alzados. Ya pisaba lo migado. Por fin, rápido, tomó una miga con el pico. La engulló. Esperó. Miró. Tomó otra con igual rapidez. Vuelta a la vigilancia.

—Éstos se comen lo que sea. Deben de tener el estómago tan duro como el clavillo fornicativo —dijo Natalio, sonriéndose otra vez con inocencia—. Ya se empiezan a animar los otros.

De pronto acudieron casi todos a la vez. Y los que llegaban en aquel momento de su viaje, al ver a los otros picotear, ya sin titubeo, se flechaban hacia el condumio.

—… Veintiséis… y veintisiete… Ya sólo falta *Pepito el Confiado*.

Las tejas habían quedado limpias de migas.

—Veréis cómo ahora —siguió Natalio— cada uno se va a dormir al sitio que le parece más seguro. No tengáis cargo de que se van a poner al alcance de gato ni hombre… Ves aquél, hale, a los cables de la luz… Ese otro a los sarmientos de la parra más alejados del tronco. Y los que tienen nido, adentro.

Cada gorrión iba hacia su sitio con vuelo preciso y sin titubeo.

—Las hembras ahora se ven poco. Casi siempre están incubando o al menos eso creo yo. Tal vez todos los que se cuelan en el nido son hembras. En lo que no se parecen a los hombres es en lo respectivo a la propiedad ajena. No tengas cargo que ninguno de ellos va a ir al nido del otro. Cuánto más justos son que nosotros… Muchas veces pienso, y Dios me perdone, si el hombre será un fallo de la Naturaleza. Los animales viven por vivir nada más. Nosotros vivimos que sé yo pa qué… Mira, ya llega *Pepito*. Fíjate qué tranquilo.

En efecto, llegó un gorrión solitario que, tal vez sugestionados por la caracterización de Natalio, les pareció reposado y hasta displicente. Se posó sobre una canal bien visible desde la ventana. Miró con seguridad hacia uno y otro lado. Natalio le echó unas migas. *Pepito el Confiado* quedó inmóvil, mirando hacia el sitio de las migas. Por fin se decidió. Bajó. Picó unas cuantas, no todas, que así era el hombre de elegante, y volvió a su canal. Se esponjó un poco, dio dos saltitos, y de pronto, en vuelo cortado, se metió en su nido.

—Éste es capaz de tener un nido para él solo. Como un piso de soltero… Todo el gorrionaje a dormir. Se acabó la función —dijo Natalio dando una palmada.

—El que sabe cosas de pájaros es Antoñete López Torres, el pintor —comentó *Plinio*.

—Ese sabe más que Adán, el del Paraíso. Especialmente de jilgueros. Un día tenemos que convocarlo —dijo Natalio.

—Como es pintor de cosas pequeñas, de aire y de sombras, sabe mirar a los pájaros como nadie, con esos ojos que ya le nacieron a propósito para ver plumillas y suspiros —comentó don Lotario.

—Ése, mirando un canario se pasa las horas muertas. Él y Canuto el barbero son el no va más en tocante a pajarería. Y ahora —se cortó Natalio— vamos abajo a tomar queso y vino que nos lo tenemos ganado.

—Y que lo digas, qué caray, que esto es vivir y no el estar tomando autobuses y metros en Madrid —saltó don Lotario.

—¡Si no se aburriera uno tantos ratos! —suspiró *Plinio*.

—Tú, Manuel, es que cuando no tienes casos te desazonas mucho —le comentó Torres.

—No es eso, es que hay poca amenidad. Todo muy igual.

—La paz es así. Quienes buscan cambios son los bélicos, que cuando se hastían arman una zapatiesta. Yo no creo que las guerras vienen sólo por apetencia de cuartos y negocios, sino porque los hombres se cansan del bienestar y empiezan a meterse con el vecino para buscar variación. Cuando el hombre está mucho tiempo quedo, piensa en lo que es, en su miseria y vecindad de la muerte, y enloquece —sentenció Natalio Torres, *Copérnico*.

—Hombre, yo no soy de ésos.

—No eres, pero te gusta el vaivén. Andad, vamos abajo.

En el comedor de Natalio el ágape, servido por su hija, no se redujo a queso manchego y vino como prometía: se amplió al lomo extremeño, salchichón catalán, hojuelas, rosquillas de anís y unas natillas con muchas soletillas.

Merendaban los tres amigos en amor y compañía, con muy buenas hambres después de la ruda faena gorrionera, cuando se abrió la puerta del comedor y sin más aviso entró el cabo Maleza con

la barba de tres días y una punta de cigarro color algarroba en un rincón de los labios.

—Así da gusto vivir —dijo a manera de saludo clavando los ojos en los masticables.

—Anda, siéntate y pica —le invitó Natalio.

—Con esas barbas ni hablar —le respondió *Plinio*.

—Si se hubiera usted chupado dos guardias seguidas como yo, seguro que no estaba con la cureña tan rasa.

—¿Qué pasa?

—Primero me permitirá usted que tome un trago, que para eso invita aquí el amigo Natalio.

—Sí, anda, Maleza, come y bebe lo que gustes, que tiempo habrá de dar recados.

El cabo, sin más explicaciones, arrimó una silla a la mesa camilla, y después de regarse la plaza con un vaso de vino tinto, comenzó a menudear lo mismo en lo dulce que en lo salado, con tal asura, que los cuatro que allí estaban, contando a la hija de Natalio, lo miraban sin pestañear Y la operación tomó unas proporciones tan desmedidas, que *Plinio* empezó a retirarle con mucha indignación los platos que estaban a su alcance.

—Pero déjelo usted que coma, Manuel —dijo la hija.

—Que se vaya a la cuadra. Pues vaya unos modales. Que lleva treinta años conmigo en el cuerpo y todavía no he conseguido que sea digno del uniforme.

Maleza, sin responder palabra, cesó su conversación con los comestibles, se envasó otro cristal de vino y empezó a liar un cigarro sin ofrecer.

—Desde luego —comentó al fin—, señores, es que todo lo que hay sobre la mesa está regular en su clase… Con cosas de este quilataje cómo no va a perder uno la compostura, Jefe.

—Mal educado es lo que tú eres.

Y como antes de que hubiese encendido su cigarro, don Lotario sacó el «caldo», Maleza se trasladó el pito propio a la oreja y se

dejó querer por el tabaco del veterinario.

Cuando todos, menos Natalio, que no fumaba, habían encendido y los chorros del humo empezaban a mirrar el comedor, *Plinio*, poniéndose ambas manos sobre las tablas de los pantalones, dijo:

—Bueno, señor cabo Maleza, ¿puedo saber por fin a qué se debe tan diplomática visita?

—Sí, señor Jefe, vengo a poner en su conocimiento que han robado a la Sabina.

—¿A qué Sabina?

—A la Sabina Rodrigo.

—¿La Sabina Rodrigo?

—Sí, Jefe, ésa de las crenchas negras, la del lunar al remate de la boca, la hija de Augusto Rodrigo Melgares, el de la Casa del Aire.

—¡Pero hombre! ¿La que tiene pelos en las piernas?

—Quiquilicuatre.

—Es una hembra de chupa de dómine —casi suspiró Natalio guiñando el ojo con malicia infantil.

—¡Pero padre! —le gritó la hija.

—Hija, uno, aunque es viejo, todavía distingue.

—No sé qué distinguirá usted, porque es muy ordinaria.

—Ya me explicarás despacio lo que tú entiendes por ordinariez —rezongó el padre mirándola sobre las gafas.

—A Manuel siempre le ha gustado esa mujer por los pelos de las piernas —dijo don Lotario.

—¡Otro que luce! —volvió la hija.

—Chica, perdona; pero a mí los pelos en las piernas de las mujeres siempre me dan qué pensar.

—Bueno, al grano —dijo impaciente don Lotario mirando a Maleza.

—¿Qué es eso de que la han *robao*? —terció *Plinio*, que no parecía muy de acuerdo.

—Pues nada, que lleva dos días sin aparecer por su casa.

—Pero hombre —dijo Natalio riéndose a toda boca—, a ver si es que ha ido a que la depilen.

—No, señor —aclaró Maleza—, que salió anteayer tarde de casa de su abuela después de comer, porque con su abuela está, para ir a ver a su madre, que vive en el Paseo de Circunvalación, y hasta ahora. Antes de dar parte han estado haciendo averiguaciones, pero nadie la ha visto ni da razón. El padre, Augusto, fue a la Guardia Civil, y el teniente lo ha remitido al juez y el juez a usted, Jefe. Me ha dicho que se ponga usted en marcha ahora mismo y que mañana le lleve noticias.

—¡Dios mío, Dios mío, y qué le habrá *pasao*! —exclamó la hija—. No me lo explico. Porque decente es muy decente.

—Pues que se la ha llevado uno que tenía los mismos gustos que Manuel —le respondió Natalio.

—Aquí no han raptado una mujer jamás… ni con pelos en las piernas —comentó *Plinio* pensativo—. Eso no se estila por estas tierras. Además, que no es fácil robar a una mujer dentro del pueblo, donde todos la conocen.

—Eso mismo he pensado yo, Jefe, y no soy listo como usted… Y en este caso tampoco cabe que la hayan raptado para pedir rescate, porque son gentes con buen acomodo; pero de millones, nada.

—Sí es raro, sí —dijo Natalio.

—Esto huele a caso gordo —dijo el veterinario frotándose las manos.

—La madre de Augusto Rodrigo, es decir, la abuela de la chica, vive en la calle de San Mateo —dijo *Plinio* como para sí mismo.

—Justamente en esa casa del corralazo y el ciprés —certificó el cabo.

—Siempre me ha extrañado el ciprés de esa casa, que asoma sobre las bardas del corral como un chorro de tinta —glosó don Lotario.

—Mi abuelo Lorenzo —dijo Natalio— contaba que antes de edificar por esa parte ya estaba el ciprés y a su pie, enterrado, un

capitán liberal que mataron las tropas carlistas en cierta descubierta sobre el pueblo. Luego, cuando los Rodrigos compraron el solar, lo aparcillaron y después hicieron la casa, conservaron el árbol como adorno. Pero yo he preguntado a Augusto Rodrigo y dice que nunca oyó que hubiera allí sepultura de carlistas o liberales… Y que muchas veces han tenido tentación él y sus mayores de talar el ciprés, porque es árbol medroso, pero nunca se han determinado por si la tala les traía desgracia.

—Yo no tendría un ciprés en mi casa por *ná* del mundo —dijo la hija.

—Son árboles tristes que recuerdan frailes y muertos —dijo don Lotario con desgana.

—Para el gato los cipreses y cuanto linde a la jetamuerte —añadió Maleza.

—Pues morir habemus. Es rabiche que no se excusa —sentenció Natalio mirándose las palmas de las manos con el gesto pensativo.

—Puta, puta, puta muerte. Cuando ella llega se acaban las mujeres con pelos en las piernas y reculonas como la Sabina, las tortillas de patatas, las hojuelas, la sobrasada, el vino claro del año, los cigarros bien echados y todas las cosas grandilocuentes de la vida —dijo Maleza.

—Te *paice* que la que han *tomao* con los pelos en las piernas… —rezongó como un coro entre sombras la hija de Natalio.

—Yo, cada vez que me miro el cuerpo y pienso que se lo han de comer las raíces, me entra un asco de vivir… —siguió Maleza.

—Dios Nuestro Señor nos acogerá en su seno y dará la vida eterna —casi rezó Natalio, que era hombre de buenos principios, mejores finales y muchísima religión—. ¿No te parece, Manuel?

Plinio dobló un poco la cabeza, entornó los ojos y dijo casi suspirando:

—Así está escrito.

—Yo, como casi no sé leer, no me fío mucho de las escrituras.

—No sea usted hereje, Maleza —chilló la hija desde un rincón.

—No soy hereje, muchacha. Sólo un poquito *desconfiao*.

—Bueno —cortó *Plinio*—. Será cosa de irnos a casa de los Rodrigos a ver qué explicación nos dan.

Se pusieron de pie los de la justicia. Maleza tomó la última hojuela que había en el plato como el que no hace nada y se despidieron de aquella familia que tan buena tarde les dio.

Plinio y don Lotario tomaron el «Seiscientos», que estaba aparcado en el bar Alhambra, y marcharon hacia la calle de San Mateo.

—No me cabe en la cabeza eso del rapto de la Sabina —dijo *Plinio* como para sí.

Don Lotario, afianzando junto al volante su pequeño esqueleto, contestó casi riéndose:

—Quién sabe, Manuel, a lo mejor hay suerte y comenzamos una etapa de casos apoteósicos.

Plinio se limitó a levantarse un poco la gorra de plato y a rascarse un parietal con gesto desanimado.

A contraluz del poniente, sobre las bardas bien enjalbegadas del corral de la hermana Asunción Melgares, la de la Casa del Aire, asomaba el cantado ciprés, como inacabable y vertical pluma de sombra.

Antes de bajarse del coche, preguntó *Plinio* con sorna:

—¿Tendrá que ver algo este ciprés con el rapto de la Sabina Rodrigo?

Don Lotario quedó mirando al Jefe con los ojos entornados, como quien intenta columbrar el recóndito alcance de un dicho cabalístico.

—A veces, Manuel, dices cosas muy extrañas. Siempre lo comento.

—Qué raro es en un corralón manchego este capirucho de penitente, este calamar que quiere saltarse la tapia y entintar la calle… A lo mejor la hermosura triste de los ojazos de la Sabina se logró mirando al misterio de este ciprés. Una casa con ciprés nunca se olvida. Es torre agorera que desasosiega mucho.

—El vino de Natalio te ha puesto lírico, Manuel.

—No; yo muchas noches de mi vida he soñado con este árbol de carroñas de la calle de San Mateo. Lo llevo fijo en el cerebro como una ceja mental.

Había vecinas ojeando desde las puertas y ventanas. Cuchicheaban entre sí sin dejar de mirar el coche de los de la poli.

Les abrió Tomás Rodrigo, hijo de Augusto, hermano de Sabina. Era un mozo casi moro con las cejas negras y sin norte, como puñaladas locas. La boca, sensual, voladora y brillante.

Los dejó pasar sin apenas contestar el saludo de los visitantes.

—Pasen *ustés* por aquí.

Cruzaron un patizuelo con piso de cemento sin montera y con ventanas amarillas, hasta una cocina lúgubre, con banca pintada color chocolate y vestiduras granates del Bonillo, mesa camilla raquítica y una bombilla insignificante y pegada al techo. Sobre la mesa había una «capilla» altísima, de madera de haya, con una Virgen de las Viñas alumbrada con dos mariposas de aceite.

—Siéntense —dijo Tomás—. La pobre abuela está rezando desde que desapareció mi hermana.

Tras la imagen de la Virgen y a la escasa luz, apenas se veía el bulto de la abuela Asunción. Tenía un pañuelo negro a la cabeza que apenas dejaba ver un jirón de su cara morena y rugosa. Los brazos y casi los hombros se perdían tras la mesa camilla, porque el asiento era bajo y la pobre vieja se arrimaba cuanto podía a la vitrina de la Virgen como si quisiera untarla con sus palabras.

—Abuela, *Plinio* y don Lotario, que vienen a hablar contigo —dijo Tomás como si hablase a alguien que estaba muy lejos.

La abuela miró a los tres sin dejar sus jaculatorias.

Virgen de las Viñas,
cuando yo era niña
me hiciste mujer…

El nieto hizo un gesto de resignación.

Virgen de las Viñas,
a los de mi sangre
cuídamelos bien.

—Abuela, que esperan estos hombres.
—Calla, coño…

Virgen niña,
niña virgo,
todos puros,
todos santos,
y pateta al terraplén.

Virgen de las Viñas,
que mi nieta niña
regrese a su casa
con su virgo, amén.

Virgen virgo,
virgo, Virgen.

Mientras la letanía, el nieto ofreció ronda de tabaco. Y cuando andaban por las primeras chupadas, la vieja soltó el amén con un respiro que casi fue un grito, se santiguó varias veces y con no pequeño esfuerzo apartó la «capilla» para mejor ver y ser vista por los visitantes.

Por la ventana que daba al corral se veía el arranque del ciprés, como una gran cadera que bailase quedo.

—¿Qué quieren? —preguntó la vieja.

—Nada. Que nos explique usted cosas de la Sabina —dijo *Plinio*.

Asunción quedó mirando con sus ojos chuchurríos, color frasco de yodo, y de pronto, sin que se notase preparación, dio otro de aquellos suspiro-gritos que solía, y al remate empezó:

—Mi Sabina. ¿Qué voy a decirte? Estaba demasiado buena para que la respetasen. Siempre temí que cualquier siesta un macho se la llevara a lomos. Aquel pisar tan duro, aquel brocal de caderas, aquellos pechos como ramos de flores no podían ser respetados. Tenía demasiada vida en un solo cuerpo.

—La pobre siempre habla de ella como si estuviera muerta —les confidenció el nieto.

—¿Qué dices? —le preguntó la vieja, recelosa.

—Nada, no digo nada.

—Estaba demasiado buena, hijos míos. No me gustaría haberme muerto sin verla parir, porque aquella carne tan morena y tan prieta, tan zumosa, a la hora de dar de sí, sería como una montaña después de la tormenta.

—Bueno, abuela, si a Manuel y al señor veterinario no les interesan esas cosas. Ellos quieren hacerte preguntas para indagar su paradero.

La abuela suspiró chillando otra vez y siguió por su cuenta:

—Si hubiese sido de condición zorra, hubiese arruinado a todos los hombres de Tomelloso y aun de Socuéllamos y Villa Robledo. Pero nació decente y con su mera presencia atormentaba a todas las braguetas del contorno… ¿A que digo verdad, Manuel?

—Pero abuela, que vas a poner cachondos a estos señores —protestó el nieto.

Manuel González, alias *Plinio*, Jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, al oír aquello se pasó la mano por la cara para rasparse la risa. Y al tiempo, pensó en los pelos de las piernas de la Sabina… y en el ciprés del patio.

Y don Lotario, también por cortarse la risa con la mano, se tragó el humo del cigarro por desviado conducto y empezó a toser y a echar lágrimas, como bombero que sale de las llamas.

—La han robado entre muchos, estoy segura. La han robado en cuadrilla y a estas horas se la habrán tirado ya entre aquellos prietos montes que están pasando la Ossa de Montiel.

—¿Y por qué cree usted que se la han llevado a la Ossa?

—Porque la Ossa le va.

—Vamos a ver, Asunción. ¿Usted había notado algo raro en los últimos tiempos? ¿La perseguía o rondaba alguien particularmente sospechoso?

—Todos la perseguían, todos la rondaban.

—Pero bueno, ¿alguien raro que hiciese cosas extravagantes?

—Todos los hombres que la querían hacían cosas rabanagantes.

—Extravagantes, abuela.

—Rabanagantes, Tomás. El domingo de Ramos nos ponían la fachada llena de carajos pintados. Muchas noches se oía a los mozos gruñir junto a la puerta, como perros enloquecidos.

—¿Le escribía alguien? ¿La amenazaba alguien concretamente?

—Ella no contaba nada ni hacía caso. El último domingo de Ramos puso uno en la tapia del corralón este versete:

Porque me digas que no,
Sabina, yo no me enojo.
Que un conejo como el tuyo
en cualquier monte lo cojo.

»¡Miau!, digo yo —gritó la vieja—. Sí, sí… y que no se enojaba, y que en cualquier monte… ¡Miau!

Y volvió a suspirar con el grito.

—¿Usted sospecha de alguno fijo?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—No. Y ya me he *hartao* de hablar. A hacer puñetas guardias y veterinarios.

Y poniéndose otra vez la Virgen delante de la cara, empezó a rezar a toda voz, como para que se fueran:

Virgen de las Viñas,
quítame la tiña,
no quiero morir.
Virgen de las Viñas,
con tu mano niña
llévame hasta el fin.

Plinio y don Lotario se levantaron y seguidos del nieto salieron al patio.

—La pobre está ya como una turbina. Tiene noventa y cuatro años y claro… Luego este entripado de la Sabina la ha trastornado más… Pero no, señor Manuel, no sospechamos de nadie. La chica es guapa y gusta, pero no es para tanto como dice la pobre abuela. Es su ojito derecho. Siempre lo fue. Aunque a veces le da la sombría y no conoce a nadie. Los días que está el tiempo así, un poco nublado mayormente, pues que ve a mi padre y le pregunta que quién es. Hoy está muy clara. Otros días cree que la Sabina es una hija que se le murió de moza. Y muchas veces que se le acuna el gato en el halda, le canta pensando que es uno de sus hijos cuando era mamón. Ya le digo, el *torrao* le funciona malamente. Pero aparte, no señor, no sospechamos de nadie.

A la luz de la tarde, las cejas del mozo moro parecían jirones de lana, o ramillas de ciprés colocadas de cualquier manera. Y cuando quedaba pensativo, los ojos se le fijaban en un sitio como anieblados y la boca entreabierta como si le pesara el maxilar de abajo y no se hiciera de él.

Plinio y don Lotario quedaron en la puerta de la hermana Asunción así como irresolutos. El Jefe, mirando al suelo, se rascaba

la nuca, y el veterinario vigilaba al guardia en espera de luz. Pero *Plinio* no alumbraba.

El ciprés, con las sombras de la última tarde, parecía más sólido y plomo. Sin embargo, en su masa verdinegra de vez en cuando rebullían pájaros. Los pájaros que verían a la Sabina en camisa mañanera y con la mata de negro al viento.

—Todas las vecindonas nos observan —dijo don Lotario por decir algo.

Plinio miró a su alrededor como si estas palabras del albéitar le dieran una idea.

—Vamos a preguntarles.

Y echó hacia la puerta de enfrente, en la que había dos mujeres. Una gorda, arremangada y salpicada de blanco, como si estuviera en la faena de enjalbegar. Y otra mediana y de luto con una cesta al brazo.

Al ver que el Jefe y su contramaestre iban hacia ellas, callaron y se pusieron tensas.

—A la buena tarde.

—Buenas tardes —respondieron cautelosas.

—¿Visteis salir ayer a la Sabina a eso de las tres?

—Pues verá usted —dijo la enjalbeganta—, yo estaba tras la ventana, como todas las siestas, dando una cabezadilla, porque así que se va mi Romero, sabe usted, y me levanto tan temprano, pues que me amodorro un rato… sí que la vi salir, como la veo todas las tardes. Tan *reapañá* que iba, tan airosa, con ese cacho de moñazo negro que Dios le dio… Sí que la vi, tan natural, con sus narices tan abiertas y el abrigo blanco de verano… La vi, le digo, pero no vi más digno de señalarse.

—¿Y no has notado si la rondaba alguien así, cómo te diría yo, especial?

—Yo, sabe usted, no soy de esta calle —dijo la otra mujer mediana creyendo que *Plinio* la miraba a ella—, no soy de esta calle,

pero bien que la conozco… y es cicata. ¡Con ese despeje de cadera y nalga!, y usted disimule.

Plinio se puso la mano por la boca para borrarse la sonrisa que se le vertía del labio y volvió a la gorda:

—¡Eh! ¿No recuerdas haber visto a alguien?

—Rondadores tiene a montones. Ya lo puedes suponer. La rondan señoritos y de los nuestros, pero a mí me parecen más enamorados que ladrones.

—Mujer, pero podría haber alguno que te llamara la atención.

—Para que te quedes tranquilo te voy a decir los rondadores que le conozco de los últimos tiempos. Mira…

—Un momento —le cortó Manuel—. Apunte usted, don Lotario.

Y el veterinario, súbito, se aprestó el lápiz y el bloc de ex-recetas. Y digo «ex» porque llevaba meses y aun semestres sin mandar unos simples calomelanos.

—Venga, enumera.

—Pues verás: Adolfo García «El Caballero», hijo, claro está, de la Caballera, la hermana de la Rosa-puta por mal nombre. Ése, ¿sabes quién te digo?, lleva años gastando suelas por estas carrilas. De vez en cuando, entiendo yo que la Sabina le da un trallazo y se evade. Pero se ve que al poco le renace la esperanza y otra vez a la ronda. Parece que el pobre no ha visto otra mujer en su vida.

—Otro.

—¿Otro?… Don Sebas, el de la botica. Claro que es mucho mayor que ella. Éste, el hombre es muy fino, raro era el día que no se daba una paseata por aquí. Y luego, se conoce que hablaron, yo no lo vi, y la muchacha le dijo que no. Yo sé, ¿sabes?, que lo pensó mucho, porque fíjate de qué familia es don Sebas y los cuartos que tiene, pero claro, tan viejo y ella tan carnal y tan refrescona, pues que midió las fuerzas, con el pensamiento digo, tú me entiendes y tiró las cartas. Él, don Sebas, para qué te voy a decir, no ha vuelto. Es un señor, claro.

—Otro.

—¿Otro? Un forastero, que es no sé qué del vino y viene por el pueblo de vez en cuando. Es un buen mozo. Un poquillo con pinta de matasiete. Es la tacha que le pongo. Se llama Fermín Utrillo o Burillo, no sé bien. Lo cierto es que han hablado varias veces y el juego, digo yo, que debe de estar en tablas… Y últimamente nadie más. Vamos, algún acompañante de ocasión, pero sin fijeza.

—Bueno, ¿entonces no te figuras qué puede haberle pasado?

—No… Mi hombre, pero ya sabes que el pobre es muy animal, estos días, desde que se corrió lo del asalto, es propenso a decir que como está tan buena se la ha comido alguien. Que se la ha comido entera. Yo me río con él. Que aunque una es mujer hay que reconocer que la Sabina está para eso y para más.

—¿Para más que comérsela? —dijo *Plinio* riéndose.

—Tú me entiendes.

Como a dos o tres puertas más allá, en la misma acera, había una viejecilla con un puesto de pipas y caramelos. Y junto a ella un mozo ya viejo, retraído mental según los visajes que hacía, sentado en un cajón de tabaco, con las piernas cruzadas a lo moro y unas gafas gordas sobre la nariz siempre acuática.

Cuando *Plinio* le hizo la pregunta, la vieja le respondió con desgana, nerviosa:

—Yo, mire usted, en cuanto me acuesto, ceno.

—Querrás decir —le corrigió *Plinio* con flema— que así que cenas te acuestas.

—Sí, señor policía… Y mayormente que no tengo vista.

—¡Releche! —gritó el porro echando aire y babas.

—¿Qué dice éste?

—*Pos* ya ve usted, que nació así.

El mozo sacaba la lengua mucho rato y los miraba con ojos vidriosos.

—¡Releche, releche! —repetía, aleteando con los brazos.

—¿Entonces no vio usted a la Sabina?

—Sí que la vi salir calle adelante, pero nada más, no, señor… Este pobre nació así, sí, señor. Es el nieto, que me lo dejaron sus padres que están en Alemania.

Luego de preguntar a otras vecinas sin sacar luz, fueron, por la calle de la Feria, hasta el comercio de Clavete.

La tienda estaba vacía, y Clavete, sentado sobre el mostrador, leía una novela.

—A las buenas tardes, Félix —dijo *Plinio* plantándose en la puerta.

—¡Leche, la poli! Pum, pum, pum —gritó, haciendo como el que dispara—. Estoy leyendo una novela de malos y se presentan *ustés*, telepatio, telepatio. Pum, pum, pum. Cuando no entra clientela leo novelas de tiros y así me creo que estoy en Nueva York… De mocete leía novelas picantes, pero ahora no las venden. Yo, la verdad, prefería las verdes. Mejor se está con cachondas en ligas que con los del FBI. Pero la moral de ahora dice que es mejor apiolar que hacer la picardía y no hay más que aguantarse. Y, hablando de otra cosa, ¿a qué debo esta visita de la autoridad?

Y los miraba con los ojos pequeños y la sonrisa apretada, como para hacerles reír, según solía.

—¿Tú sabes lo de la Sabina, Félix?

—Claro que lo sé —dijo bajándose de un salto del mostrador.

—¿La viste pasar por aquí el día que desapareció camino de su casa?

—Claro que la vi. Todas las tardes en punto como un clavo, como un Clavete, salía a verla. Me saludaba y yo le decía:

—Adiós, tremendona, que estás más buena que el arroz con leche.

»Y ella riéndose:

»¡Ay, Félix, que ya eres muy mayor!

»Otras veces le pedía:

»Anda, Sabina, déjame una vueltecilla con tu motocarro. Y ella se tronchaba. Y yo me quedaba fijo aquí, en la esquina, sin fallar un solo día, hasta verla desaparecer por la calle de la Concordia. Para mí, verle la tabla de la espalda —y lo de tabla es un decir— es un reconstituyente, me sentía hombre… usted medíquela. Algunas veces la paro para hablarle, y ¡madre!, echa un olor a hembra. ¡Qué rubicón!… Y les voy a decir un secreto. Cuando me toca alpear con la parienta y estoy así un poco *desganao*, pienso en la Sabina con la camisa a medio muslo y me pongo en forma.

—De modo que la viste pasar ese día.

—Sí, señor, y cruzar, y meterse por la calle de la Concordia camino de su casa.

—¿No la seguía nadie? ¿No viste algo sospechoso?

—Yo qué voy a ver, yo no veo más que a ella.

—No sabía que estabas tan enamorado.

—Qué va, si eso no es amor, es hambre.

—Pues como no aparezca te has quedado sin afrodisíaco —dijo don Lotario.

—A ésa, fíjese lo que le digo, la ha robado un ansioso. Yo, si hubiera entrado en mis cuentas robar alguna, desde luego que habría sido a ella… ¿Qué tendrán dentro las mujeres tan buenas —dijo de pronto como pensativo—, que de tal manera le revuelven a uno el universo? Ve usted una maleta de billetes, y se pone nerviosete. Nada más que nerviosete. Ve usted un muerto, y le da pena. Ve usted un niño, y le da ternura. Ve usted un tío fuerte, y le da envidia, pero ve uno una tía de éstas, tan rebuenísimas, y le da de todo a la vez…

—Muy bien, Félix, pero no nos aclaras nada —le cortó *Plinio*.

—Hombre, según y como; yo no le aclaro del robo, pero sí de mi sentir.

Echaron *Plinio* y don Lotario por la calle de la Concordia y antes de llegar a la casa de Augusto Rodrigo Melgares, padre de la Sabina, se sentaron en la terraza del bar Los Faroles, que está en

los Paseos de Circunvalación, cerca de donde iban. Allí tomaron unas cervezas con papas fritas y liaron unos cigarros en paz. Las pocas luces del paseo ya alumbraban y entre sombras, haciendo gurrapatos en el suelo, se veían pasar ciclistas, viandantes y algunos coches. Dentro del bar, en el salón de baile, se oía el ruido de futbolines y discos. En torno a una mesa próxima, mocetes en corro hablaban de los equipos de tercera división.

—¿Que qué me dices de la Sabina, Manuel? —preguntó el veterinario cuando ya andaban entre humos.

—Que entiendo lo mismo que usted, don Lotario —respondió el guardia sacudiéndose la ceniza de la guerrera gris claro—, que según la cuenta a la Sabina se la ha tragado la tierra.

—Pues ahí está el caso. Que no se la ha *tragao*.

—Por más que le doy vueltas a la cabeza no me imagino cómo puede haber ocurrido. Que no es una niña de teta, ni una peseta que se encuentra en el suelo. Que es una moza de veinticinco años que no pasa inadvertida a nadie y que sabe gritar y dar puñetazos si se presenta el caso.

—En este tiempo todavía hace calor y por la siesta suele haber poca gente en la calle.

—Pero en un pueblo se oye y ve todo lo que no sea normal.

—Habrás observado que en la calle de la Concordia, a las cinco familias que hemos preguntado, nadie la vio pasar.

—Pero eso no quiere decir nada.

—¿Por qué no preguntamos a éstos del corro?

Plinio quedó pensativo.

—No —decidió—, veamos primero lo que dice la familia. Si no aclaran nada, luego seguiremos las investigaciones más por menudo.

Pagaron la consumición y con pasos perezosos se acercaron a la casa de Augusto Rodrigo Melgares, padre de la Sabina. Llamaron por la puerta principal y al cabo de un buen rato alguien se asomó por la ventana y les dijo:

—Entren por la portada que está abierto el postigo.

Parecía mentira que Sabina, la robada, fuera hermana, por ambos sexos creadores, de la Lorenza Rodrigo. Si la Sabina era el sol padre, la Lorenza era una perra chica. Si la Sabina era el triunfo de la carne, Lorenza la apoteosis de las magras. Si la mayor era sobresaliente en curvas, la menor en perfiles arrecíos. Si la Sabina era la campeona de los muslos y el culo retrechero, la Lorenza lo era del horcate y el culo tablajero. Si la Sabina era una risa llena de luces y enjalbiegues, la Lorenza un pliegue de labios de tela y dientes ignorados.

—Pasen ustedes —les dijo la Lorenza, siempre con tendencia a pegarse a la pared para ser menos vista.

En la cocina, sentados en sus butacas de enea, como figuras de palo pintado, estaban Rodrigo Melgares y su mujer, la Sabina Perona. Gente de peso y reposo que no se movían con cualquier aire.

Augusto Rodrigo, boina negra, chaqueta negra, sin corbata, pantalón de corte y botas de elásticos. El pelo blanco se le enlanaba sobre el cuello alto. Inmóvil, con las manos sobre las tablas de los muslos. Su mujer, la Sabina, hueco el pañuelo de seda negro de la cabeza, fruncidos los labios y reclinado el corpachón, suspiraba a cada paso: «¡Ay, Jesús!». Se veía que el matrimonio estaba allí como esperando pésames.

Plinio y don Lotario se sentaron en unas sillas muy bajas, entre las butacas de los amos. A la Lorenza se le sentía sombrear por toda la cocina, sin ponerse nunca a tiro de ojo. Una vez echó insecticida. Otra largó al gato y se rebulló no sé cuántas veces.

—¡Ay, Jesús mío!

Los suspiros de la madre de la Sabina parecían salirle del último doblez de las entrañas, a través de tubos con recodos agudísimos. Aire de flato que sacaba algunas palabras enganchadas en su roce. A cada suspiro abría mucho la boca, como si se ahogase de verdad, y en un tic repetidísimo se pasaba la mano entre el pañuelo y la cara. Eran suspiros con algo de relincho, de nariz y boca abierta, de

ojos desorbitados y mano en la mejilla. Eran unos suspiros mucho más trágicos y prolongados que los de su suegra, aunque de la misma escuela.

Rodrigo era, por el contrario, una escultura solemne. Ausente de aires y soles, como si la vida no le rozase. Cada movimiento le costaba un compás de meditación.

Cuando hubo pasado un buen rato de suspiros y silencios, que *Plinio* no se atrevió a interrumpir, preguntó Augusto Rodrigo:

—¿Veníais a cosa hecha, Manuel?

—Sí… a ver si teníais algo que decirnos.

—Nada nuevo, Manuel. Que aquí no llegó. Mi madre, ya sabes, nunca quiso venirse a vivir con nosotros. No quiso apartarse de la casa de sus muertos. Siempre quiso ser ama.

—Siempre, siempre —coreó la madre Sabina con notable mal café.

—Desde chica le tomó querencia a la Sabinilla. Y la crió mayormente. Fue golosa de ella al verla tan hermosa y precoz de carnes.

La sombra de la Lorenza, desde no sé qué rincón, hizo un agrio ruido de vajillas y cristales.

—¡Ay, Dios mío!

—Por la siesta siempre venía a vernos. Y nos contaba las cosas del día, hasta media tarde, que merendaba y se iba con sus amigas a la novena, al cine o a pasear por la calle de la Feria. A la hora de cenar se volvía derechica a casa de su abuela. Eso es todo, amigo… Hasta el jueves, que no llegó.

—¿Tú sabes si alguien la quería de mala manera, si la seguían?

—¡Ay, Jesús mío!

—Nunca supe nadica de eso —dijo, luego de una pausa, Rodrigo.

Volvió el silencio.

—No se conocía una cosa así en nuestro pueblo —habló por vez primera la Sabina madre.

—Y tú, Lorenza, ¿sospechas de alguien? —le preguntó el guardia.

—¿Yo? ¡Ca! No, no señor… ¿Por qué había de sospechar? —respondió con dengue agrio, al tiempo que tomaba otra vez, sin venir a cuento, el aparato del insecticida.

Se oyó llamar a la portada con grandes aldabonazos. Salió la Lorenza. Y en seguida pasos y voces se acercaron a la cocina.

—A las buenas tardes tengan *ustés* —saludó con mucho copero una mujer reseca y decidida—. Pero ¿qué pasa en esta casa? Pero ¿qué acabo de oír? Pero ¿quién ha dicho que la Sabina no estuvo aquí el jueves?

Dijo esto plantada tras el corro de aquéllos que la miraban con la cabeza vuelta.

—Pero, Braulia, hija, explícate —dijo Augusto Rodrigo sin perder sus calmas.

—Si ya me estoy explicando, contra: que anoche llegué de Cinco Casas, adonde me fui el jueves, y me han dicho que han robado a la Sabina, que no vino aquí… Y sí que vino, vaya si vino, que yo la vi cuando me iba a la estación, y la vi con estos mismos ojos que un día criarán melgos.

—Anda, siéntate aquí y explícate —le dijo *Plinio* señalándole una silla—. Vamos por partes. ¿El jueves, tú viste entrar a la Sabina en esta casa hacia las tres de la tarde?

—Sí, señor, a las tres y cuarto, que el tren sale a las tres y media y yo me iba a mis vinotes a la par de Cinco Casas.

—Bueno, digamos a las tres y cuarto. ¿Tú la viste entrar en esta casa?

—No, señor, entrar, entrar, lo que se dice entrar, no, señor. La vi llegar, que es otra cosa. Usted me entiende, Manuel. Pero yo me iba a la estación y no tenía tiempo de reparar si entró por el postigo o no entró. Que llegaba, fijo, que sí.

—Entiendo, pero ¿a qué distancia de la puerta la viste?

—Conchis, ¿que a qué distancia? Yo no me acuerdo… A cinco pasos o diez pasos de la portada. Desde luego metida en la fachada.

—¿La saludaste?

—No, no la saludé. Yo iba a lo mío. Y ella mirando al frente.

Plinio pidió a Braulia que le acompañase a la calle. Todos se pusieron de pie y quedaron en silencio, como si el guardia hubiese propuesto una cosa muy dramática. Todos miraban a Braulia. Rodrigo con cara de tierna lástima, su mujer entre párpados, *Plinio* y don Lotario con impaciencia.

—Vamos, Braulia —dijo el Jefe.

Y la Braulia, con una congoja súbita, empezó a llorar:

—Pero ¿qué he hecho yo, Jesús mío, qué he hecho yo?… Encima que vengo.

—Pero mujer, no te pongas así —dijo Rodrigo con suavidad.

—Venga, chica. ¿A qué vienen esas aguas? —la persuadió *Plinio*.

—¡Ay, Dios mío! —gritó insólita la Sabina madre.

—¡Qué desgracia! —añadió la Braulia echando a andar sin ganas.

Salieron a los paseos, frente a la casa, ante la expectación de los vecinos. Un paso delante de los demás iba *Plinio* y llevaba cariñosamente a la Braulia cogida por el brazo.

—Venga, no seas llorica y dinos por dónde la viste, mujer.

Ella se puso a mirar a la fachada de los Rodrigo con mucha fijeza.

—Si no es como decía, si no es como decía —empezó de nuevo a gimotear.

—¿Que no es como decías?

—Que yo dije que la vi dentro de la fachada, pero la fachada, mire usted, empieza casi donde la misma portada.

—Ya decía yo —comentó tardón el Rodrigo—, si entre el comencipio de la fachada por poniente y la portada hay dos cuartas menguadas.

—Vamos a ver, Braulia, tú no pienses en la fachada —le rogó *Plinio*— y procura recordar a qué distancia la viste de la portada.

La Braulia dio un paso atrás para tener más perspectiva, pero no pareció satisfecha.

—Vámonos más para atrás.

Y telanda se cruzó hasta el otro paseo seguida de todos.

La noche era muy clara y se divisaba todavía toda aquella longura de casas.

—Como por aquí, enfrente de donde estoy —dijo después de haberse desviado diez o doce pasos hacia la izquierda—, como por aquí enfrentico.

Aquel enfrentico que señalaba ella era por lo menos veinte pasos antes de la portada de los Rodrigo y correspondía al tapial de un cercado que sí tendría sesenta metros largos, hasta la esquina a cuyo rodeo estaba su entrada.

Plinio se quedó con la mano en la mejilla mirando la pared sin enjalbegar del cercado. Todos a su vez miraban a *Plinio*.

—Vamos a ver una cosa, Braulia —dijo al fin con mucha meditación—, mírame a mí.

La Braulia se volvió hacia el guardia un poco temerosa, como obedeciendo una orden del médico.

—Piensa, recuerda bien. ¿Tú viste a la Sabina pasar delante de un enjalbegado o de una tierra de tapial? Recuerda.

La Braulia entornó los ojos y puso cara de astuta.

—Yo juraría —dijo al fin sentenciosa— que la vi delante de un enjalbegado, porque tenía mucho bulto su cuerpo.

—¿Seguro?

—Hombre, seguro, seguro… tanto como seguro… Pues, sí, señor, seguro, qué contra.

—Entonces no la viste antes de llegar a su portada. La verías pasada su casa. O en la otra manzana de más allá que también tiene cal.

—Hombre, es que bien visto yo iba para la estación, iba en contra de ella y a lo mejor yo había andado más de lo que creo hacia allá.

—Total, que lo mismo la pudiste ver doscientos metros más a un lado que a otro.

—¡Ay, Señor! —gritó la Sabina madre.

—Pues mire usted, a lo mejor. ¡Ay, Dios mío!, ¡y en qué lío me he *metío*! Que en esta vida todo es engaño, lo tengo dicho, y no sabe uno lo que ve y lo que no ve.

—Anda, vamos a ir un poco más allá, a ver si se te despierta la memoria.

Y todos, seguidos de un grupo de curiosos muy razonable, avanzaron paseo adelante, hacia la estación.

La Braulia iba como sonámbula, sin saber qué decir.

—Ya no, ya no —dijo con mucha desolación y parándose de pronto.

—¿Ya no qué? —le preguntó *Plinio*.

—Que ya no sé dónde fue.

El Jefe se plantó ante ella y poniéndole las manos sobre los hombros, ante la expectación de todos, le dijo de manera muy sentenciosa:

—¿No lo soñarías, Braulia? ¿No será un recuerdo de otro día?

—¡Ay, Manuel! —empezó a sollozar arrimándose al Jefe—, que me vais a volver loca… ¡Ay, Manuel! Que hace poco pensé que había tenido a mi marido a la par y hace cinco años que se murió el pobre… Cuando he llegado a mi casa y me dijeron que habían robado a la Sabina, me acordé de que la vi… ¿Para qué me iba a haber *acordao* si no la hubiera visto?

—Porque la has visto muchas veces.

—Pero ¿así, tan fija, yéndome a la estación? —dijo disgustada.

—Si siempre te vas a la estación a esa hora la habrás visto más de una vez, digo yo.

—Mil veces, Manuel. Milentas veces, Manuel.

—Bueno, mira, tú serénate, Braulia, duerme bien esta noche y mañana, más tranquila, piensa otra vez en esto a ver si recuerdas algún detalle que dé más claridad.

—¡Ay, Dios mío! —suspiró la Sabina madre, y luego, acercándose a *Plinio*—: Sabes lo que te digo, Manuel, que habéis puesto las cosas de una manera que ya pienso si no hará más de un mes que no he visto a mi Sabina.

—Pero, mujer —le amonestó el marido—, qué cosas. Entonces, ¿no recuerdas que el mismo miércoles se estuvo bañando en el tinajón? ¿Que la vimos desde la ventana?

—Todos los miércoles se baña en el tinajón.

—Mujer, no entontezcas.

—Bueno, dejemos este asunto para otro día, que las cabezas se están poniendo muy bombizas. Ya seguiremos otro día.

Y sin decir más, guardia y veterinario marcharon hacia la estación.

—Has hecho bien, Manuel, en cortar, porque empezaba a ser una sesión de espiritismo.

—Quite usted, por Dios. En esto se demuestra cuánta es la endeblez de la cabeza humana.

—¿Tú crees que la Braulia vio a la Sabina el jueves, como dice?

—Sé lo mismo que usted. Tengo la impresión de que quiso decir una cosa, le salió mal la explicación y luego se armó el bollo, al ver que no había fachada antes de la portada.

—Puede ser.

—O una oficiosidad por hacerse la importante, por ser bacina.

Y dándole vueltas a esto se llegaron hasta el bar Alhambra a tomarse una cerveza.

A las nueve de la mañana del día siguiente llegó *Plinio* a la buñolería de la Rocío a tomarse un cafetito con churros. A veces se mataba el

gusanillo con una copa de cazalla, otras, particularmente si se sentía optimista, prescindía de la copa. Aquella mañana la tomó.

—Malamente andamos de ánimo, Manuel, cuando le da usted al Chinchón —le dijo la churrera mientras colocaba sobre el mármol una nueva rosca de buñuelos—; a la Sabina se le ha *birlao* el mengue… Y es que está *usté* malísimamente acostumbrado, so alguacil, a que *tó* le salga de perlas, y claro, así que se le atraviesa un negocio, le ronca el estómago.

Plinio se limitó a mover el café sin responder.

—Y además, señor centurión, como me entere yo de que vuelve usted a desayunar en el Bar Lovi, cuando aparezca por aquí le arsenizo el mejunje, por éstas.

Como la hermana de la Rocío despachaba también aquella mañana, ésta tenía tiempo para amargarle la sangre a *Plinio*, que mojaba los churros en el café, sin darle réplica. Llevaba tantos años soportando sus bromas y cariño, que no podía pasar sin ellos ni necesitaba responder.

—¿Y si hubiese sido la Sabina la que hubiera robado a algún barbiespeso para llevárselo de viaje de novios?

Al escuchar aquella versión, algunos clientes que compraban tejeringos, esperaron con curiosidad la respuesta del guardia. Pero éste siguió como si tal cosa, aplicado a su desayuno y sin levantar los ojos del vaso.

—Estaría bueno, ¿eh, Jefe?, pero no se apure usted, que *pa* levantarle el espíritu y según les tenía avisado, sin necesidad de aguardientes, hoy comeremos en mi huerto una carnesita con ajos que se va a chupar los dátiles.

Fuera por el acicate del convite o, lo que es más razonable, por no seguir de hombre duro, *Plinio*, con el último trago de café, alzó los ojos hacia la de Linares y le sonrió con blandura.

—Y ¿cómo no? Puede usted llevar a su don Lotario y, si es preciso, al antipático de Maleza. Pero ni uno más. ¿Clarito?

Estas cosas decía cuando entró Braulio *el filósofo*, con un cestón de mimbre colgado del brazo que pesaba más que él.

—Coño —saltó al ver a *Plinio*—, si está aquí el maestro. Buenos días, Manuel.

—Hombre, Braulio, llegas a tiempo, ahora mismo pensaba ir a decírtelo. La Rocío, aquí presente, nos invita a comer choto frito en su huerta.

—¿De verdad?

—Clarito que de verdad —dijo ella, mirando a *Plinio* de mala manera.

—Eso está muy bien. Yo pongo el vino y al otro domingo invito en mi cueva a un pisto, porque no me gusta estar sin cumplimiento durante mucho tiempo —añadió al comprender la jugarreta del guardia a la churrera.

—Sí, señor Braulio. Se le agradece la aceptación y participaré en el pisto. Trato *cerrao*.

—*Tós* contentos.

—Y me gustará que podamos hablar despacio con el pretexto de la fritada, Braulio, que hace mucho tiempo que no te oigo cosas de la vida.

—Pues os hablaré mucho y longo, que estoy muy prieto de doctrinas. Y de un tiempo a esta parte cavilo más que nunca.

—¿Sobre qué, por ejemplo?

—Por ejemplo sobre el misterio de las mujeres.

—Lagarto, lagarto y no miente usted la soga —saltó la Rocío.

—Qué soga ni qué guita, que ya sé por dónde vas, Rocío; pero paciencia, que *Plinio* se hará con la moza… Yo me refiero a que, cuando mozo, a casi todas las mujeres les encontraba misterio. Unas por una cosa y otras por otra, todas me decían algo… Y de un tiempo a esta parte, fíjate lo que te digo, la mayoría me semejan materia inerte.

—Pero eso, Braulio —cortó la churrera—, no es porque a las mujeres les falte el ángel de pronto, sino porque usted ya no debe de

estar cabal.

—Qué tendrá que ver lo cabal y lo no cabal. Aparte de que estoy bastante bien por las partes naturales que tú apuntas. Es otra cosa. Es, ¿sabes qué?, la desilusión del mundo. Que cuando uno es inocente todas las criaturas te parecen divinas, y ya en el otoño de la hombría, todas las divinidades te parecen carne pudridera.

—¡Ole, machote! —le gritó la Rocío maliciosamente a la vez que entregaba un papelón de churros a una moza crujiente.

—Déjate de cuchufletas, que estoy hablando en profundo.

—¿Es que esta moza tan prieta y sanguina ya no tiene misterio para usted, filósofo? —dijo la Rocío señalando a la chica, que se puso como un capullo.

—No me personalices, Rocío, que eso no vale. Anda, muchacha, vete con Dios, que siga con el tema.

Marchó la moza más que aprisa y continuó Braulio:

—Con los años y el pesquis, llega uno a conocer de tal manera la naturaleza humana, la verdadera forma de la carne y las reacciones del cuerpo, que de verdad es difícil encontrar algo que te sobresalte el sentimiento o te encele. Todo, como cada día, nos llega ya sin sorpresa y sin esperanza… Antes, yo veía una mujer por detrás, pongo por caso, y decía: «¡Ay, lo que debe de tener ésa!», y ahora, si es que la miro, me digo: «Bah, esto, lo otro y lo de más allá lo tendrá igualico que aquel este, aquel otro y aquel más allá que ya vi». Todo queda ya alejado y nebuloso. Todo empieza a trocarse en sombras y calcomanías… La muerte inicia su trabajo mucho antes de lo que creemos.

—Ya está Braulio con su tema —comentó *Plinio*.

—Realmente, cuando uno muere de mayor, lo que de verdad caduca es la tubería, como si dijéramos, porque el licor poco a poco se fue evaporando en los tiempos antecesores.

—Total, que usted ya no es más que un sifón.

—Casi, casi. Una vasija en la que queda muy poco por evaporar… Está uno vivo de verdad mientras cree que todo es

posible. Y empieza a morir cuando sólo se preocupa de sujetarse los bolsillos para no perder lo poco que de verdad sabe que tiene. Yo de mocete quería ser coronel… O señorito con montes y queridas… Ahora me conformo con que no se me hielen las viñas y que por la noche no me dé la acritud de estómago… Fíjate qué diferencia.

Así se explicaba Braulio cuando entró Antonio López Torres, el pintor. Venía sin corbata y con los pelos blancos muy tufos.

—Hombre, Antoñete, a propósito —dijo *Plinio*—, estás invitado para comer hoy una carne frita en el huerto de la Rocío.

—Muchas gracias, Manuel… —dijo guiñando los ojos y llevándose la mano al mentoncillo, según solía—, pero ya que la anfitriona está presente, que ella lo diga.

—A quien Manuel invita es mi invitado. Y tratándose de un artistazo como usted, *pa* mi casa es una honra que la frecuente.

—Ya lo oyes —añadió *Plinio* riéndose.

—Pues muchas gracias… —dijo Antonio con timidez—. ¿De qué andáis?

—Aquí, Braulio, que dice que las mujeres ya casi no tienen misterio para él. ¿Tú piensas igual?

—Hombre… yo soy casi de la edad de Braulio y todavía me pica la curiosidad así que veo alguna que está bien.

—Bueno, es que los artistas son de otro nacer. Son gente con fe en cosas que los demás no olemos… Pero yo veo ya la vida como desde una ventana muy alta. ¡Qué coño! —reaccionó de pronto—, y tú, aunque seas artista, también, Antonio.

—Pero todavía la vida tiene sus alicientes.

—Tiene sus conformidades. ¿A que tú ya no piensas que puedes ser Goya y de chico sí lo pensabas? ¿O me equivoco?

—Hombre…

—Ni hombre, ni hombro. Ya te conformas con pintar una tableja que te salga bien.

—Pero algunos días como hoy, tan luminoso, tan transparente, y tan sereno, con el presentimiento de la vendimia, da gusto vivir.

—Claro que da gusto vivir, repiso, pero no con el motor alocado de los años mozos. De mozo salía uno a la calle cada mañana creyéndose el Gran Capitán. Y ahora, qué leche, sales sabiéndote muy rebién tu nombre y tus dos apellidos y que vas a volver con ganas de echarte la siesta. La vida es un engaño y mi tesis es, y aquí acabo, que se empieza uno a morir presto, pero que muy presto.

—Todo depende, Braulio, de la naturaleza sensible de cada cual. Hay viejos que son una hermosura. Y si no los pájaros…

—Ya está éste con los pájaros —exclamó Braulio.

—Los pájaros —siguió Antonio como iluminado— nunca sienten la pesadumbre de vivir.

—Coño, porque los pájaros son tontos. El hombre es un animal muy raro. Es un mono guapo y con chispa que tiene la desgracia de verse morir. Y los pájaros, no.

2. Rapto de la segunda Sabina: Rosita Granados

Con la prima historia de la mujer muerta y del hombre del casco encarnado.

Según convinieron, hacia la una de la tarde estaba toda aquella gavilla de sujetos en la huerta de la Rocío. Era la única hembra de la reunión, según costumbre. Solía decir ella que no le gustaban las mujeres. Que eran muy maliciosas y liantes. Y que los cerebros más vistosos anidan en la calavera de los hombres. Soltera y sola en la vida —vivía con una hermana casada—, la Rocío siempre que podía hacía juerga con tíos. Y no era por la picardía, que tenía fama de virgen e intonsa. Debía de ser «mujer de poco flujo y más dada a cavilaciones que a la querencia de la ingle», como decía Braulio. Desde luego, al hablar era muy mental y en sus ademanes se apreciaban algunos vigores de hombría. Pero tampoco esto significaba que tuviese *hobbies* extraviados. «Las cuestiones catrales no la desvelaban». Eso era todo, como decía también Braulio.

La huerta de la Rocío era más bien huertecillo, con pocos árboles, algunas verduras, una casita viva de puro encalada y noria de arcaduces que movía un rucio más viejo que el quiñón de la Elía. Solía decir la Rocío que, a su burro, de tanto dar vueltas con los ojos tapados, se le había olvidado morirse.

—Si estará *chalao* por el oficio, el pobresito pollino, que en la cuadra se pasa la noche dando vueltas como un sinaco.

La Rocío tenía aquel viejo huerto de su padre como consuelo total de su soltería. Ahorrando, ahorrando, le puso cerca, mejoró la tierra y amplió la casa. Cuando salía de la buñolería, allí se pasaba las horas muertas con el escabillo, entre las acequias, al son manso y endechero del agua que vertían los arcaduces. Las viñas habían vencido a los huertos por aquellos contornos, y los productos que en él criaba se los quitaban de la mano los colindantes.

—Me tengo que buscar influencias para que me entierren en este cacho tan fresco. Yo soy andaluza, y no me quiero pudrir entre los muertos de este pueblo, que son unos manchegos resecos y desabridos. Quiero, ya lo sabe Manuel, que el *pacen eternam* me lo echen en este solar. Usted, que es autoridad, podrá conseguirlo… En esta tierra del huerto sólo hay esqueletos de pajarillos, de lagartos y de aquel podenco que lamía las manos de mi padre cuando estaba *imposibilitao*. Yo no quiero estar enterrada entre huesos de prójimos. Además, con tanta cal y tantos tiestos como tengo por aquí, me haré la ilusión de que estoy enterrada en mi fierra, que es la de María Santísima.

Antonio López Torres, en vez de un postre, llevó a su sobrino Santiaguito López, que también estudiaba para pintor. Cuando quiso explicar por qué traía al sobrino, se puso tan colorado y se armó tal taco, que tuvo que cortarle la Rocío:

—No sigas, pintorazo, que ya sé que no te puedes separar de tu sobrino del alma. Que al que Dios no le da hijos le da sobrinos.

Santiaguito, con su cuello tan largo, se excusaba.

—Yo no quería, pero se ha *empeñao*…

Braulio trajo en su tartana una arroba de vino probado y un queso en aceite como un lamparón de gula.

Plinio y don Lotario llevaron en el coche pasteles, café, anís y, para darle la coña a la Rocío, un papelón de churros.

—Habráse visto la inmoralidad —dijo la Rocío cuando le ofrecieron el cucurucho como si fueran flores—. Pues están *ustés*

apañaos, polizones, que toda la santa comida les voy a estar hablando de la Sabina para avinagrarles la digestión.

Plinio se reía a media boca. Y don Lotario empezó a esparcir los churros por la huerta como si los sembrara.

—No me empuerque usted la tierra, por sus muertos, señor bestiario.

El postrer convidado era Samuel *el Rojo*, hombre de casi dos metros de alzada, con el pelo rojo azafrán, pecas como trozos de hoja seca por todo su cuerpo y una batería de dientes tan completos y crecidos, que jamás podía abrigarlos con los labios. Era labrador ricote, vecino de la Rocío, con fama de ser el que mejor guisaba la carne por aquellos contornos llaneros.

Según la cuenta, él había comprado el choto a cargo de la Rocío, y tenía encomendadas todas las operaciones que conducen desde la degollación del inocente, hasta su presentación en corro. La personalidad de Samuel *el Rojo* residía en su saque para comer carne y su arte para freírla. Por lo demás era hombre desapacible y esquinado, de muy secreta biografía. Sólo cuando alguien en el pueblo organizaba una gran comida, fritanga, cabritada, chotomortada o regodeo chicharrón, aparecía él como maestro supino y sin contrafuero.

La primera manifestación de la jornada fue un careo con el tinto que previamente refrescó la Rocío. Bajo la parra, en un lebrillo, con ciertos adornos de melocotón, pera y los andrajos de sol que se filtraban entre los pámpanos, lucía el tinto como una luna de sangre a cada nada rota por el trasiego de los vasos. Ayudaban el bebercio con unos tacos de jamón cortados como fichas de dominó.

—Esto es bebida y no el whisky ése que beben los señoritos zapirones —dijo el Braulio mirando al trasluz aquella lente tinta de su vaso—. ¿A que sí, Antoñete?

—La gente —confirmó éste— se pierde por todo lo que no es llano y les queda lejos. Cuanto más lejos mejor. Para nosotros los españoles hay muchas medicinas que saben mejor que el whisky, y

ninguna como el vino honrado o el anís dulce, que es la flor de los licores. Habría que hacer una revolución para volver a las cosas sencillas. La gente lucha por conseguir mercancías que le complican la vida y le quitan el sabor de vivir. La paz, el campo solo y el vino honrado, son tres bienes que ha perdido la humanidad.

Samuel *el Rojo*, apenas se trasladó dos vasos de vino, dijo a medias palabras que se iba a tasajar el choto. Y marchó con cierta prisa, como si lo llamase el lanudo.

—Lleva razón Antonio —añadió don Lotario meditabundo, con el vaso delante de los ojos—. Los hombres de ahora luchan por el lujo y la tontería. Los del futuro, si llegan a ser más sabios, lucharán por un mediano pasar, tranquilo, con tiempo para hablar, para desperezarse al sol, para poder mirar la caída de la tarde sin prisas y sin miedos.

—Que más vale un canario que una radio —dijo Antonio el pintor —. Y estoy seguro, como apunta don Lotario, que llegará una revolución de pureza y de sencillez, un verdadero cristianismo, que queme cuanto sobra y procure lo mucho que falta.

—No creo, eh, no creo —saltó Braulio *el filósofo*—. El hombre no es el animal más inteligente, sino el más loco, y andará perdido hasta que el mundo se changue.

La Rocío, que sentada en una silla baja repartía vasos, dijo:

—Estáis ustedes muy sabedores y yo no entiendo gran cosa, pero me creo que el mundo es cada vez mejor.

Cayó la conversación, pues el día no parecía para filosofías, y quedó un raro silencio. La Rocío hizo oído como si escuchara algo especial y sin decir palabra, con pasos silentes, se llegó al porche donde *el Rojo* tasajaba el cordero. Apenas espió un momento, se volvió con cara descompuesta hacia sus amigos y les hizo señas para que acudieran en silencio. Con mucha suspensión y extrañeza se allegaron todos en hilera y casi de puntillas hasta la altura donde la de los churros estaba. Y vieron cómo Samuel *el Rojo*, asido con cada mano a una paletilla de la res y muy ahocicado en la parte del pecho, haciendo ruidos caninos y resoplando sonoramente, mordía el

corazón y los bofes del cordero crudo. Tan hundido estaba en aquella fiereza, tan enlobado, que no advirtió que lo observaban.

Todos quedaron tan atónitos, que nada dijeron durante un buen rato.

Los tembleques y resuellos del *Rojo*, que restregaba toda la cara contra aquellas partes blandas y muertas, mientras sus dientes arrancaban cachos más que medianos, revolvían el cuerpo. Y fue la Rocío quien rompió aquel selvático espectáculo, porque empezó a dar arcadas agónicas y a echar cuanto llevaba dentro. Entonces Samuel *el Rojo*, como si entreoyese que le llamaban desde lejos, aflojó la presa y volvió la cara lentamente hacia donde estaban los espías. La tenía tinta en aguasangre, con fibras de carne entre sus dientes jabalinos. Y con ojos fijos miraba como sonámbulo que no entiende bien lo que pasa.

Al cabo de unos segundos, alguna idea debió de llegar a su cabeza, porque bajó los párpados, se limpió la boca con la manga y restregándose las manos en el pantalón de pana, con paso torpe y sin decir palabra, pasó ante el grupo, llegó hasta la portada y marchó. Sin decir palabra también, los espectadores, a excepción de *Plinio* que tenía la mano puesta en la frente de la Rocío para aliviarle sus angustias, se miraban estupefactos… Y en estas posiciones fijas de retrato estaban, cuando apareció el cabo Maleza lleno de polvo y con la colilla entre los labios.

Al ver el cuadro quedó suspenso intentando adivinar lo que allí pasaba. Pero sus entendederas, acostumbradas a fenómenos más suaves y contaderos, sólo le dieron de sí para exclamar:

—Pero ¡arrea!, ¿es que ya está trompa la Rocío?

Nadie le contestó de momento. La Rocío acabó por enderezarse, respiró fuerte, se pasó la mano por la frente, escupió fino, y con paso lento, seguida de sus invitados, volvió a la silla que ocupara junto al lebrillo de la zurra.

—¡Bendito sea Dios! —fueron sus primeras palabras—. Desde que tengo potra no he visto otra —fueron las segundas—. Te parece

qué, Virgen de las Angustias, comiéndose la carne cruda como una alimaña.

—Es que la condición humana es infinita —sentenció Braulio mientras se inclinaba sobre el lebrillo para servirse un vaso.

—Dirás la condición animal —tartamudeó Antonio el pintor—. Era como una fiera… hozando en las entrañas del corderico… Y eso debe de ser un vicio… Comerse el corazón a dentelladas como los prehistóricos.

—Nunca había visto ni oído nada igual —dijo *Plinio* a su vez. Y luego a la Rocío—: ¿Se te pasa?

La pobre se había quedado de cal y ciertas gotillas de sudor le destilaban por la patilla.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué pasa? —preguntó Maleza.

—Anda, tómate un vaso y dinos tú primero a lo que vienes —le ordenó *Plinio*.

—Yo, a lo que vengo es gordo, pero por éstas —e hizo la cruz con los dedos— que no se lo delato hasta que me cuenten la causa de este espanto, de esa angustia y toda esta faramalla de que se comían un corazón a dentelladas.

—Pues *ná*, Maleza —dijo Braulio—, que Samuel *el Rojo* nos quería dejar sin comer. Y ahí, debajo del porche, con el conque de descuartizar el cordero, se lió a darle bocados en los bofes y en las asaduras, con arrebato de antropófago… Y esta pobre, que fue la primera que lo descubrió, no pudo aguantarse y por pocas echa el quilo.

—¿Y dónde está ese cafre?

—Se ha ido avergonzado.

—Y borracho de sangre —añadió Antoñete haciendo un guiño y poniéndose la mano doblada bajo la barbilla.

—La leche, qué tío. Ésos son vicios y no el comerse las uñas.

—Y este hombre —siguió el pintor, excitado— en su casa debe de banquetearse con carne bullente hasta caer redondo. Iba como borracho.

—Sus dientes siempre me han dado miedo —comentó Maleza.

—Bueno, y ya que estás al tanto de lo sucedido, ¿puedo saber a qué vienes tan temprano?

—Pues… ¿me puedo tomar otro vaso?

—Anda, toma también de este jamón —le ofreció la Rocío, que empezaba a alentar.

—Pues que… agárrense ustedes. Que la guardia civil ha encontrado una mujer muerta cerca de la Hormiga. Por lo que me han dicho, está descompuesta y presentada en un saco de plástico. Ha llamado el teniente para que, antes de que el juzgado de Argamasilla levante el cadáver, lo vea usted. Como saben lo de la Sabina, dice que examine usted a la muerta por si saca algo en claro.

—¿Y no te han dicho la edad o algo que recuerde a la Sabina?

—El teniente, que es nuevo, no conoce a la Sabina. Por lo que dicen, no saben ellos quién pueda ser. Todo más bien es, digo yo, por si usted, que tiene tanta vista, sacase vislumbre.

—¿Vamos, Manuel? —dijo don Lotario poniéndose muy nervioso.

—¡Ay, Rocío, vaya convite! —dijo *Plinio* tomándose otro taco de jamón.

—Ande, Manuel, vayan ustedes y procuren volver hacia las tres, que estará todo preparado. No nos vamos a amilanar por tan poca cosa. A mal tiempo, buena cara.

—Vale —dijo *Plinio* poniéndose de pie y encendiendo un «Celta»—. A ver si apañáis bien la carne, pero las asaduras se las echáis al gato.

—De acuerdo, Manuel, la vamos a guisar mejor que el tiburón ése de la caverna. Ya verás qué ricura —le animó Braulio.

—Jefe, ¿me voy con ustedes o me quedo aquí echando una manita? Ya sabe usted que yo tengo gracia para guisotear.

—Tú te vas a tu puesto.

—Él se queda aquí porque lo digo yo. Es mi invitado —saltó la Rocío muy enérgica.

—Quien manda, manda, Jefe. Ya lo ha oído. Me quedo.

—Me río yo de tu vocación de policía —le reprochó *Plinio*.

—Y puede usted reírse a gusto. Yo la única vocación honrada que tengo es el no dar golpe.

Y sin más dilación el veterinario y el Jefe salieron del huertecillo. Tomaron el «Seiscientos» y salieron de pira por la carretera de la Alavesa.

Pasaron ante «Villa Pampanito», la finca del pintor Francisco Carretero, y de la huerta de Menchen, hasta toparse con la gran barrera verde que abrigaba la casa de los Huertas. Sobre el terreno esponjoso, los viñedos dorados, con las alas de los pámpanos declinativos por el frontero otoño. No sé qué extraña reflexión, no sé qué *ars muriendi* pone la otoñada en los lienzos de esta tierra. En la lente del horizonte, en el polvo leve que levanta el can que hocea; en la oveja que busca las últimas verduras o en el pájaro pinto que, sobre un sarmiento, se confunde con el grumo oro y ampara en la pámpana vinosa. Era, aquél, otoño precoz, casi otoño del llano manchego: una eclosión de violetas y rojos cansados, de aguas con hojas flotantes, de grillos caducos y de cielos que espejan capirotes morados. Una depresión casi homicida, que sorbe el corazón de los hombres, traga alegrías, hace las cópulas dolorosas y reduce a los humanos a un gran llanto geológico. Con el despertar de la primavera, este paisaje se siente pujante y decorativo, reina sobre los animales y los hombres que se deslizan sobre él como detalles delgados. Pero en el otoño, esta tierra sin árboles siente miedo y todo lo recoge, abriga y quiere llevárselo a la honda galería de sus sienes y podres sin esperanza. El otoño solidariza lo vivo con su menopausia y hace un gran panteón con todo lo que cree, grita, hoza, relincha, ladra, maya, canta y se mueve. Quiere hacerle el féretro al pecho en flor, al gozquecillo rabicorto, al mirlo guácharo, al lobezno de dientes recién estrenados, al cisne implume y al muslo joven que goza en la cuneta. El otoño en este campo es un gran dolor de pecho y espalda, ganas de morirse sobre las moras

podridas, entre las uvas tintas comidas de avispas, sobre la pinchería de los barbechos antiguos, casi cobres. El cielo se viste cinturones malva, los caminos se anegan y el agua de los esteros es barrizal de hojas caídas, frutas oscuras, pájaros muertos, cartuchos vacíos y gorriones de tela sin color.

Ya desde la carretera de Ruidera, hacia Tomelloso, vieron un espejismo. Un espejismo que figuraba aguas sanguinas, altísimos árboles desmochados, castillotes dentones y no sé qué banderas moradas, larguísimas, paralelas al viento. En las llanuras manchegas hay espejismos como en el desierto. Espejismos que copian ciudades que nunca llegaron a ser, fincas floridas y árboles sin nombre en las botánicas. A veces los labradores, seducidos por el espejismo lontano, se salen del surco y echan a andar besana adelante pensando llegar a un oasis de aguas y flores, de casas albas y árboles mocísimos; a un campo de verdad sin sed, tapizado de lagos verdeazules.

—No se me va de la cabeza —dijo *Plinio* de pronto a don Lotario, que conducía apescado al volante— el paso de Samuel *el Rojo*… Yo he visto matar hombres, descabezar reses y estirarle del cuello a los gallos, pero nunca sentí lo que hoy.

—No me lo recuerdes, Manuel. Qué ferocidad llevará dentro. ¿Te imaginas solo en el mundo con un hombre así?

—Tal vez *el Rojo* no se casó porque se tiene miedo.

—Claro, cualquier noche se habría comido a la mujer.

A un lado de la carretera, junto a una moto, vieron a un hombre con cara de desconsuelo.

Llevaba puesto un casco rojo, muy brillante, sobre el que se estrellaba el sol.

—Pare usted a ver qué le pasa a ése.

Quitó marcha don Lotario y se detuvo junto al de la moto tumbada.

—¿Qué ocurre, buen amigo? —preguntóle el guardia.

—Nada. Una avería.

—¿Podemos hacer algo por usted?

—Si fueran hacia el pueblo, llevarme; pero van hacia donde yo vengo.

—¿Y de dónde viene usted?

—De Ruidera.

—Nosotros volveremos antes de una hora; si todavía no encontró acomodo, lo llevamos.

—Muchas gracias.

Echaron a andar.

—¿Quién es éste? —preguntó don Lotario.

—No lo sé a ciencia cierta. A veces lo he visto por el pueblo, pero de paso, sobre la moto, con ese casco rojo y esa cara de pocos amigos… Siempre lleva escopeta o trebejos de pesca.

—Del pueblo no es.

—Quiá, éste lleva por aquí poco tiempo.

Por los viñedos próximos se veían hombres que andaban entre cepas, palpando racimos y haciendo cábalas para la inmediata vendimia. Gentes que calculan el peso de las uvas a ojos y les clavan el diente para medir la maduración definitiva. Las uvas son los últimos frutos de la lozanía del año, las que traen los más escondidos zumos de la tierra, las últimas mieles que engendró primavera allá en sus lejanos abriles. El mosto es caldo de tierra ya moza vieja, espasmo dulzón de la cuarentona que echa sus últimos alegrones bajo oros viejos y pájaros fugitivos. El mosto cálido y pegajoso es sangre tardía, llanto de premio Nobel, poema escrito con canas y olor a tabaco. Es sangre de abuela joven o de madre vieja. Sangre con muchas noches de lágrimas y reíres. El mosto viene del más soterrado ovarial de la tierra.

Seguían los espejismos como una laguna Estigia, ahora con líquidos malva y árboles cansados, como un corrimiento de aguas sobre la linde de la tierra y el cielo. El horizonte se rebelaba de tanto ser raya y se hacía charco larguirucho con casas veleras y árboles

bogavantes. La tierra y la misma carretera surtían humores sazonados. Era toda entraña generosa, jubilada ya del amor.

El estrecho Guadiana, por aquellos predios, en el otoño, toma color de vena y arrastra juncos dormidos y hojas como mechones de cabello castaño. Los álamos del río son color cana; los chopos repelones y las amapolas de los pastizales, ya viejas, forman charcos morados. Los lagartos, cubiertos de ceniza verde, ven morir la tarde junto a la ceña de los molinos aguadores. Una moza sentada en la ribera muerde con nostalgia la última hierba sobre la que fue montada una noche mayera. Todo el paisaje, aun a esa hora de mediodía, toma color de corazón antiguo y aroma de jugos viriles. Los poros de la tierra transpiran el olor de aquellas bodegas del pasado de los suelos, donde siempre nadan Bacos enrojecidos.

El monte bajo que linda la carretera forma gamas de azules violáceos, de romeros encanecidos, de tomillos sin flor.

Pasada la Hormiga, al borde de la carretera, vieron dos civiles en bicicleta. Frenó don Lotario junto a ellos. *Plinio* les echó la mano sin bajarse del coche.

—¿Dónde está la muerta?

—Ahí mismo, a unos doscientos metros adentro —dijo uno de los guardias con la cara del mismo color de la tierra.

Dejaron el coche junto a la cuneta y tomaron la orientación que les dijeron los guardias. Luego de remontar un alcor pajizo, entre carrascas verde ceniza, vieron un grupo de paisanos y dos civiles más.

—Ahí está *Plinio* el de Tomelloso —dijeron algunos al verle alpear.

Los que allí estaban eran en su mayoría pastores, guardas rurales, gañanes, molineros y gente de huerta. Los guardias, sentados en una piedra y apoyados ambas manos en los mosquetones, fumaban con cara de aburrimiento. Dos muchachos, también cansados del espectáculo, en cuclillas, sorbían de un melón

que habían reventado a golpes. Los civiles se levantaron al ver a los recién llegados. Habló el cabo:

—¿Qué hay, Jefe?

—Nada, Zuazo, que venimos a echar un vistazo a la víctima por si fuese conocida. ¿Vino ya el juzgado de Argamasilla?

—No, debe de estar al llegar.

Bajo una carrasca había un bulto cubierto con una manta.

—¿Quién la descubrió?

—Ese pastor —y señaló a un mozacón de muy buena presencia, que sin apartarse del grupo general, no perdía de vista unas ovejas que por allí pacían.

Éste, al comprender que hablaban de él, se acercó tímido, arrastrando las abarcas y con la cayada sobre el hombro.

—¿Vienes por aquí todos los días? —preguntó *Plinio*.

—No, señor; alguno que otro. Pero hoy, apenas llegamos, el mastín empezó a husmear por esta parte. Me llegué y vi a la mujer metida en una bolsa de plástico, un poco escondida entre la maleza, en ese reguerón. *Al contao* avisé al hermano Fermín, el casero del Buen Retiro, para que mandase a alguien a Argamasilla.

—¿Y el hermano Fermín, que siempre anda por aquí, no vio nada?

—Él dice que no. Ahí está —respondió el pastor.

—Llámalo.

El pastor, sin soltar la cayada y corriendo a brincos, se fue hacia un corro que había más allá de la muerta. Le dio el aviso y los dos se acercaron platicando.

El hermano Fermín debía de rondar los ochenta años. Gordito, muy colorado, con ojos picaros e inocentes a un tiempo y una sonrisa desdentada.

—¿Qué hay, hermano Fermín? —le saludó *Plinio*.

—Pues ya ve usted, de velorio.

—Vaya huéspeda que le han traído.

—Bastante *averiá*, por cierto.

Plinio antes de preguntarle se acercó al cuerpo muerto. Varios le siguieron. Tiró de la manta con cuidado. Se veía muy mal la muerta, porque el plástico que la cubría —un saco grande atado sobre la cabeza— estaba sucio de barro seco.

—Yo no he tocado nadica —se justificó el pastor.

—Has hecho bien. ¿Y usted, Fermín, no vio nada estos días que le llamase la atención? —le preguntó *Plinio* sin dejar de mirar el cuerpo, a través del plástico.

—Que no, señor, yo no llego hasta aquí. Ya estoy muy pesado, sabe usted. Y como el señorito Tomás corretea todo cazoteando, pues que yo no vengo.

—¿Y desde cuándo no ha estado por aquí Tomás?

—Pues qué sé yo, hará ocho días. Desde que se afeitó el bigote no ha aparecido… Ya sabe usted, como estoy aquí solo, porque mi mujer vive en el pueblo, que no le gusta el monte, más bien me muevo poco.

—Pero ¿tampoco has oído estos días nada sospechoso o soliviantado?

—Ca, no señor, esto pilla un poco apartado de la casa y ya estoy duro de oreja.

Los curiosos habían hecho un corro muy apretado en torno a *Plinio* y a sus dialogantes.

—Para mí que esta mujer no debe de ser de estos parajes, porque sacos de plástico no los he visto nunca. Además lleva pantalones de turista.

—¿Ninguno de vosotros —alzó la voz *Plinio*—, que sois de estos contornos, visteis estos días nada sospechoso?

De momento nadie respondió, pero al poco una mujer chatorra y un poquito preñada dijo:

—El que viene por aquí algunos días es un forastero con una moto y un casquete de hojalata colorado.

—¿Y qué hace?

—… No sé. Cazará, digo yo. Luego tira para Ruidera.

—Sí que he visto yo a ese hombre, pero no caza… Ni iba a traer a la muerta en la moto… —sentenció el hermano Fermín con su cara de niño.

—Yo no digo eso —aclaró la mujer—, lo que digo es lo que he dicho y ya está.

Plinio se apartó hacia el reguerón y se dirigió al pastor.

—Si dices que la muerta estaba aquí, ¿quién la llevó hasta ahí?

—Un servidor. Como estaba un poco cubierta de tierra y no veía bien lo que era, la arrastré hasta aquí.

—Ahí viene el juez —dijo el cabo señalando hacia la carretera. Esperaron todos en silencio.

Venían con don Pedro el juez, el secretario y el forense. Saludaron a *Plinio* y a don Lotario con pocas palabras. Les resumió el cabo de la Guardia Civil el hallazgo y se acercaron al cuerpo. Luego de mirar y remirar los tres hombres lo que a simple vista se veía, dijo el juez al cabo:

—Hagan el favor de quitar ese plástico.

El cabo quedó mirando el cuerpo sin saber por dónde empezar. Pero el médico, hombre menudo y nervioso, abrió su maletín, y sacando unas tijeras se dispuso a cortar el plástico.

Se agolpaba tanta gente, que el cabo y los guardias tuvieron que abrir galería.

El médico empezó a cortar de abajo arriba. Como no era fácil la operación, don Lotario le tensaba el plástico para facilitar el corte. En seguida empezó a esparcirse un olor tan denso y tan blando, que ahogaba. Las mujeres se llevaron la mano a la nariz.

Cuando entre el médico y el albéitar cortaron el envoltorio, dando tirones lo abrieron y despegaron, ya que estaba adherido en muchas partes. El cabello negro de aquella mujer, hecho una pasta endurecida, cubría toda la cara. El médico tuvo que tirar con verdadera fuerza para despejar el rostro. Era imposible de reconocer. Como si la hubieran arrastrado cara al suelo durante mucho trecho o la hubieran mutilado. Los músculos del rostro

estaban desgarrados, sin nariz, sin ojos y los dientes a la vista, muy apretados Todo era un boruño morado e informe. Tenía las manos atadas atrás y los pies con sólo un zapato, también maltrechos. La ropa, una blusa que fue de colores y unos pantalones azules oscuros, estaban embarrizados y pegados al cuerpo.

Plinio, con mucho cuidado, despegó una de las perneras del pantalón y calándose las gafas examinó las piernas. Miró a don Lotario y movió la cabeza con escepticismo.

—¿Qué dices, Manuel, que no la reconoces? —le preguntó al oído.

—Lo que digo es que no tiene pelos en las piernas… y que, claro está, no la conozco. ¡Cualquiera!

El secretario empezó a tomar el nombre del pastor que descubrió el cadáver y de algunos otros, así como a hacer preguntas sobre el caso.

—Mírale los bolsillos —dijo el juez al forense.

—No hay nada… Joven sí parece.

—Ya está ahí la camioneta —señaló el cabo.

A poco llegaron dos hombres trayendo unas angarillas.

—A mí que me apunten o no me apunten es lo mesmo —dijo el hermano Fermín entre medroso y tímido—. Que yo nadica vi hasta que me avisó el pastor.

—Usted tranquilo, Fermín, que no ha matado una mosca en su vida —le dijo *Plinio* posándole la mano en el hombro.

—Hombre, tanto como no matar es una desageración, porque liebres, perdices, pajarillos de las nieves, culebras, lagartos y hasta un águila sí que maté en mis tiempos mozos… Y a una mula vieja, en la agonía, le di un tiro… Pero hombres humanos o mujeres humanas, no, señor, nunca he matado… Ni pienso. Porque ya a los ochenta años y pico, ¿qué necesidad tengo?

Los que estaban cerca se rieron de las razones del hermano Fermín. Dijo el médico que cubrieran otra vez el cuerpo muerto y que, por su parte, podían levantarlo.

El juez se apartó un poco con *Plinio* y don Lotario, tiró de cajetilla y ya entre llamas preguntó:

—¿Qué piensas de esto, Manuel?

—Poca cosa. No es la chica de mi pueblo que ha desaparecido.

—A mí este caso no me parece de por aquí.

—Ya he pensado yo en eso… Pero buena gana de traerse una mujer muerta por estos desvíos y dejarla a la vista.

—Sí, pero no olvides —terció don Lotario— que ahora viene mucho turismo por Ruidera.

—Es verdad —afirmó el juez—, pero los delitos se suelen ocultar más.

—Tiene pintadas las uñas de las manos y de los pies. Y en los brazos un corte como de haber tomado mucho el sol —añadió *Plinio*.

—Parece como si boca abajo la hubieran arrastrado por la tierra mucho tiempo… Y con las manos atadas. ¡Qué horror! —apuntó el veterinario.

—Sepa Dios qué habrán hecho con esta pobre muchacha. En fin —dijo el juez—, vamos para el pueblo. Y usted, Manuel, si averigua algo, allí nos tiene.

Plinio y don Lotario se despidieron de todos y tomaron el «Seiscientos» para salir antes que la caravana fúnebre.

—Vamos a tiempo —dijo don Lotario consultando su reloj de bolsillo— para meterle la navaja al cordero de la Rocío.

—Este caso huele a gamberrada que apesta —dijo *Plinio*.

—¿Y tú estás seguro que no es la Sabina?

—Tan fijo como la vista. Tengo yo muy bien mirada a esa moza.

—Es una lástima, Manuel, que no podamos meternos a gusto en este caso que parece tan prometedor.

—Ea, pero ya sabe usted. El juez, mucha finura, pero cada uno en su sitio. Los argamasilleros son muy celosos de sus cosas.

—Qué me vas a decir. Si ahora están haciendo propaganda de su Jefe de policía y dicen que es tan listo como tú.

—¿Quién, Becerra? Qué va, es un hombre muy prudente y nada presumido.

—Déjate, que desde que descubrió aquel desfalco está muy crecido.

—Eso tiene gracia.

Plinio se desabrochó el uniforme, se colocó bien la porra de goma para que no le hiciese mal, y luego de un rato de silencio:

—No se me olvida la Sabineja… Eso de que los testigos de su última aparición nos la hayan dejado fija como un cartel pegado en la fachada de su casa, sin ir para atrás ni para adelante, es que no lo entiendo… A pocos metros de su puerta se le pierde la pista.

—Que se la tragó la tierra.

—… O que alguno se tragó la verdad.

—Mira, si está ahí todavía el del casco rojo.

—Pare usted, pare usted.

Frenó don Lotario y el del casco rojo se arrimó al coche por el lado que estaba el guardia.

—No me ha podido cargar nadie. Un motocarro que pasó sí se llevó la moto al taller que dije.

—Bueno, pues suba usted —le dijo *Plinio*.

El del casco pimiento era hombre espigado, cincuentón, moreno, de gesto inexpresivo y pocas palabras. Parecía contemplar el paisaje y no mostraba ganas de coloquio.

Plinio, que de vez en cuando le echaba una ojeada por el retrovisor, le preguntó de pronto, mientras con el pañuelo se limpiaba el sudor adherido a la gorra:

—¿Sabe usted de qué venimos?

—¿Es a mí?

—Sí.

—No, señor —respondió con presteza.

—De ahí, de la Hormiga, de levantar el cadáver de una señorita o señora.

—¿De qué ha muerto?

—No se sabe muy bien todavía. Estaba metida en una bolsa de plástico con las manos atadas atrás y señales de haberla arrastrado boca abajo.

—¡Qué barbaridad!

Volvió el silencio. *Plinio*, al cabo de un rato ofreció tabaco. Pero el del casco dijo que él sólo fumaba en pipa. Y sacándola empezó a atacarla con tabaco rubio.

Cuando ambos humeaban, *Plinio* volvió al interrogatorio.

—Usted no es de por estas tierras, ¿verdad?

—No, señor, yo soy del norte.

—Ya… ¿Y tiene usted por aquí negocios?

—No, es que me gusta esta tierra y paso temporadas.

—¿Y para en Tomelloso?

—Casi siempre. En la pensión Ondarreta… ya que parece tan interesado. Y otras veces en el Hogar del Pescador, aquí en Ruidera.

—Qué es usted, ¿pescador?

—Pescador… cazador y que me gusta esta tierra.

—Pues su tierra es muy hermosa.

—Sí… pero no me va.

—¿Y en qué trabaja, si se puede saber?

—Viajante de comercio, pero por mi cuenta.

—Ya.

Hasta llegar a la Alavesa no volvieron a hablar.

—Me han dicho que a veces cazotea usted por esta zona.

—No, señor. Nunca cazo sin permiso. Me gusta tumbarme por el monte, pero nada más.

—Pues dicen que usted caza.

—Pues han dicho mal… Además, yo les he pedido a ustedes el favor de traerme, pero no que me interroguen.

—Usted perdone; pero si acabamos de descubrir el crimen de una desconocida, usted es forastero que frecuenta estos sitios y yo soy guardia, lo natural es que le haga algunas preguntas, ¿no cree?

—Sí, será natural, pero molesto. Comprenderá que si yo hubiese hecho algo no iba a ir aquí sentado al lado de un guardia.

—Ya… pero usted comprenderá que yo cumplo con mi deber.

—Comprendo… comprendo.

Como entraban en el pueblo, *Plinio* volvió a preguntar:

—¿Le dejamos a usted en la pensión?

—Me apearé mejor ahí, en el garaje Cervantes o así, a ver qué tiene la máquina.

—Es muy suyo este tío, ¿no te parece, Manuel? —preguntó don Lotario cuando lo hubieron dejado en el garaje.

—Estos vascos son así… según dicen. Porque yo, la verdad, he tratado pocos, por no decir ninguno.

Cuando llegaron al huerto los recibió la Rocío muy sofocada por el guisoteo de la carne.

—A punto vienen ustedes, que ya aparté la sartén.

Al fondo, junto a la alberca, bajo los árboles, estaban los comensales, muy charlatanes y alujeros. Maleza, sin gorra ni guerrera, echado en la hierba, fumaba y bebía feliz.

—Así da gusto —le dijo el Jefe.

—Ya sabe que es mi *invitao*, maestro —explicó la Rocío.

—¿Y el servicio?

—No padezca, Jefe, que ya lo he arreglado por teléfono. Todo está en orden.

—Anda con Dios, que eres más fresco que una lechuga en el mes de enero.

—Aparte de que en enero no hay lechugas, Jefe, no se ponga usted así. Que por un día que alterne con usted no se va a quebrantar la jerarquía. Todos tenemos derecho a la vida.

Braulio ofreció un taco de jamón a los recién llegados y Antonio les sirvió vino.

Llegó la Rocío, ayudada por Santiaguito, con la sartenada de carne frita.

Bajo un rincón del porche, dos gatos devoraban lo que del corazón y los bofes dejaron los dientes de Samuel *el Rojo*.

—¿Se parece esa mujer a la Sabina? —preguntó la Rocío.

—No, señora.

—Pero bueno, *Manué*, ¿es que esta tierra se ha puesto de moda para la criminalidad?

Plinio contó el caso entre bocado y bocado.

A todos les impresionó el que la muerta tuviera el rostro deshecho al arrastrarla por el suelo.

Con los postres andaban, cuando en la portada del huerto sonaron dos aldabonazos estremecedores. Estremecedores, más que por la intensidad, por no sé qué trémolo y precipitación agorera. Quedaron todos con la navaja en suspenso o el porrón en el aire.

—Vaya comidita —dijo la Rocío como para tranquilizarse, a la vez que se dirigía a abrir la portada.

Cuando iba a mitad de terreno, volvieron a sonar otros dos aldabonazos tan solemnes y dramáticos como los anteriores.

Apenas abrió la Rocío el postigo, casi se precipitó dentro un hombre muy sofocado, con la camisa abierta, la corbata floja y el gesto descolocado.

—Es Pepe Granados —dijo don Lotario—. ¿Qué le pasará?

Sin cambiar palabras con la Rocío, que venía tras él con gesto de sorpresa, avanzó el llamado Granados, hombre de gran empaque, traje de verano muy señor, y el cabello rubio, aunque escaso. Llegó hasta el corro, concretamente hasta *Plinio*, y cuando estaba al alcance de su palabra, ocurrió lo imprevisto: se sentó —mejor dicho —, se dejó caer sobre una de las sillas de enea que había junto a la sartén y poniéndose con gran furia las manos sobre la cara, empezó a llorar con mucha energía y amargura.

Todos se miraron entre sí durante un espacio, hasta que *Plinio*, dejando la navaja y el pan, se acercó en silencio hasta Granados, y poniéndole la mano en el hombro le preguntó con cariño:

—Pero ¿qué pasa, don José?

Era un llanto sofocado y amargo. Llanto de hombre caído, con toda el alma en las lágrimas y el sollozo.

Aguardó un poco más y volvió al consuelo:

—Venga, don José, tranquilícese.

A don José le surtieron efecto aquellas nuevas palabras de *Plinio*, porque el llanto remitió un poco y agradecido puso su mano sobre la que el guardia le tenía en el hombro. Aunque en más piano, todavía sonlloró unos segundos, hasta que entre sollozo y sollozo, mientras se limpiaba las lágrimas con el pañuelo, dijo:

—La han matado, Manuel, me la han matado.

—¿A quién?

—A mi hija, Manuel, a mi hija. Tú lo sabes, Manuel, tú lo sabes —dijo alzando la cabeza al fin con los ojos arrasados en lágrimas.

—Explíquese, explíquese, hombre de Dios.

—¿No has visto el cadáver de una chica junto a la Hormiga? Era ella, estoy seguro que era ella.

Plinio hizo una cara de extrañeza y miró a don Lotario, que también tenía el gesto de quien se interroga a sí mismo.

—Pero bueno, ¿de dónde saca usted que era su hija?

—Estaba en Madrid, ¿sabes?, hace más de una semana… y como llevábamos tres días sin noticias suyas, llamamos hoy a casa de mi hermana, donde estaba pasando estos días —continuó mientras se enjugaba los ojos—, y nos ha dicho, fíjate, que salió ayer mañana… Ya puedes imaginarte. Iba a tomar el coche, loco, para ir a buscarla, cuando me han avisado de la Guardia Civil que han encontrado abandonado el coche de mi hija, allí por los atrases del Santuario de la Virgen de las Viñas… Y ahora, de vuelta de ver el coche, me dicen lo del cadáver encontrado junto a la Hormiga.

Y quedó mirando a *Plinio* interrogante, con los ojos muy abiertos y la boca apretada.

El Jefe, que mientras escuchaba se pasaba la mano por el mentón como reavivando sus recuerdos, dijo finalmente:

—Don José, desde ahora me atrevo a asegurarle que el cadáver encontrado no es de su hija Rosa, por una razón muy sencilla. Esa muerte de la Hormiga se produjo hace muchos días… ¿Digo bien, don Lotario?

—Dices bien, Manuel. Es un cadáver descompuesto de hace por lo menos una semana.

—Además su hija es rubia, y ésta es morena… Con las manos delgadas, y ésta varoniles… No, don José, no es.

—Ande, hombre de Dios —dijo la Rocío—, y tome un traguito para quitarse esa basca.

Don José, que tenía pecas en las manos, al oír las palabras tan convincentes del Jefe y de su adjunto, se sintió animado a aceptar el porrón, beber un largo trago, y limpiarse los labios con el fino pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la americana y a preguntar al fin:

—¿Seguro?

—Seguro, Pepe —le confirmó el albéitar.

—¿Y qué ha sido de mi hija, entonces?

—¡Ah!, ése es otro cantar. Hace unos días desapareció la Sabina Rodrigo y ayer su hija. Ése debe ser el camino. Por ahí sí que puede haber comunidad de casos, pero el de la muerte de la Hormiga me huele a interferencia ajena. Casi estoy seguro de que no me engaño.

—Dice bien, Manuel. Más hay que ligarlo con el caso Sabina que con el caso Hormiga —reafirmó el veterinario muy convencido, como siempre solía estarlo de las cosas que decía Manuel González.

Como entre muerte y desaparición hay un canal de esperanza, don José cambió el diapasón y pareció más sosegado.

—Si le parece a usted, tomamos el postre y vamos a ver ese coche de su hija y lo que en él hay.

—Muy bien, Manuel. Yo no he querido moverlo hasta que tú lo veas.

—Ha hecho muy ricamente.

Acabó la comida de prisa y con tal mala puñeta como había empezado.

Plinio y don Lotario se tomaron el café en pie y marcharon con don José Granados en el «Mercedes» que quedó afuera con el chófer.

Don José, entre el guardia y el veterinario, aunque tranquilo, iba muy serio, sin decir palabra. Se enderezó la corbata, abrochó el cuello y ofreció cigarrillos rubios que no aceptaron los justicias, que, como siempre, fumaron de su «Caldo».

Como a quinientos metros del santuario de la Virgen de las Viñas había un «R-10» color verde oscuro. *Plinio*, que descendió el primero, empezó a calcular por dónde habrían llevado el coche hasta allí. Y después de dar unas cuantas vueltas, dijo a los otros:

—No hay duda que lo han traído desde la carretera de Záncara, sin el menor interés en disimular.

—La Guardia Civil lo vio a primera hora de la mañana —dijo Granados.

Empezaron luego a examinar el coche. *Plinio* les pidió que no tocaran nada. Y lo dijo muy especialmente por el mecánico de don José, que trasteaba sin miramiento. Abrió con un pañuelo la portezuela junto al volante.

—Tiene la llave del contacto puesta —dijo *Plinio*.

Luego abrió el cenicero y miró con atención las puntas de cigarro que allí había.

—¿Su hija fuma negro o rubio?

—Rubio.

—Aquí hay ocho de rubio… con carmín y dos de negro con boquilla.

Levantaron luego el capot por ver si había maletas, pero estaba vacío.

—¿Traía su hija maletas?

—Traería varias porque fue de compras.

En la guantera estaba la documentación de Rosa Granados. *Plinio*, luego de mirar bien y tocar levemente con el pañuelo en la mano, como los policías del cine, añadió:

—Hay que avisar a la comisaría de Alcázar para que vean las huellas digitales… Aunque, bien mirado —se cortó—, sería mejor dejar el coche en sitio seguro, donde nadie lo toque, que tiempo habrá de hacer esa diligencia.

—Si quieres, Manuel, yo lo llevo guiándolo con dos pañuelos, ya que guantes no tengo —dijo don Lotario.

—Guantes tiene un servidor —dijo el mecánico, que había quedado un poco pospuesto.

—Pues déjaselos a don Lotario, que él sabrá hacer esto con mucho tiento.

—Qué raro es todo esto —comentó Granados—. Por estos terrenos nunca ha ocurrido nada igual.

—Sí… muy raro, pero que muy raro.

—Estas cosas pasan en otros sitios. ¿Pero aquí, en Tomelloso? Tú, ¿qué piensas?

—Ha pasado una nube malvada que no sé dónde nos llevará. En fin, vamos a trabajar, porque todo esto es tan gordo que no podrá estar oculto mucho tiempo… digo yo.

—Que Dios te oiga, Manuel.

—Bueno, ahora vamos para allá. Usted, don Lotario, tira para la casa de don José y allí veremos de dejar ese coche a buen recaudo.

—Hay una cochera en que podremos encerrarlo hasta que tú digas, Manuel.

Plinio oteó un poco más por los alrededores y al no ver nada ni nadie que le llamara la atención, dijo:

—Marchen… Pero vamos a parar un poco en la gasolinera, por si vio alguien pasar ayer a su hija Rosa.

Llegaron hasta la gasolinera que está a la entrada del pueblo. Se bajó *Plinio* y preguntó al hombre que estaba a su cargo. Éste se rascó el colodrillo, a la vez que se miraba la punta del pie, y dijo al

fin, como si se le abriera poco a poco la ventana de la razón, que sí, que «R-10» verde oscuro no había en el pueblo más que aquél, y que fijo que la vio pasar hacia el mediodía de ayer. Lo que no sabía el hombre es si había regresado por la noche en dirección contraria como quería saber *Plinio*.

—Las dos mujeres que han desaparecido —dijo *Plinio* ya otra vez en el cochea— ha sido en pleno día y de manera increíble. La Sabina, cuando iba de casa de su abuela a la de sus padres, y a pocos metros de ésta, según testigos. Y su hija Rosa, a mediodía y subida en su coche.

—Manuel, sabes lo que te digo —respondió don José, otra vez con los ojos llorosos—, que no me quedo tranquilo hasta comprobar que esa chica que han encontrado muerta no es mi Rosa.

—Lo comprendo… Y para quitarse el resquemor, si quiere, nos acercaremos ahora mismo al Depósito de Argamasilla.

—Sí, vamos —dijo con resolución.

Dieron instrucciones a don Lotario para que marchase a la bodega de don José, mientras ellos en un momento se allegaron al cementerio de Argamasilla.

Por el camino no despegaba el pico don José y de cuando en cuando suspiraba con muchísimo sentir.

En la puerta del Camposanto encontraron con gran sorpresa a la Rocío, Braulio *el filósofo*, Antoñete, Santiaguito y Maleza.

—No es cicata la bacinería de éstos, ni *ná*. ¿Qué se les habrá *perdío* aquí? —dijo el Jefe.

Y pasó ante ellos sin mirarlos ni responder a Maleza, que le saludó llevándose la mano a la gorra. Se dirigió al forense, que también estaba allí:

—Perdón por la intromisión…

Y le explicó lo ocurrido a la hija de don José. Uno de la secreta y el sargento de la Guardia Civil les hicieron corro hasta que acabó el cuento.

—Puede usted estar tranquilo, Granados —dijo el forense—, le he hecho la autopsia y esa mujer lleva muerta seis u ocho días. Tiene contusiones y hematomas. Posiblemente la mataron a golpes y arrastraron después. De todas formas, si usted quiere, puede asomarse —le dijo brindándole la entrada.

Don José entró muy decidido seguido de *Plinio* y el médico.

Estaba sobre el mármol cubierta con una manta. El forense tiró de ésta. Apareció completamente desnuda, la carne amarilla y las sajaduras de la autopsia con podres.

Don José quedó mirándola con fijeza y dijo en seguida:

—En efecto, no es. Pobre mujer.

Plinio se acercó mucho más y empezó a mirarla con detenimiento. La cara casi deshecha, como se dijo, la cubría una espesa crencha negra. Algo llamó la atención de *Plinio*. Se puso las gafas y examinó el pelo con detalle. Luego tocó la mata de cabello y llamó al forense:

—Mire usted —señaló.

—Sí, ya me he dado cuenta. Es grasa, grasa de coche.

Aunque el médico le había desatado las manos, seguían unidas a la espalda.

—¿Esto son mordiscos? —preguntó el guardia.

—Está perdida de mordiscos por todos los lados —dijo el médico —, pero no son profundos, no son asesinos. Posiblemente fueron anteriores a la paliza.

—¿No ha visto usted nada más que le llame la atención?

—Alcohol en el estómago. Mucho alcohol. Debía de estar borracha de whisky cuando le ocurrió lo que fuera. Parece un caso de sadismo.

Cuando salieron del depósito, Braulio *el filósofo*, subido en una tumbilla de infante, hablaba de esta manera a los que con él estaban:

—En serio os digo que todo es así de engañoso y transitivo, que todo nos pasa por la cabeza y el corazón como el río bajo los puentes, sin dejar otro rastro que alguna rama entre los juncos y un retronar sin bordes, que no se sabe cuándo empezó ni cuándo ha de concluir.

»Que somos cedazo de figuras, palabras y quehaceres, en cuya tela, al final, sólo quedan las arrugas y canas que nos fabricó el tiempo.

»Y en tocante a la muerte misma, una de las causas principales por la que a todos nos duele, es por el temor a que nuestros convivos nos olviden; a que a los pocos meses del viaje, nuestros propios hijos tengan que entornar los ojos y forzar la memoria para recordar cómo era nuestra cara y nuestros andares. Cómo nuestra voz y el ademán que hacíamos para llevarnos la cuchara a la boca. Tememos hasta que a nuestra mujer, el que la tenga, le parezcan sueños aquellas cabalgadas que durante tantos años hicimos agarrándonos a sus ijares… Porque el primero que se olvida de todo es el que se muere. Se olvida hasta de sí mismo; y apenas le cede el párpado, ya no es capaz de recordar si fue, dónde y cómo vivió, y cuál fue el mal último que lo llevó al garete.

»Y se olvida de los hijos que tiene antes que éstos estrenen el luto; y de los nietos que jugaron con sus canas; y de la mujer que le hizo la puñeta hasta el mismo zaguán de su tránsito…; y de los dineros, si los tuvo; y de la almohada donde clavó su último perfil. Leche.

—Le digo, Jefe, que vaya tardesita —le comentó la Rocío en voz baja—: primero el comeasaúras; luego, usted, que se va a ver a la muerta de la Hormiga; más tarde, el pobre don José con su pena, otro luego este cementerio; la muerta ésa que me ha vuelto el cuerpo y ahora el sermón de la montaña de este Braulio, que está medio *mamao* y me tiene el corazón en un puño.

—Si no fueras tan relicencia no sufrías.

—Si han *sío* éstos que me han *arrastrao*.

Plinio, sin dejar responderle ni perder su severidad, siguió mirando a Braulio, que con los ojos como brasas y la boina en el cogote, parecía un anacoreta iluminado por la atención de la concurrencia.

—… Y el que se muere, *ná* más abrir la boca, se olvida de la justicia o injusticia que fue su vida; y se queda con la mismísima ignorancia que tuvo antes de ser alumbrado… Por eso, creedme de verdad, que no hay injusticia alguna en olvidar a los muertos, porque ellos son los delanteros en todo olvido. Y el cementerio no es el huerto de los olvidados, sino de los olvidadores.

Hasta el mismo don José Granados, pese a su natural preocupación, escuchaba aquel arrebatado discurso de Braulio, que parecía hinchado de sabiduría como pocas veces.

—Todavía nosotros nos esforzamos en recordar a los que fueron, con lápidas, cruces y epitafios, mientras ellos yacen bajo la tosca haciéndonos un corte de mangas eternal.

»Y caeréis en cuál será la alteza de esta doctrina, si pensáis que la verdadera compensación de que nos traigan sin permiso a este valle de lágrimas, es que después de una corta biografía de gilipolleces, volvamos a la misma umbría, también sin aviso, quedándonos en pareja ignorancia y limpieza de memoria a la que teníamos antes de venir… Y pobres de los que son recordados si volvieran a vivir: no se reconocerían de lo puro deformes que quedaron a través de charlas, libros y esculturas.

»Y tú, Antonio López Torres, pintor de este llano, escucha particularmente lo que voy a decir ahora.

Antoñito, al oírse nombrar, se puso un poco colorado, guiñó los ojos, y apoyándose el codo derecho sobre la mano izquierda, se llevó la diestra al maxilar y se dispuso a escuchar.

—Lo bueno de haber sido, es que se deja de ser totalmente para los demás y para uno mismo. Y de verdad, de verdad, que lo único que queda es lo que escribieron, inventaron, pintaron y esculturaron

los mejores, los pocos hombres que en pequeño, como Dios, saben crear.

»Feroz desigualdad con el resto de los mortales tienen los artistas. Por eso los que bien escriben, inventan, pintan o esculturan son poco apreciados, cuando no proscritos y muertos por sus convivientes. Que la mayor injusticia, Antonio, te lo digo yo, no reside en que unos sean pobres y otros ricos (que tanto el hombre como la sociedad poco duran), unos feos y otros hermosos (que todas las carnes paran en la misma caricatura), sino en que muy pocos seres sean capaces de hacer cosas de verdad imperecederas, mientras el mundo todo y la mayoría numerosa, muramos con las manos sobre el ombligo sin hacer nada que sobrepase los siglos y honre a los que vendrán… Ésa sí que es la gran injusticia sin remedio…

Y según su costumbre, cortó en seco. Quedó Braulio mirando unos segundos a su boquiabierto concurso, hizo su habitual gesto de amargura y despachó al personal con un «He dicho, carajo».

Bajó el hombre de su piedra en un silencio entre respetuoso y frío y quedó escuchando a Antonio, que le hizo un comentario en voz baja.

—¿Te parece bien que marchemos, Manuel? —le dijo don José.

—Vamos.

Y partieron hacia la bodega a recoger a don Lotario.

Plinio se encontraba con tal desazón y desarreglo de cabeza por la acumulación de sucesos en aquel día, que pretextando urgencias, luego de dejar a don José en su bodega y de prometerle mucha diligencia en la investigación del caso Rosa y naturalmente de despedirse de don Lotario, que también estaba excitadísimo, marchó a su casa.

Halló a su mujer e hija escuchando la novela de la radio.

—Así da gusto vivir —les dijo nada más entrar.

—Malas pulgas trae padre —comentó la vieja a su hija. Y luego en voz alta—: ¿Qué te pasa, hombre de Dios?

—No me pasa nada. Voy a echarme un rato.

Y sin añadir palabra se fue a su cuarto. *Plinio*, entrañable padre y entrañable esposo, quería a la manera castellana, sin alujerías ni mimos, sin cortesías ni finuras, con el ademán recortado y la palabra seca, temeroso de que le diera la luz en el corazón de puro blando y caramelo.

—Pero, muchacho, espera que abra la cama.

—Deja. Eso también lo sé hacer yo.

Plinio, en su fuero interior, se lamentaba muchas veces de no haber tenido un hijo.

Al vivir solo entre mujeres notaba que le faltaba algo. Pero otras veces se corregía, e incluso se lo dijo en alguna ocasión a don Lotario, también padre de hijas: «Si el hijo sale listo, calmo y trabajador, es una bendición de Dios. Pero si sale tuerto de entendederas o de nervios, es el peor drama que puede caerle a un padre. Las mujeres, en cambio, aunque salgan gilipollas, se les nota mucho menos. Porque no hay más que dos clases de mujeres: las malas malas y todas las demás —y añadía—: En cambio, el catálogo de hombres es infinito».

Cerró el pestillo, se quedó en calzoncillos y camiseta y se tendió sobre la cama sin más apertura. Cruzó las manos sobre el estómago como si estuviera de cuerpo presente y cerró los ojos con alivio.

—Desde luego, es que tu padre, que por lo demás es un santo, cuando tiene un caso penoso entre manos, no hay quien lo aguante.

—¡Ea, madre, qué va usted a hacer! El pobre se preocupa mucho de todo lo de su oficio.

—Aparte de eso, es que es rarillo. Él tiene la cabeza hecha para cosas más altas y como no es más que lo que es, se arma unos barullos de miedo. Yo lo conozco bien. A pesar de ese aire tan

pacífico que muestra, sus sesos siempre están bullendo. Se calla mucho, pero no está conforme con nadie. Por su gusto lo reformaría todo. Como no puede, explota aquí.

—Es muy listo padre.

—Más de lo que muchos creen. Y cuando digo esto me acuerdo que decía mi abuelo que los listos lo pasan en esta vida mucho peor que los tontos. Los tontos se conforman con todo. Los listos casi con *ná*. Los tontos dicen viva la gallina con su pepita. Y los listos se muelen los sesos para ver la forma de suprimir las pepitas… Yo quiero mucho a padre, qué te voy a decir, pero me hubiese gustado que no fuese tan listo. Que hubiese sido hombre de pan llevar.

—Ea, madre, Dios lo ha dispuesto así. Yo… claro que es otra cosa verlo como hija que como mujer, lo prefiero como es.

La madre suspiró y buscó en la radio algo que le gustara.

«Desde luego, a la Rocío, así que la sacas de la buñolería, no es nadie. Allí, subida en su tarima, parece más alta. Entre los churros, diciéndole cosas a todo el que entra, es un personaje. La sacas al aire, aunque sea en su mismo huerto, y se queda chiquísima. Qué cosas».

«La verdad es que me he *venío* a la cama de puro cabreo. Que no me aclaro con todo este tiberio de las Sabinas robadas. Que no entiendo una *jodía* palabra. Y de la muerta, menos».

«Lo del tío del casco rojo y la moto se me ha *metío* entre ceja y ceja, pero me huele que es terquería más que ciencia… Siempre que no se me ocurre nada echo mano de cosas fáciles. Porque lleve un casco rojo, no es para ponerse así».

«Lo que también tiene causa es lo de la hermana Braulia, que dejó de ver a la Sabina a los pocos metros de su puerta… No te creas, que llamarse Braulia igualico que mi compadre *el filósofo*… que ha dicho cosas muy buenas en el camposanto de Argamasilla, ésta es la verdad. Yo no estaba para reflexiones, pero ha chaspado

como don Melquíades Álvarez, vaya si… Si en el mundo hubiera justicia, Braulio y yo no estaríamos donde estamos. Pero qué quieres, en este país, cuando no se tienen cuartos, tontos para toda la vida».

—Padre lo que tiene es mucho pesquis para conocer a la gente —dijo la hija levantando los ojos de la costura.

—Nunca lo sabrás tú bien. Así que le echa a uno las pestañas encima, sabe de qué pie cojea. Tiene para eso hocico de lebrel. Cuando dice que uno es así o asao, pues así o asao resulta.

—Yo lo quiero mucho, madre —dijo con los ojos húmedos—, a pesar de que es muy *despegao*.

—Los hombres, vamos, entiendo yo, son siempre un poco *despegaos*… No les cunde en este mundo si llevan el corazón en la mano… Aquí no se puede decir ajo a secas. Hay que decir ajo en forma.

—¿Y por qué es así la vida, madre?

—Porque hay más tontos que feos, como decía tu abuelo.

—Pero padre, cuando tiene que decir las cosas, las dice.

—Claro que las dice. Pero sólo las que no tiene más remedio.

«La Braulia, antes de heredar sus vinotes de junto a Cinco Casas, fue recobera. En silencio, pero recobera… y bastantico puta. Siempre con dimes y diretes. Intrigantona. Pero ¿para qué quiere ella robar mozas…?».

«A la Sabina y a la Rosa la de don José no las caso. No sé para qué pueden quererlas juntas. No es que la Rosa no esté buena, pero en comparación con la Sabina… *ná*. La Rosa tiene las piernas un poco tristes y el culo plano… Desde luego, que el que sea o la que sea demuestra un par de pelotas para robar a dos mujeres en el centro del pueblo como quien dice. Esto sí que no me cabe en la

cabeza por más que le busco camino… Tendrán que ponerles un aliguí muy atractivo y bien alto. La una desapareció a la siesta y la otra al mediodía. Toma del frasco. De nocturnidad, nada… Tiene que ser (¡coño, menos mal que se me ocurre algo!) alguien que opera con una técnica nueva y rápida como los de la televisión u otro alguien que inspire mucha confianza a la hora del abordaje. ¿La Braulia? Nones. Todavía a la Sabina puede acercársele con confianza, pero la Rosita es una señorita muy empingorotada que no da audiencia a una vende virgos… Ni la Sabina tampoco; qué narices. Es mujer honrada… Sólo puede darle confianza a la Rosita otro señorito como ella… y desde luego la Sabina ante un señorito se despepita».

Plinio, un poco más animado, prendió un «Celta» de los que tenía siempre en la mesilla.

La mujer se asomó en silencio por la ventana que estaba entreabierta.

—Anda con Dios, echado sobre la colcha —dijo al verlo despierto.

—¿Qué espiabas, cansina?

—Quería ver si dormías y plancharte el uniforme.

—Bueno, te abro y hazlo rápidamente, que me marcho al *contao*.

—¿Con eso salimos ahora?

Plinio salió en calzoncillos tras su mujer.

—¡Pero hombre, espera un momento que te lo planche!

—Tú anda y plancha, que voy a resfrescarme un poco.

—Padre, debía usted comprarse calzoncillos más cortos, ya no se llevan así.

—¿Y cómo lo sabes tú, puñeto?

—En los escaparates que los veo. ¡Qué cosas tiene usted!

Plinio daba las últimas chupadas al cigarro, descalzo y en calzoncillos, dando paseos cortos por el patio.

—¿Has hablado ya con don Lotario para que te compre el vino?

—Eso está hecho.

Se quitó la camiseta y ahocicándose en la pila que había junto al pozo empezó a chapotearse con fruición. Pasó luego al cuarto, se peinó a gusto los cuatro pelos, se lavó las manos y el cuello con jabón, se cortó con las tijeras los pelos de la nariz y volvió al patio.

—Chica.

—¿Qué, padre?

—Dame un cafetillo.

—Voy al *contao*. Ya teníamos el agua a calentar.

—Aquí tienes el uniforme.

Plinio salió del cuarto muy replanchao y lucido. Mientras le traían el café, lió un cigarro de hoja, muy pensativo, y de pronto, como si se le ocurriera algo, echó para el teléfono.

—¿Está tu padre…? Que se ponga. Haz el favor. Don Lotario, óigame. Tengo un plan. Voy a llamar por teléfono desde el Ayuntamiento al del casco rojo, para hacerle unas preguntas. Cosa de nada. El caso es sacarlo de la pensión Ondarreta. Usted, mientras, va allí con el pretexto de ver si tienen cama para un amigo suyo. Echa usted un vistazo y se entera un poco a ver qué gente es ésa de la pensión que apenas conocemos. ¿Vale? Usted se sienta en la terraza del Lovi y así que lo vea venir camino del Ayuntamiento, se va a la pensión. Yo lo retendré cosa de media hora. No, no venga usted, yo me voy para allá dando un paseo.

Plinio se tomó el café de pie, según su costumbre, y se dispuso a salir.

—¿Vendrás a cenar?

—Claro.

—Luego veremos.

Y salió sin más.

—La siesta no le ha durado ni una hora.

—Ni siesta ni *ná*. Se queda sólo un rato hasta que se le ocurre algo.

—¿Y si no se le ocurre nada?

—Siempre se le ocurre.

Plinio, desde su despacho de la G. M. T., preguntó a la pensión Ondarreta por el huésped del casco rojo.

—Nos ha dicho que tardará un poco, hasta que le acaben de arreglar la moto.

«Qué fino —comentó *Plinio* para sí—, qué al tanto tiene a su patrona de lo que hace y no hace».

Salió rápido al bar Lovi para ver a don Lotario. Estaba atisbando desde la puerta con el cigarro en la boca y el ala del sombrero caída, como en plan misterioso.

—Vámonos juntos a la pensión. El del casco rojo no volverá hasta que no le hayan arreglado la moto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La dueña.

—Bien informada la tiene.

—Ya he reparao en ello.

Subieron por la calle Alfonso XII hasta tomar la de Toledo, en cuyo comedio estaba la pensión.

Era casa nueva de dos plantas. En la alta un mirador modesto. A la entrada, en un cartel pequeñísimo, rezaba el nombre de la pensión. Llamaron.

—Nunca vi una fonda de pueblo con la puerta cerrada —dijo don Lotario.

—Ya.

Abrió con cierta cautela una chica muy guapa, como de dieciocho años, que se quedó un tanto sorprendida al ver el uniforme de *Plinio*.

—¿A que tú eres la hija de la dueña de la pensión? —dijo *Plinio* con aire tranquilizador.

—Sí, señor. ¿Qué desean?

—¿Está tu madre?

—Sí, señor, pasen.

Apenas dejó paso vieron a la señora, como de unos cuarenta años, con costura entre manos, pero que avizoraba con mucha atención cuanto en la puerta pasaba.

—Usted perdone. Vengo a hacerle un informe de pura rutina —le dijo *Plinio* con afabilidad desacostumbrada.

Todo aquello, sin saber muy bien por qué, le inspiró de pronto una extraña ternura.

—Usted dirá —preguntó la mujer cautelosa.

—Pero tomen asiento —rogó la hija, confiada en el aire cordial del Jefe.

—¿Desde cuándo tiene usted esta pensión?

—Hará unos seis meses. Me di de alta con todas las de la ley —añadió la mujer como quien se previene.

—¿Cuántos huéspedes tiene usted?

—Muy poquitos todavía.

—¿Estables?

—No, señor… estables no tenemos Vamos, como no sea así algo muy particular.

—Y ahora, ¿cuántos tiene transeúntes?

—Ahora, lo que se dice ahora, uno solo.

—¿Ese señor de la motocicleta?

—Sí… —dijo insegura.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El huésped.

—Miguel Echevarría.

—¿A qué se dedica?

—Es viajante de comercio.

—Pero por aquí viene mucho, ¿no?

—Sí, señor. Parece que le gusta esta tierra. Y cuando le quedan días libres o está por esta zona viene a pescar por Ruidera.

—¿De dónde es?

—Creo que de Zumárraga.

—¿Y usted?

—De Madrid.

—¿Y cómo se le ocurrió poner una pensión en este pueblo de tan pocos forasteros?

—Pues verá usted. Me quedé viuda y no quise seguir en Madrid. Me daba no sé qué. Además, allí hay muchos peligros para la hija, tan joven. Toda mi vida soñé con vivir en un pueblo. Mi padre era de Alhambra y me tiraba esta tierra. Me hablaron bien del Tomelloso, como lugar tranquilo y con gentes de buen natural, y aquí nos vinimos. Yo, con la pensión que me quedó, puedo vivir, ésa es la verdad. Esto de la casa de huéspedes para gente de buen ver, siempre es una ayudita.

—¿Hace mucho tiempo que viene por aquí Miguel Echevarría?

—Pues sí, a poco de abrir la pensión. Se la recomendó otro viajante que suele parar aquí.

—¿Dónde reside habitualmente el señor Echevarría?

—En Barcelona, creo.

—Muy bien —dijo *Plinio* pensativo y como sin saber qué añadir.

—¿Y se puede saber qué pasa con nuestro pupilo? —preguntó la señora con cierta timidez.

—Nada de particular, señora. Ha tenido una avería en la moto y lo hemos traído hasta el pueblo… Yo, ya sabe usted, como Jefe de la policía, debo saber quién es quién en este pueblo.

—Pues si no es más que eso…

—Nada más, señora. Muchas gracias y usted perdone.

Plinio y don Lotario fueron al Lovi a tomar otro café.

—¿Que qué me dices, Manuel?

—Sabe usted que esa pensión me ha gustado mucho. Qué señora más simpática y qué hija tan guapa… Qué tranquilidad y qué pocos huéspedes… Vamos, que ahí no hay más huésped que Miguel Echevarría.

—El del yelmo de Mambrino.

—Exacto.

—¿Y tú qué piensas?

—No sé muy bien, pero no me extrañaría nada que hubiera por en medio un lío de faldas… Espere usted un momento.

Y dejando a don Lotario con el gesto a medio hacer se fue para el teléfono.

—A este Manuel ya le ha dado el telele. Su padre, qué hombre. Su cabeza es un telégrafo —dijo don Lotario hablando solo y gesticulando con gran asombro del de la barra.

Lió un pito sin dejar de hacer visajes y cuando estaba sacudiéndose el polvo del tabaco que le quedaba en las palmas de la mano, volvió *Plinio* con su aire de perro aburrido.

—Le he dicho a Pepe el mecánico —explicó— que se fijase bien en la patente de la moto del Echevarría, de su dirección y demás.

—Me parece bien.

—Si no hay caso, al menos bacinearemos un poco.

Salieron a la plaza y nada más llegar a la puerta del Ayuntamiento se les acercó un número:

—Ha llamado don José Granados. Que vaya usted, Jefe, a su casa, en seguida que pueda.

Plinio y don Lotario se quedaron mirando.

—Vamos, don Lotario.

La casa de don José era muy elegante, con puerta de caoba y patio muy señor. Una criada de uniforme los pasó hasta el jardín. En torno a un cenador, entre la hiedra, tomaba copas junto a su señora y su cuñado Rafael.

Don Rafael, aunque debía de tener casi ochenta años, era alto y todavía de buen ver. Como un señorito de los años veinte. Chaqueta blanca, pantalón gris, un anillo gordo, pecas en las manos y la cara larga y severa como la de un cardenal veraneante. La señora de don

José, doña Gertrudis, sobre la butaca tenía el desmayo de una palmera.

—Adelante, Manuel y compañía. Sentaros aquí. Perdona que te haya molestado, pero tengo una noticia.

—¿Qué es?

—¿Queréis tomar algo?… Me ha dicho un escribiente de casa de mi hermano, ese chico de Rosado, pequeñito, que se llama Raimundo, ¿sabes quién te digo?…

—Sí, señor…

—… Que ayer, cuando salía de la oficina, vio parado el coche de mi hija a la entrada del Parque Viejo. Y alguien que no conoció o que no pudo ver, subido en otro coche, hablaba con ella.

—¿Qué clase de coche era?

—Dice que uno pequeño, pero que no está seguro… Que hablaban en tono amistoso y ella fumaba.

—¿A él no le vio la cara?

—No. Lo tapaba el coche de mi hija.

—Alguien más debió de verlos a esas horas.

—Eso digo yo. Y por eso te llamé. ¿Qué hacemos?

Plinio se rascó la cabeza alzándose un poco la gorra y sacó un «Caldo». Empezó a liarlo con gesto de quien piensa con desgana, y al fin dijo:

—Vamos a hacer una cosa. Llamaremos a Raimundo para reconstruir el hecho a la misma hora. Así vemos quiénes son los habituales de por allí. ¿Qué le parece?

—En principio muy bien, Manuel.

Se estaba muy rebién en el jardín de don José. Bajo aquel cenador como una cúpula de verdes y jazmines. Las hojas de los árboles mostraban rodales cobrizos y el agua de la fuente, amarillenta por otras hojas nadadoras, sonaba delgada y lejos. Tardes con fuente que mana. Coronas de gorriones y el coqueteo de las flores tardías solapadas entre verduras. El aroma acre de tantas maduraciones y vencimientos de la naturaleza cuajaba la atmósfera.

Y la cola de la tarde se agarraba al suelo, con garras sanguinas y resoles malvas. A veces llegaba el quirio ronco de un claxon, el petardeo de un motor o un grito infantil. Pero volvía la calma del agua y de los pájaros, de la última sombra de las tejas o la mirada fría de un gato enroscado a la vera de un regatillo. Los cinco contertulios en aquel segundo miraban al suelo, como si sus párpados cansados también estuvieran a punto de ser desprendidos por la otoñada. Qué raro atardecer hubiese sido el de aquellos ojos sin párpados. Tenían las manos cruzadas sobre el vientre o dormidas sobre los muslos. Manos a las que la tarde longa daba un tinte castaño. Sonaron los mimbres de una butaca, movió las hojas del plátano un pájaro alujero y la esposa de don José, de pronto, empezó a llorar sordamente. Granados hizo un gesto de comprensión lamentosa.

—Por favor, Gertrudis —la consoló su hermano quitándose de la boca el cigarro con boquilla larga.

Todos esperaron a que la señora desaguase su tristeza. En la congoja se le caló el respiradero, y sus pechos, todavía lúcidos, vibraron como palomas mal sujetas. Sin destaparse los ojos con una mano regordeta y pálida, sacó con la otra el pañuelo y se sonó con presión inesperada.

—Ya verás, Gertrudis, Manuel lo arreglará todo —dijo Granados.

Ella movió la cabeza como diciendo que su tristeza y susto ya no tenían arreglo, y quedó con la frente apoyada en una mano, mirando al suelo y de vez en cuando pescándose lágrimas con el pañuelo.

Plinio tuvo la sensación de que durante el breve llanto de doña Gertrudis había llegado la noche.

—¿Enciendo la luz, señora? —preguntó una voz alejada.

—Todavía no, déjalo —dijo Granados.

Al cuñado Rafael, con la huida del sol, le quedó el rostro sin sombras y parecía muy rejuvenecido. Él debía notarlo, porque cruzó las piernas con mucha energía y chupó del cigarro con más delectación que antes. El cuñado Rafael era solterón y veraneaba seis meses entre San Sebastián y San Juan de Luz con una amiga.

Su historia amorosa era una leyenda de fidelidad. Su primera amante fue una tal Lola Solares, puta de tronío cuando la Primera Guerra Mundial, por nombre de batalla «la Calurosa». Su segunda amante fue Lola Solares, hija de «la Calurosa», por mal nombre «la Chorritos». Se decía de ella que jamás fue virgo porque la parió su madre una noche al salir del Casino de París. Consiguió el cuñado Rafael casar a «la Chorritos» con un viejo de tropa, pero con la guerra quedó viuda, y con una hija, Lola Lara —ésta, claro, tuvo padre conocido—, y según las malas lenguas era la actual amante… contemplativa, de don Rafael. Lola Lara no tenía apodo conocido. Las tres Lolas, menos a Tomelloso, acompañaban a todas partes al cuñado Rafael, famoso porque jamás trabajó en oficio, profesión, pesca ni caza. Que su exclusivo menester fue la delectación del cuerpo, sin salir del tierno coro de las Lolas… Su única venida, y breve, al pueblo, era en aquellos últimos días de agosto, tiempo oportuno para coger los dineros de la siega y vender las uvas en la misma viña para evitarse complicaciones. Ya en septiembre volaba otra vez para reanudar su merecido descanso.

—Veremos a ver… Esto no puede durar mucho —se oyó decir a *Plinio*, aunque en el fondo no pensaba en ello. Pensaba en la longitud de aquel día que ahora acababa. Le parecía que la llegada al huerto de la Rocío, la caninez de Samuel *el Rojo* y demás negocios de aquella jornada, habían ocurrido durante muchos días. Desde un día muy pasado, de su juventud o así. Y en su cabeza mezclaba las imágenes de los pelos negros de las piernas de la Sabina, los dientes del *Rojo* devorando las criadillas… Las criadillas no, las asaduras del cordero. Y el equívoco le hizo reír hacia dentro y recordar una lejana anécdota doméstica. Dijo su mujer: «No he podido traer criadillas porque hoy sólo han matado corderas». «Madre, pues haberlas traído de cordera», dijo la hija de *Plinio* inocente… La cara sin rasgos de la hallada en la Hormiga, el talle delgado de Rosita, la señoritinga que fumaba y se iba sola a Madrid en coche… Y la faz enajenada de Braulio echando su sermón junto al

cementerio de Argamasilla de Alba… «Yo os digo que me importa un carajo el olvido de propios y ajenos, porque el que primero se olvida de todo es el que se muere». Gran Braulio, coño, gran Braulio. Por conocer hombres como Braulio *el filósofo* merece la pena vivir. Y por Antonio López Torres, cuando mira el paisaje entornando los ojos y tocándose el mentón. Antonio, hermano, el pintor del aire, ingeniero de pájaros y perito en piares.

Cinco minutos después, *Plinio* no habría sabido explicar cómo se deshizo la tertulia. Más estuvo en sus cosas que en el ceremonial.

Sólo recordaba, por imperativo del oficio, que habían quedado en juntarse, a la una del día siguiente, a la entrada del Parque Viejo, para reconstruir el encuentro de Raimundo Rosado con la hija de don José y el hombre desconocido.

Se pararon don Lotario y él en la puerta del Ayuntamiento, sin saber muy bien qué partido tomar, cuando llegó Pepe el mecánico y le entregó un papel con las señas del hombre del yelmo, como le llamaba don Lotario. «Miguel Echevarría Martínez. Viajante de Comercio, Plaza del Palacio, 58. Barcelona».

—Sabe usted en lo que estoy pensando, don Lotario —le dijo cuando marchó el mecánico—. Que la dueña de la pensión es madrileña y, sin embargo, le ha puesto al establecimiento un nombre vasco como el del yelmo, que es de Zumárraga.

Don Lotario encogió los hombros:

—Hombre —se aclaró—, por las pensiones pasan vascos y cordobeses. Mi sobrino vivía en Madrid en la pensión Leontina y los dueños son de Honrubia y no de León.

—Pero Leontina no quiere decir de León. De León sería leonesa y una leontina es una joya, señor veterinario —dijo *Plinio* un poco picado.

—Coño, Manuel, pues llevas razón. Los estudiantes que allí paraban solían decir: «No es igual la pensión Leontina, que el león no atina con la pensión»… y claro, se me ha trucado el toponímico.

—¿El topo… qué?

Don Lotario se llenó de gozo al ver lo fácil que le había salido el contratiro:

—… El toponímico, señor Jefe, quiere decir nombre de pueblo o de lugar.

—Toponímico… toponímico —repetía *Plinio*—, todos los días aprende uno algo.

—A la orden, Jefe —saludó Maleza, que llegaba en aquel momento muy afeitado y compuesto.

—Hola, Maleza… Hombre, ¿a que no sabe qué quiere decir toponímico?

—Sí, Jefe, Tomelloso es un toponímico.

Plinio tuvo que encoger la nariz y limpiarse la ceniza del cigarro caída sobre su uniforme, para no darse por enterado de la cara de guasa de don Lotario.

—Eso ahora se dice mucho, Jefe —siguió Maleza en plan de profe y sin comprender la situación—, toponico… y que te fagoricen.

—Gracias por la información y buena guardia, Maleza.

—Pues yo creo, Manuel, que debes preguntarle a la señora de la pensión por qué le puso Ondarreta.

Y de pronto empezaron los dos a reír como niños por el trance recién acabado.

—En fin, vámonos a cenar. Y mañana a las ocho si le parece nos damos un garbeo por las viñas de la Braulia, junto a Cinco Casas, a ver qué tortas se cuecen allí… Ah, y antes que se me olvide voy a decir que telegrafíen a Barcelona para informarnos de quién es este Miguel Echevarría.

A las ocho de la mañana o un poco después, desayunaron en el bar Juanito, por variar y porque *Plinio* tenía muy presente todavía la «pequeñez» de la Rocío. Tiraron para Cinco Casas. Don Lotario echó por si acaso los gemelos de campaña. Sepa Dios lo que el

veterinario habría imaginado que iba a ver por las Moyas y parajes vecinos.

Por la carretera llana de Argamasilla iba el «Seiscientos» suave como una seda. Hacia las nueve se hallaron perdidos. No atinaban con la finquilla de la Braulia. Pararon y se acercaron hasta un hombre que había en la puerta de un bombo atacándose los pantalones.

—Bien *pasá* la estación. Como a media legua. A la mano derecha. Es una casa pequeña con pocos árboles y pozo. Se ve en seguida.

Al pasar por el pueblo de Cinco Casas —que ahora debe tener veinte— don Lotario empezó a cantar:

Cinco Casas, Cinco Casas,
tierra de amor y alegría.
Tus mujeres son de fuego
con gracia de Andalucía.

—¿Te acuerdas, Manuel, de ese cantar?

—No he de acordarme. Ése es el pasodoble que compuso Manolito Arriera, el hijo de don Gregorio, el poeta.

—Qué imaginación tenía el tío.

—Ya lo creo.

Cruzaron el paso a nivel y continuaron con poca marcha, hasta ver la casa de los árboles que le dijo el del bombo.

—Pare por aquí para que lleguemos con cautela.

Don Lotario sonrió, porque a *Plinio*, siempre que iban de servicio a las casas de campo, le gustaba llegar camuflado.

Pasico avanzaron por la trasera de la casa, que de verdad era cuartillejo, aunque muy enjalbegado. El veterinario llevaba los gemelos en bandolera.

—¿No oye usted voces?

—Sí que las oigo, sí.

Y se caló los gemelos.

—Deben de estar muy a la otra parte, no se ve nada.

Avanzaron hasta apostarse entre los árboles que rodeaban la casa. Las voces eran muy recias. Un hombre con azadón al hombro y pañuelo de hierbas a la cabeza, increpaba a una mujer que debía de estar dentro de la casa y que por la voz sacaron que era la Braulia. El hombre estaba fijo, mirando hacia la casa y voceaba congestionado y sudoroso. La otra le replicaba con gritos histéricos:

—Ceporro, carajolero, cachote. Meapilas, vicemarica, mamón… —le decía ella.

—Holgona, que eres una holgona. Repiputera. Hija de caballo blanco.

—Lumbrera de ocios, culo en subasta… ¡Jocoleches!

—Coño rejalcar, que eres coño rejalcar. Zorra cimera.

—Maricón perpetuo, grandirregüeldo, perro ronco —contraatacaba la Braulia con mayor saña.

—Catacatres, pupaculo, verbileches… que no eres más que una verbileches.

—¿Y tú? Resquiciero, topanalgas, robaligas, hijo de cabrón maestro… Lamerón.

—Anda que tú, estuche de males, cazapililas, coñoalhóndiga, que eres un coñoalhóndiga.

—Anda ya de ahí, mealeches, amortajero, pichiflauta, hijo de gato montés, cuerno sin fin.

El hombre del azadón, que había ido perdiendo fuerza, le volvió la espalda después de escupir hacia la casa, y echó a andar hacia el sitio donde los de la justicia municipal estaban apostados.

—Anda y que te maten —continuaba la andriaga—, pedolobero, ronca truenos. Hijo de feriante.

—¡Hurré!, ahí, putón, corre, ve y toca.

—¡Hurré!, tú, pies de escarbaera, rompetinajas… Propincuero.

Cuando el hombre del azadón llegó a la altura de *Plinio*, venía con una cara casi sonriente en contra de lo que podía esperarse

después de aquel cambio de lavazas.

Para no asustarlo, el guardia le chistó discretamente.

Al principio el azahonero no dio de dónde venía el siseo, pero cuando el Jefe se destapó del árbol, se quedó perplejo.

—No te asustes, buenos días.

—Hombre, *Plinio* —dijo el hombre, que era de Tomelloso, más que cuarentón y con las narices muy bajas.

—Siéntate aquí, Catalino, y no hagas alusiones.

Apartándolo un poco se sentaron y lo sentaron tras una pedriza que había a la par de los árboles.

—¿Qué follón traíais ahí? ¿Qué pasa? ¿Con quién reñías? —le preguntó *Plinio* haciéndose el inocente.

—¿Que con quién? Con la puta vieja de la Braulia. *La Mirla*, por mal nombre. Con esa cosevirgos de la puñeta, que no me deja beber agua del pozo. Y por éstas se lo juro, y así ya lo sabe, puesto que es de la justicia, que el primer día que tenga coyuntura le echo en el pozo una mula muerta para que le pierda el agua.

—¿Y por una poca agua armas esa batalla?

—Siempre, de toda la vida de Dios, las gentes de estos linderos bebíamos el agua de ese pozo. Desde mil años antes de que estas cepas fueran de *la Mirla*. Y ella, las cosas como son, siempre transigió, pero desde unos meses a esta parte, cada vez que nos ve llegar al zaque, arma la de Dios. Y además le ha puesto un *candao* más gordo que mi gobanilla. Pero palabra, Jefe, que esto no concluye así. Por aquí no hay más pozo que ése y todos tenemos un derecho a no morirnos bascando.

—¿Y por qué crees tú que le ha dado por impedir el pozo a estas alturas?

—Deben de ser manías de vieja o vaya usted a saber.

Le dieron un pito y buenas palabras al Catalino y marchó hacia su haza con la herramienta al hombro. Cuando lo perdieron de vista,

desplegaron hacia la casa de *la Mirla*.

La mujer estaba sentada en la puerta de su cuartillejo cosiendo unas sábanas. Al ver a los legales se incorporó rauda y cerró con dos vueltas de llave la puerta de la casa. Después de hacerlo se le notaba en la cara que estaba repisa por tan poca simulación.

—Buenos días, Braulia —saludó el Jefe con mucha severidad.

—Buenas —contestó insegura.

—Venimos a ver tu casa —anunció sin ambages.

—¿Mi casa?

—Claro, mujer. Tengo el capricho de verla.

—Traerás un papel del juez.

—Mucho sabes tú, *Mirla*.

—Lo que hay que saber para vivir, en estos tiempos.

—Pues no traigo papel del juez, *Mirla*, como tú dices, pero como eres una mujer muy amable, muy relimpia y no tienes nada que ocultar, nos vas a enseñar la casa sin más palique.

—Pues lo siento mucho, pero no puede ser. No es legal.

—Yo soy más justo que la ley, *Mirla*. Anda, abre.

—He dicho que no, Jefe. Lo siento muchísimo, pero sin el papel del juez, ni hablar.

—Mira, Braulia, no te pongas tonta, que con esas formalidades no vas a hacer más que retrasar la cosa una hora lo más. Porque te cojo en el coche, nos vamos al pueblo, le pido al juez el mandamiento, que me lo va a dar al *contao*, y en seguida estamos de vuelta con todas las de la ley. Así es que anda, abre.

—¿Pero qué te crees que hay dentro? —preguntó más amainada.

—Nada de particular. Un cuartillejo. Pero a mí ya sabes que me gustan mucho las casas en el campo.

—¿Es que una no va a poder estar tranquila en ninguna parte? ¡Pues sí que hemos llegado a un extremo, vamos!

—Venga la llave, paloma, que tenemos prisa.

—Manuel, esto no te lo perdono, es una injusticia.

—¡Que abras te digo! —le gritó *Plinio* con cara feroche.

Y *la Mirla*, con los peores modales del mundo, abrió la puerta de par en par.

Entraron los de la justicia y ella zaguera. Se encontraron primeramente con una cocina, como es costumbre, pero muy bien enjalbegada, con alfombra de esparto nueva, un bargueño, flores en un jarro, periódicos y revistas de ésas de Soraya sobre una silla de estilo castellano comprada en una tienda. Luego dos alcobas, también muy limpias, con colchas del Bonillo, perchas y bidé móvil. Miraron todos los rincones y chineros y sólo encontraron aperitivos en lata, vino, botellas de whisky, algunas viandas y un transistor.

Plinio y don Lotario quedaron mirando a *la Mirla*, con aire acusatorio. Ella desvió los ojos.

—¡Cómo han progresado los cuartillejos, con whisky, lavabete de culos y de *tó* lo del mundo! —comentó al fin *Plinio* pasándose la mano por la barba.

—No hay ropas de hombre ni de mujer —dijo el veterinario.

—Ca, se las llevan puestas.

Liaron un «Caldo» y volvieron a la puerta.

Braulia *la Mirla*, como quien no hace nada, tornó a hacer como que cosía.

—¿Por dónde entran los coches hasta aquí, Braulia? —preguntó *Plinio*.

—… Por un caminillo que viene más allá, desde la carretera… Cada una se gana la vida como puede —siguió sin levantar los ojos del trapo—, con estas pocas cepas yo no tengo para comer.

—Tú siempre te la has ganado así pizca más o menos.

—Cada uno a lo suyo.

—Tú lo has dicho.

—Y yo, al fin y al cabo, lo hago aquí donde sólo pueden llegar los señoritos hechos y derechos y con coche… y no como otras que lo hacen en el mismo pueblo, a la vista de todo el mundo. ¿Qué me dices de la Olga, de las Pichelas y la Leónidas?

—No, si tú eres una moralista.

—Ya me puedes denunciar si quieres. Si me muero de hambre, ¿a ti qué?

—¿Y qué mujeres llegan hasta aquí?

—Ah, yo no me entero ni me importa. Ellos las traen y yo a lo mío. Sirvo y cobro… Yo no me fijo en ellas.

—¿Y en ellos?

—Eso ya es otra cosa. Con ellos cierro el trato y me dan el aviso.

—Muy bien. Mira, Braulia —le dijo poniéndole la mano sobre la cabeza para que lo mirase fijamente—, yo no te voy a denunciar si tú te portas bien conmigo.

—¿Yo? ¿Es que me vas a traer algún apaño?

—Lo que quiero que me digas de momento es dónde viste por última vez a la Sabina Rodrigo.

—¿A la Sabina? —preguntó con extrañeza, y se levantó de la silla para escapar de la tenaza del guardia—. Yo la vi por donde te dije, pizca más o menos. ¿O es que te crees que la Sabina es de las que vienen por aquí?

—No me creo eso, conozco a esa muchacha. Lo que quiero, entiéndeme bien, es que me digas dónde viste a la Sabina.

—Donde te he dicho, Manuel, donde te he dicho, y ni con el papel del juez puedo decir más de esa mujer… Porque no lo sé. Palabra.

—Muy bien, Braulia. Te voy a dejar tres días… para que hagas memoria y si no la haces, no tendré más remedio que denunciar tu comercio.

Plinio y don Lotario, sin añadir palabra, se fueron hacia el coche para llegar al pueblo con tiempo suficiente de reconstruir la parada de Rosita con el amigo desconocido.

Entre Cinco Casas y Tomelloso, llanura. Tierras a nivel. Ni alcores ni montañuelas. Si acaso alguna pedriza. Bombos. Pámpanos abarquillados. Barbecheras de color ético. Sol a plomo. Campo sin placeres.

Desde que se acabaron los carros y las mulas, desde que labriegan las máquinas, aquellas llanuras se han quedado solas como plazas de toros en lunes. Han vuelto a ser el desierto de antaño. Leguas y leguas sin arado, mulas, carro, perro ni oveja. Campos sin solar ni población. Solar del sol y de la luna. La gañanía ya duerme en el pueblo. No hay asnos camineros, ni carros con el carrero dormido. Los viñeros ya no echan pitos en las lindes, en el desagüe del surco. Los segadores, no liberados por la justicia social, sino por la máquina, acabaron gracias a Dios… Te ganarás el pan con el sudor del segador. Ya no hay de eso. Encadenan muchos días con muchas noches sin verse sombra de hombre en los barbechos. Ya no se ven caporales con los calzones bajados entre las cardenchas. Las visitas al campo son ahora como las de los médicos. Rápidas y caras. Entre un amanecer y mediodía una cosechadora pela a cero docenas de fanegas de mies rubia. Las gentes del agro ya se acuartelan en el pueblo. Casi diez mil personas de estos contornos marcharon a las grandes ciudades o al extranjero. Las genealogías seculares de Villenas, hijos de Villenas y nietos de Villenas; de Torres y Madrigales, biznietos de Torres y tataranietos de Torres y Madrigales, se están quebrando por Valencia, por Madrid y por Alemania. Las hijas y nietas despachan en cafeterías, trabajan en fábricas de Frankfurt y se casan a la internacional. Se jorobó la limpieza de sangre. Ha llegado la hora de casarse con los «herejes» extranjeros. Las máquinas han sido más justas y hermanadoras que los propios hombres.

Los campos desoladores, solos. Llegar, quitarles el fruto y a la sombra, que salen pecas. Los pájaros planean más libres sin ligas ni escopetas. La solanera para los bañistas. Aquella alegría de los campos antiguos con tanto ir y venir, con tanta voz y tanta piel de tierra, pasó a la historia de los cancioneros. Otra vez los surcos y el cielo mano a mano. De vez en cuando un tractor solitario entre la berra. El tractorero escucha un transistor y en vez de seguidillas aprende las canciones del Festival de Eurovisión. Todo el mundo es

de Dios. Las fronteras de la cabeza y de la geografía, las alambradas nacionales las va derrumbando el carajo, a Dios gracias. Los últimos nacionalistas del mundo se mueren añorando un pintoresquismo miserable. Los orgullos de raza y de pueblo han pasado como una broma funesta… Hermano francés, hermano inglés, hermano alemán, hermano luterano, hermano anabaptista, hermano de Jehová, salve. Se vaciaron los campos para irse a dar la mano a los que viven y sienten al otro lado de este mapa. Entre Cinco Casas y Tomelloso otra vez el silencio de Dios.

Antes de llegar a Argamasilla, recién pasadas las Moyas, encontraron un viejo camión averiado apartado en una cuneta. Y sobre la carrocería, un caballo gris. Dos hombres miraban y remiraban el carruaje con cara de pocas esperanzas. Don Lotario frenó por si podía ayudar.

—Atiza, si es el caballo de Áureo —dijo mirando con ternura al animal aburrido.

—Pocos deben de quedar ya en el pueblo.

—Que yo sepa éste es el último.

—Y seguramente se lo llevarán al matadero… o a los toros.

—Todavía está de buen ver para echarlo a picadores.

Preguntaron a los del camión si podían ayudarles en algo. Pidieron que por favor llevaran a uno de ellos hasta el garaje de Argamasilla de Alba, para avisar a un mecánico.

El caballo gris quedó sobre la carrocería mirando a uno y otro lado con desgana. Debía de importarle todo muy poco. Después del amo Áureo, que lo cuidó como a un príncipe, que lo tuvo por su mejor amigo y con él se desahogaba de sus pesares, nada mejor podía venirle. Áureo solía echarles grandes discursos a sus caballos. Discursos sobre política, moral y convivencia. Y fue tan leal al gris, por nombre *Floridor*, que cuando por sus achaques tuvo que deshacerse de la cuadra, tílburi, tartana y cesto, se quedó con él para que no saliese de su casa hasta después de su entierro.

Áureo fue hombre que en su larga vida sólo se llevó bien con los caballos. Con los humanos siempre andaba un poco escorzado. En negocios y relación hizo lo que no había más remedio, pero los caballos fueron sus hermanos y tertulia, su senado y gobierno, su cabildo y concejo, su coro y su corro, sus hijos y compadres. En la prima mañana de los veranos, apenas el sol asomaba la ceja, con el puro en la boca y mirando un poco hacia el cielo como él solía —que también le llamaban «miracielos»—, salía raudo con su tílburi y el caballo de turno a cansar los vientos. En invierno paseaba en tartana, bien rebozadas las piernas con una manta y siempre el puro en la boca.

A los anocheceres cruzaba la plaza como un auriga romano, sobre su cesto, despreciando automóviles y motos. De joven también era jinete cobertero y casi despótico. Se le veía trotar con el puro en la boca y mirando a los cielos como si no quisiera perder de vista el humo de su tabaco. Fue el último centauro del pueblo. Su suspiro postrero fue para aquel *Floridor* que llevaba semanas arrumbado en la cuadra, sin los discursos y azucarillos del amo Áureo. En los claros de la agonía oía el cocear del caballo impaciente y dicen que decía: «Espera, *Floridor*, que ya nos vamos».

Cuando iba a caballo no saludaba a nadie. Estaba en su trono. Por no sé qué paso atrás de su naturaleza, no era hombre sino a horcajadas de una bestia. A veces hacía exhibiciones triunfales. Y sacaba sus seis caballos —que hasta seis llegó a tener— enganchados en un landó de tronco. Vestido de pana rojiza, con gorra de visera y el puro enhiesto, surcaba las carreteras en una borrachera de galopes y trallazos al aire. Al verlo avanzar entre el polvo, los autos se aparcaban junto a la cuneta, porque Áureo, como un emperador cargado de triunfos, no reparaba en obstáculos. Odiaba los motores y las bicicletas. Cuando veía alguna junto a una acera y sola, le arrimaba el carruaje a toda marcha para tirarla con el cubo de la rueda y hacerla una chatarra. Verlo con doce riendas en la

mano, a todo galope por el camino del Salto, era espectáculo que enloquecía a todos los chicos del pueblo.

Una vez que estuvo malo el caballo gris, dormía con él en la cuadra, bajo la misma manta y abrazado a su cuello para darle calor. Decía entender el lenguaje equino y aseguraba que la vida de un jaco valía por la de cien hombres. A las yeguas las trataba con galantería tiernísima. Y según don Lotario, que fue su veterinario, les daba de comer flores y bombones como un enamorado.

En verano, acampaba unos días a las lagunas de Villafranca, para bañar los jacos a gusto. Y apenas les notaba refrío o dolor, obligaba a don Lotario a pasarse horas en vela junto a sus bestias como si fueran criaturas. De farmacopeas equinas sabía más que nadie. Y un día que fue preciso matar a un caballo cojo, él mismo lo punzó para que se sangrara dulcemente mientras le daba azucarillos y palabras de ánimo.

Hasta llegar al pueblo, *Plinio* y don Lotario hicieron su planto a aquel último caballo de la ciudad. Y recordaron sus años niños, cuando por todas las calles y caminos pasaban caballos. Los percherones que llevaban las cubas de vino a la estación. Los caballos villanos de los panaderos y vendedores de gaseosa. Las yeguas tartaneras de los labradores con acomodo. Los caballos mejores de los señoritos, que paseaban a la caída de la tarde con botas lustrosas, espuelas de plata y mucho corveteo. Los caballos burocráticos que tiraban de las berlinas de los médicos. Los caballones gigantes de la Guardia Civil, cargados de cueros, sable, fusiles y gualdrapas con escudo y castillo los días de gala. Los *ponys* de los niños señoritos que saltaban por las huertas y montes próximos al pueblo. Los caballos viejos de la diligencia de Paco «el del coche», que iba a la estación, con aquellos collarones de cascabeles, que aceleraban un momentico, cuando el auriga Paco les largaba la tralla sobre el pico de las orejas. Y los caballos de los coches fúnebres, con su paso de marcha solemne, un tanto vestidos

de cura con aquellos plumeros y telas moradas. Caballos clericales que olían a incienso y relinchaban en latín.

Los funerarios y los de los médicos fueron los penúltimos caballos del pueblo. Y el penúltimo de verdad, el de don Juan Antonio Olmedo, el médico tranquilo. Y los dos de la justicia se rieron recordando cuando Anastasio *el Pimpla*, un día que llovía mucho, y que el cochero de don Juan Antonio estaba liado en su impermeable, sin ganas de verse, esperando al doctor, *el Pimpla*, rápido como la vista, se metió en la berlina y le dijo al cochero por la trampilla con voz apagada:

—A la calle de Pedrero, 89.

Y el hombre, sin mayor discriminación, arreó el caballo. Y cuando llegaron, *el Pimpla* se bajó y arrimándose al pescante dijo:

—Gracias, hombre, por haberme traído. Y ahora vuelve a la puerta de Soubriet que estará esperando el médico.

Y cuando volvió el cochero, echando leches, halló al pobre don Juan Antonio en el poyete meditando qué habría sido de su berlina amarilla.

Qué cosas, Señor. Qué caballos hubo siempre. Desde los preshistóricos. Tantos siglos y siglos y ahora, mira. Que estos bichos, que durante miles y miles de años aguantaron sobre su lomo los culetazos de miles de millones de hombres, en *ná* de tiempo se han ido a las cuadras de la nada, dejando los caminos y carreteras pasto de los coches y camiones. Don Lotario pensaba en los miles de caballos que trató en su larga vida profesional. Y los veía en tropel, saliendo de la tierra y echando su galope final sobre la raya del horizonte… Todavía bajo los terrones se pudrían miles de esqueletos de caballos ya sin montura, ni muesca del bocado, ni cicatrices de las espuelas, alimentándose de raíces de perejiles.

Aquél era un día histórico para Tomelloso. Salía de su término el último caballo, *Floridor*. Y no salía por su pie, sino montado sobre un motor. Se acabó la raza. Las monturas se pudrían en los desvanes como en el de Natalio Torres, cual galápagos disecados… Y en

algunas cocheras de automóviles, antes de tartanas y berlinas, todavía quedaban reliquias invendibles: cabezales, colleras, pretales, tiros y bridas que fueron de lujo. Don Lotario guiaba melancólico. Su último caballo cliente emigraba. Ganas le daban de parar y tirar su recetario a la cuneta… En el futuro, para ver a los caballos habría que ir a la casa de las fieras. Tal vez eso sería lo mejor. Pero el corazón de un hombre también es importante, y al de don Lotario acababan de sacarle su arteria maestra… Y recordaba sus noches jóvenes, cuando desde la cama oía el paso duro de los caballos sobre el empedrado, su cocear en la cuadra, el relincho lejano y desvelado y veía las huellas de las herraduras sobre el polvo del camino, las cajonadas entre los guijarros de la calle del pueblo y la figura de un jinete solo ante la puesta del sol.

—El mundo ha cambiado —dijo en voz alta sin darse cuenta.

—¿Qué? —preguntó *Plinio*, que iba plegado en sus cavilaciones.

—Nada, Manuel, cosas mías.

El día estaba entre nubes. Nubes mengajo, pero que a cada nada bigoteaban el sol. Cuando llegaron a la plaza del pueblo todavía no era mediodía. Se arregostaron a refrescar en el bar Alhambra. La gente entraba y salía, hablaba de sus pequeñas cosas. Barruntando ferias y vendimia. En un corro grande que cercaba un velador se hablaba de las mujeres raptadas, pero callaron al ver a los que entraban. *Plinio* se hizo el desentendido. Todo el pueblo estaba obsesionado con aquellos misterios. El Jefe, cuando andaba con un caso complicado y todavía por resolver, se sentía intimidado ante la gente. Le molestaban las miradas y preguntas. Pensaba sobre todo, dada la baja condición humana, en cómo se frotarían las manos algunos, si no llegaba a buen fin. Hasta la fecha no había tenido fracasos espectaculares y no pensaba que por su mucho talento, sino porque —él lo decía— los casos de pueblo siempre resultan elementales. Por todas estas cosas, él y don Lotario bebieron en silencio, sin ligar conversación ni casi mirar a nadie. Apenas liaron los

cigarros marcharon hacia el Ayuntamiento por si había alguna novedad.

Sólo había un telegrama de Alcázar: «Miguel Echevarría. Procedente de Bilbao, avecindado en Barcelona, aunque sin domicilio conocido. Comisionista sin sueldo fijo en la casa "Tejidos López Díaz"».

Plinio pensó un poco y luego de enseñarle el telegrama a don Lotario dijo que pidieran información a Bilbao. Y cuando ya estaba en la puerta del Ayuntamiento volvió a su despacho y dio órdenes al cabo para que se enterase del nombre completo de la dueña de la pensión Ondarreta y pidiese información a Madrid.

Era casi la una y tomaron el coche para acudir a la cita con don José y Raimundo. Ya los esperaban junto al Parque.

Raimundo era muy gordón, con gafas y cara inexpresiva. Siempre parecía reír, aunque estuviera triste, pero es que se le ponían así los labios. Apenas se saludaron, Raimundo echó a andar hasta pararse en la casi conjunción del Parque Viejo con la carretera adoquinada. Le siguieron hasta allí. Clavó bien los tacones en el suelo:

—Aquí estaba el coche de Rosita y detrás, mirando hacia el Parque, el del otro. Yo, que iba por aquella acera de enfrente, vi el coche de su hija Rosa muy bien, pero el otro, no, porque lo tapaba, y porque… ¿yo qué sabía lo que iba a pasar?, no puse interés.

—¿Y dices que fue a qué hora? —preguntó *Plinio*.

—A la una y media o unos minutos más.

—¿Ella te vio?

—No. O si me vio no dio señales. Quiero decir que no me saludó.

—Bueno, pues vamos a esperar que pasen los habituales de esa hora.

Plinio no perdonó a nadie. Vecino que entraba o salía y gentes que pasaban y se sabía que trabajaban por allí fueron interrogados.

Se llevarían entrevistadas unas veinte personas, sin resultado, cuando uno que iba en bicicleta, y que según dijo trabajaba en la

fábrica de Fábregas el de Reus, el que está casado con la Pili la de la farmacia, ésa que lee tantos libros, aclaró la cuestión:

—Yo vi al que hablaba con la señorita Rosita montado en su coche… Era el sobrino de don José.

—¿Qué sobrino? —preguntó con interés el tío.

—Sí, señor, su sobrino José Vicente, el hijo de don Salustiano que en paz descanse en su panteón.

—¡Bah!, entonces estamos listos —dijo don José encogiéndose de hombros, a la vez que interrogaba con los ojos a *Plinio*.

Plinio hizo un gesto de conformidad con las palabras de don José.

Suspendieron el interrogatorio, despidieron a Raimundo y cambiaron impresiones.

—Ya tenemos localizada la entrada de su hija en el pueblo —dijo *Plinio*—; por lo tanto, lo que ocurrió, como en el rapto de la Sabina, fue dentro del mismo cerco de población.

—Sería conveniente hablar con mi sobrino, José Vicente. ¿Qué te parece, Manuel? A ver qué le contó ella.

—Me parece muy rebién.

—Vamos ahora mismo.

Y sin más conversación, montaron en los coches y fueron hacia allí.

—Manuel —dijo ya dentro del coche don Lotario—. ¿Cómo es que el sobrino, José Vicente, al enterarse de todo esto, no fue a su tío a decirle que había visto a Rosita en el pueblo?

—No lo sé, pero supongo que a estas horas el primer extrañado es don José, aunque no haya dicho nada.

Esperaron en la puerta de la casa de José Vicente hasta que llegara el «Mercedes» del tío. Cuando estuvieron todos, llamaron y abrió una criada con uniforme.

Al fresco del patio, la madre leía una revista. Y al ver a la claridad de la puerta de la calle quiénes eran los visitantes, que hablaban con la criada, quedó mirándolos con cierta suspensión. Se puso de pie.

Don José besó a su cuñada. *Plinio* y don Lotario quedaron algo rezagados.

—¿Qué tal, Manuel; qué tal, Lotario? —saludó la señora muy cariñosa.

—Perdona la irrupción, Santa, pero andamos de indagaciones por lo de la Rosita.

—¿Seguís sin saber nada?

—Nada absolutamente… Mejor dicho, hemos podido averiguar que llegó al pueblo. A la entrada del Parque Viejo fue la última vez que la vieron.

—¿Ah, sí? ¿De modo que llegó al pueblo?

—E incluso habló con José Vicente.

—¿Con José Vicente?… No me ha dicho nada… Claro que calla, si el pobre no lo sabe todavía. ¡Cómo me lo iba a decir! Vino del campo muy tarde. Todavía está en la cama. Cuando le pasé el zumo de naranja dijo que se encontraba un poco mal. El hígado no le funciona nada bien. Como su padre. Pero no hay quien le haga ir al medico. Me tiene con mucho cargo.

Doña Santa, con el pelo totalmente blanco, tenía un aire avispado, de mujer que está en todo. Miraba como centinela precavida. Y en sus manos había siempre una especial crispación.

—Te parece qué cosa, Dios mío. Dos mujeres desaparecidas en pocos días… Y la otra muerta… ¿Todavía no sabéis quién es, Manuel?

—No, señora.

—Mira, aquí sale José Vicente.

Apareció en pijama. Alto y enteco. Un poco doblado de tronco, pero con aire muy elegante y señorito. Despeinado, con un pijama azul y las gafas puestas. A cierta distancia parecía muy joven, pero de cerca se le apreciaban bastantes arrugas. No tendría más de cuarenta y dos años y aparentaba cincuenta.

—Ustedes perdonen la manera de presentarme. No sabía que estaban aquí.

Saludó a todos, se sentó y encendió un cigarro.

—Que anoche, José Vicente, no te pude decir que también ha desaparecido la prima Rosita.

José Vicente frunció las cejas componiendo un gesto de discreta extrañeza.

—Si yo la vi al llegar al pueblo.

—Según sabemos, tú fuiste el último que la vio —dijo su tío.

—Cuando yo me iba al campo la encontré que entraba en el pueblo, junto al Parque.

—¿Qué te dijo? —le preguntó *Plinio*.

—Nada. Le pregunté por su viaje. Me dijo que estaba cansada de volante… que estaba deseando llegar a casa para darse una ducha… Nada más. Nos despedimos y cada cual marchó para su lado.

José Vicente aplastó con displicencia sobre el cenicero su cigarrillo sin concluir.

—Mamá, si fueses tan amable de darme más agua de naranja… Tengo mal sabor de boca.

Doña Santa pulsó un timbre que había tras su mecedora e hizo el encargo a una sirvienta.

—¿Y no sospechas de nadie, Manuel? —dijo doña Santa como por decir algo.

—No, no, señora.

—¿Qué raro, eh?

—Éste no parece un caso de los que suelen estilarse en Tomelloso, ¿verdad Manuel? —comentó José Vicente con sonrisa desganada.

—Nunca se sabe… Oye, y tu prima, ¿iba sola en el coche?

—Sí, sola. Y con muchos bultos en el asiento de detrás… Como siempre —añadió sonriente a su tío.

—Sí, para comprar es única.

Le trajeron el vaso de naranjada y José Vicente se la bebió a sorbitos.

Cuando ya estaban en la calle, dijo don José a sus compañeros:

—Miedo me da el llegar a casa sin llevarle a aquella pobre ningún consuelo.

—Todo esto tiene que aclararse pronto. Es demasiado gordo —le alivió *Plinio*.

—Sí, pero ya hay una muerta por medio.

—Ya le he dicho, y no quisiera equivocarme, que me parece que ésas son otros Garcías.

—Pero tú, Manuel —le atacó don José con arrogante gravedad —, ¿pensarás algo, no?

—… Pienso muchas cosas, mi querido amigo. Muchas. Pero una cosa es pensar y otra es tener pruebas. Estos robos son típicos de locos o chantajistas. Casi desecho la idea de chantajistas, porque en el caso de la Sabina no hay de dónde… Pero cualquier caballero que pasea tranquilamente por la calle puede llevar dentro un loco que a lo mejor tarda mucho en dar la cara. Quienes obran por locura, que no por profesión, al principio confunden, pero en seguida acaban enseñando la cresta. En dos días dos mujeres desaparecidas es demasiado.

—Dos desaparecidas y una muerta.

—Vale, si usted lo quiere así. Mejor me lo pone. Ahora bien — continuó *Plinio* como en monólogo—, el tal loco o lo que sea es habilidoso, porque, y éste es un punto que me preocupa mucho, ¿cómo se las arreglaría para hacerlas desaparecer en pleno día, en medio del pueblo, y en el caso de su Rosa, para mayor inri, yendo montada en un coche?

—¿Y las huellas digitales que debe haber en el coche de mi hija no darían camino?

—Cuando tengamos sospechosos para confrontar, sí. Y de momento, en el caso de Rosa —subrayó con muy mala uva—, sólo tenemos a su sobrino, José Vicente… Si le parece, le tomamos las huellas y mandamos analizarlas.

Don José, con ambas manos en los bolsillos de los pantalones, quedó mirando al suelo con mucha preocupación.

Don Lotario y *Plinio* le contemplaban en silencio.

De pronto los miró de frente con aire decidido:

—¿Os importa que hablemos más despacio?

—Para oír estamos.

—Muy bien, seguidme.

Y sin añadir palabra marchó hacia su «Mercedes».

El chófer le abrió la puerta.

—Subir primero, por favor. Vamos a la fábrica —ordenó al mecánico.

Hicieron el corto viaje sin un comentario. Cuando llegaron, don José despidió al que guiaba y llevó a los visitantes hasta su despacho. Les hizo tomar asiento en un lujoso tresillo, se aflojó el cuello de la camisa y medio se tumbó en el sofá.

—Lo que voy a contaros —comenzó con gravedad— es un asunto de familia que debe quedar entre nosotros.

Don José se pasó la mano por la frente antes de continuar. Mano delgada, elegante, pecosa, levemente tinta por la nicotina. Tendría por entonces don José unos sesenta años, pero retenía todavía el empaque del guapo chico que fue. Sus piernas largas se cruzaban sobre el sofá. Conservaba el bigote estrecho, rubio, con algunas canas, de sus años mozos.

—Es una historia antigua y dolorosa… Mi sobrino, José Vicente, siempre estuvo enamorado de Rosita. Él es hombre inteligente y discreto y ante extraños nunca dejó transparentar este amor. Yo mismo no me enteré hasta hace poco tiempo… Hablaron repetidas veces, sobre todo en Madrid, y Rosa, a pesar que es veinte años más joven que mi sobrino, llegó a interesarse por él… Pero, a ver si me explico. Todo ocurría de manera un poco desconcertante para Rosa… Él parecía muy enamorado, pero a la vez indeciso… Sin llegar a proposiciones concretas. Se veían en Madrid como dije, se hablaban por teléfono, llegaron a escribirse algunas cartas, pero todo

de una manera oscilante, con largos espacios de silencio. Esta actitud de José Vicente, lejos de enfriar a mi hija, cosa natural en las mujeres, la estimuló, y decidió tomar la ofensiva y aclarar las cosas. Su confidente, claro está, fue Gertrudis, mi mujer. Gertrudis desde el primer momento se opuso. Pretextó que eran primos hermanos, de edad muy distinta, etcétera. Pero la verdadera razón era otra. José Vicente, a consecuencia, al parecer, de unas paperas que tuvo de niño quedó mal de sus partes. Lo más seguro es que sea impotente. Ante la insistencia de Rosa, mi mujer tuvo que decirle estas cosas, que siempre fueron un secreto rigurosísimo entre los padres de José Vicente, mi madre, que en paz descanse, y nosotros. Rosa, es natural, decidió olvidar al primo. Como también es natural, se volvieron las tornas. José Vicente insistió, la acosó por todos los medios y, avisado por mi mujer, no tuve más remedio que intervenir. Y le hablé. La escena, como comprenderéis, fue muy desagradable… Se empeñó en mantener que estaba totalmente normalizado. Es muy humano querer olvidar nuestros dramas. Porfió tanto, lloró y me hizo tales juramentos, que a pesar de que yo estaba absolutamente seguro de que se mentía a sí mismo, le dije que estaba dispuesto a transigir en su matrimonio con Rosa, si un médico de toda solvencia me daba garantías. Aparentemente fue la solución. Se puso contentísimo y quedamos en vernos en Madrid al cabo de unos días para ir a la consulta que yo indicase… No apareció. Marchó a Suiza y estuvo más de un año. Parece que allí intentó toda clase de tratamientos y remedios. Seis meses largos pasó en un sanatorio psiquiátrico. Su madre lo acompañó hasta que le dieron el alta.

»A poco de regresar, hará un año, volvió a las andadas. Apenas hablaba con Rosa, apenas la llamaba por teléfono, pero le escribía casi a diario… Unas cartas que no queráis saber. Cartas de loco. Últimamente se había tranquilizado un poco.

Don José se levantó del sofá y de un frigorífico que había en el despacho, sin consultar, sacó dos cervezas para *Plinio* y don Lotario

y él se sirvió un whisky. Dio un trago larguísimo y de pie en el centro de la habitación continuó:

—… Por eso, Manuel, cuando has dicho, al salir de casa de mi cuñada, que este tipo de cosas son propias de locos, he pensado que era imprescindible contarte todo esto.

Y quedó callado, en espera de la reacción de *Plinio*.

Éste, al sentirse interrogado, se pasó la mano por el poco pelo que le quedaba, ya que en el curso de la larga plática de don José había dejado su gorra de plato sobre el brazo del sillón, y dijo en voz muy baja:

—Pero, admitida su sospecha o como queramos llamarle, ¿qué relación puede tener entonces el caso de Rosa con el de la Sabina… y si quiere usted con el de la muerta de la Hormiga?

—Dios me libre de aventurar juicios, Manuel. Aquí estamos hablando de manera muy confidencial. Pero ¿quién es capaz de clasificar las maquinaciones de un demente?

—No, si en eso lleva usted razón.

—Soy plenamente consciente de que te he dado una pista, todo lo problemática que quieras, pero que hay que aprovecharla. ¿Cómo vas a empezar? No hace falta decirte que tratándose de quien se trata, cualquier resbalón podría ser fatal para mí.

—Ya… Usted sabe muy bien que los crímenes, robos y suicidios nunca vienen solos. A la gente le gusta imitar todo… hasta eso. Bien podría ser que el rapto de la Sabina le «hubiera dado la idea», como dicen en el cine, a su sobrino de robar a Rosa.

—¿Y si quien se la dio… fue la muerta de la Hormiga? —preguntó don José con aire dramático.

—… Olvide usted eso… por favor.

Se hizo un largo silencio. Don José sacó del rubio y don Lotario dio «caldo» al guardia. Liaron, prendieron y don José volvió a tumbarse en el sofá con el vaso de whisky puesto de una manera coquetona.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer, Manuel?

Y *Plinio*, sin comentar nada, pero con mucha prosopopeya, se sacó del bolsillo de la guerrera un pañuelo en el que venía algo envuelto. Levantó los picos con mucho tiento y apareció una cucharilla. Todos siguieron con la vista aquella morosa desempañuelación de la cuchara.

Luego de unos segundos, *Plinio* habló:

—Ésta es la cucharilla —dijo— con que su sobrino ha movido la naranjada que le sirvieron mientras estábamos allí… Esta tarde, con el coche de su hija y con esta cuchara, iremos a Alcázar para que examinen las huellas digitales. ¿Le parece?

Don José respiró con satisfacción y dijo mirando fijamente al guardia y con los ojos húmedos:

—Manuel… cada día te admiro más.

—Si coinciden las huellas ya podemos operar sin miedo a equivocarme del todo.

—De acuerdo… Oye, Manuel, ¿y por qué has sospechado de mi sobrino?

—Hombre, porque fue la última persona con la que vieron a su hija.

—¿Nada más…? No es motivo. Es mi sobrino y no conociendo lo que acabo de contaros…

Plinio se rió de media cara.

—… Es que José Vicente siempre me ha parecido a mí un señor rarísimo. Y estoy casi seguro de que salió al patio cuando llegamos porque nos vio entrar o nos oyó. Su manera de mirar era de hombre muy prevenido, que mide todos sus ademanes y palabras… Bueno, ya sabe usted que yo me muevo un poco por pálpitos y aprensiones, más que por ciencia… Y cuando lo vi… pues pensé que había algo más que lo que se veía.

—Ay, Manuelejo González, alias *Plinio*. ¡Cuánto te queremos todos! —dijo don José con sincerísima admiración—. Tú eres uno de esos pocos hombres que nunca se pueden olvidar. Mi padre, que tenía pasión por ti, siempre me lo decía: «*Plinio* es el único hombre

de este pueblo»… A mí —continuó en su tono exaltivo—, como sabes, nunca me ha ocurrido nada para necesitar de tus servicios, pero mil veces, cuando pensaba que podía sucederme algo, siempre me tranquilizaba diciendo: «Bueno, en Tomelloso, con *Plinio*, no hay nada que temer… Sale uno a la plaza y se lo encuentra en la terraza del Casino o en la puerta del Ayuntamiento, dispuesto a prestarle su inteligencia, su autenticidad, su honradez… y sus pálpitos».

—Bueno, bueno… ya está, que me va a poner usted *colorao*.

—Y este bueno de Lotario, siempre contigo… Qué suerte has tenido, Lotario. Bien merece la pena la vida si se dedica a un amigo así.

Don Lotario bajó los ojos y sonrió, casi gaga.

—Bueno, pues si le parece, don Lotario, nos vamos ahora mismo a comer a Alcázar, pero en vez de con su «Seiscientos», con el «Renault-10» de Rosa… Y, de paso, ponemos al comisario en… relativos antecedentes de cuanto pasa aquí.

—¿Y al juez, Manuel?

—Ya le hablé por teléfono. Esta noche le contaré más cosas… Pues en marcha.

—Manuel —le dijo don José, ya en pie y poniéndole la mano sobre el hombro—. Comprenderás lo que deseo que aparezca mi hija… pero también comprenderás que me gustaría equivocarme respecto a José Vicente.

—Lo comprendo, don José. Lo comprendo muy bien, pero verdades no hay más que una.

—Y, sobre todo, evitar el escándalo, Manuel. Somos gente… muy conocida y es mi sobrino.

—Por mí no ha de quedar.

—En casa está el coche de Rosa. Vais por él cuando queráis. Yo voy a quedarme aquí un rato. Avisadme en seguida con lo que haya.

Cuando iban por la calle, *Plinio*, que fue un rato pensativo, se paró en seco de pronto:

—¿Sabe usted lo que le digo, don Lotario?

—¿Qué?

—Que eso de las huellas digitales son monsergas.

—Ya estás con tus cosas.

—Sí, son monsergas a las que sólo se debe recurrir cuando ya está agotado todo lo que puede ver y escuchar un hombre… De manera y modo que aún nos queda mucho por hacer antes de ir a perder una tarde entera en Alcázar.

—¿Entonces, qué?

—¿Qué? Pues no perder un solo momento la pista de José Vicente. Eso es, coño. Vamos.

Y sin añadir razones, apretó el paso y cruzó varias calles hasta llegar a la calle de José Vicente, el sobrino de don José.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvimos aquí?

—Hora y media, poco más o menos.

—Ahora estará comiendo. De todas formas nos aseguraremos, por si las moscas.

Y siguió andando. Llegaron al Ayuntamiento y dijo al guardia de puertas:

—Mira, muchacho, vete a casa de doña Santa y preguntas a ver si me he dejado allí la petaca… Pero no me la he dejado, a ver si me entiendes. Tú a lo que vas es a ver si está allí su hijo, José Vicente, ¿me explico? Si no está, me lo dices por teléfono desde el bar Romero. Y si está, que es lo más seguro, te quedas allí hasta que salga. Ves la dirección que toma y nos avisas aquí súbito. ¿Te has aprendido bien la lección?

—Muy bien, Jefe. Éstos son los trabajos que a mí me gustan.

—Me alegro. Espabila y chitón.

—A la orden.

Cuando pasó un cuarto de hora largo sin sonar el teléfono, *Plinio* mandó pedir al bar Alhambra unos pepitos, cerveza y melocotón en almíbar. Como concluida la comida seguía sin haber señal alguna, pidió cafés, copas y farias. Y a eso de las cuatro, cuando ya

empezaban a impacientarse y a dar alguna cabezadilla que otra, llegó el guardia sudando.

—Acaba de salir en el coche. Lo he seguido un poco con una bicicleta. Lo ha dejado en la puerta del San Fernando. Debe estar tomando café… Ahí lo tiene usted.

Plinio se asomó a la ventana de su despacho, que daba a la plaza.

—Es aquel «MG» azul —dijo el guardia, que miraba sobre su hombro.

—Muy bien, muchacho. Ahora te vas al Casino a tomarte un café, que yo te convido. Y si ves que don José Vicente se ha sentado de tertulia, vienes y me lo dices. Pero si toma café en la barra y va a marchar rápido, te asomas a la puerta. Con eso basta. Y sigues dentro. ¿Entendido?

—Voy, Jefe.

—Todo con el disimulo que te tengo *enseñao*.

—Sí, Jefe, sí, no faltaba más.

Plinio y don Lotario volvieron a su observatorio, pero muy poco tiempo. A los pocos minutos apareció el guardia en la puerta.

—¡Al coche, maestro! —gritó a don Lotario. Y ambos salieron a la plaza y se acomodaron en el «Seiscientos»—. Póngalo en marcha.

—En marcha está.

—Ahora coloque el coche ahí en la calle del Campo, sólo asomando el morro a la plaza para que podamos ver cuándo sale y hacia dónde va.

Ambos, aspirando de sus farias mecánicamente, aguardaban, impacientes, la aparición de José Vicente.

Salió doce minutos después. Llevaba camisa *sport*, pantalón de mahón, gafas oscuras y un gran cigarro puro. Subió, bajó el cristal y lentamente arrancó y salió calle de Socuéllamos adelante.

—Vaya despacio, pero sin perderlo de vista.

José Vicente cruzó el Parque Viejo y tomó la carretera de Pedro Muñoz.

—Ya sabemos dónde va.

—A su finca derechico —coreó don Lotario.

—Quiquilicuatre. No hace falta seguirlo. Déjelo que se pierda, no vaya a guiparnos…

—Aprovecharemos para echar gasolina.

—De acuerdo.

Se detuvieron en la gasolinera y veinte minutos después, pian, piando, volvieron a la carretera de Pedro Muñoz.

—Voy pensando que en esta parte el terreno es muy llano para poder disimularnos cuando estemos a la vista de la finca.

—Ya veremos. Todavía faltan unos veinte kilómetros.

Andando un buen trecho, *Plinio* pidió a don Lotario que parase.

—¿Tiene usted ahí los gemelos?

—Natural. Los gemelos y el revólver.

—Déjeme que me oriente.

Manuel se bajó del cochecillo y miró un largo rato con los anteojos. Luego de entrarse otra vez, dijo:

—Quiero recordar que la casa de doña Santa está a unos doscientos o trescientos metros de la carretera.

—Por lo menos.

—Bueno, entonces vamos a pasar de largo y si vemos que no hay nadie todo será más fácil. Ahora apriete usted.

—Tanta llanura como la de este terreno nuestro es mala para la investigación policíaca —dijo don Lotario muy en razón. *Plinio* se sonrió para sus adentros.

El veterinario puso el coche a todo gas. *Plinio*, que iba con los gemelos bien aprestados, miró con ellos hacia la finca cuando pasaron ante ella.

Poco más allá encontraron un camión averiado y arrimado a la cuneta.

—Fenómeno, esto nos viene fenómeno. Vuelva usted y aparcamos el coche detrás de este camión. Me ha parecido que está solo.

Volvieron. El camión debía llevar allí mucho tiempo. Estaba cerrado y las ruedas sin aire. No llevaba carga. Don Lotario pegó bien el coche a la parte trasera de la carrocería.

—El coche de José Vicente no está fuera. Lo debe de haber entrado por la portada de la corraliza.

—¿Y ahora qué hacemos?

Plinio, sin responder, volvió a otear con los gemelos.

—A la izquierda de la carretera, frente a la finca, hay una pedriza que podría servirnos de excelente atisbadero.

—Pues vamos a ella.

—Vamos, pero por ahí entre las cepas. No salgan y la jorobemos.

Corriendo agachados, *Plinio* siempre con los gemelos, se llegaron hasta la pedriza que señaló. Desde allí se veía la portada de la finca.

Tras los montones de piedras, al repecho del sol, hacía una agostera que cocía. A los pocos minutos de estar allí sudaban.

—Aquí se suda como sobacos —se lamentó don Lotario.

Se calaron bien el uno la gorra y el otro el sombrero para ampararse del sol en lo posible. Luego, *Plinio* se desabrochó la guerrera y don Lotario, por primera vez en su vida, el chaleco.

—Yo diría que crepitan las pámpanas secas de tanta calina —se quejó don Lotario.

Y como *Plinio* no despegó los labios, abundó:

—Esto es la guerra en el desierto, como en las películas.

—Tengo una sed que basco —dijo el guardia al cabo de un buen rato—. ¡Qué chicharrera!

—Y luego estas piedras, que echan fuego… Mira que como José Vicente no se haya quedado en la finca y haya seguido…

—No sea usted cenizo, hombre de Dios.

Al cabo de una hora larga, medio amodorrados, aguantaban en aquel resistero. *Plinio* acabó por quitarse la guerrera y se la colocó sobre la cabeza. Don Lotario intentó fumar, pero tuvo que tirar el

cigarro entero, porque en vez de saliva contenía su boca una especie de pegamento que le fijaba el pito entre los labios.

—… Éste no sale de ahí hasta la fresca… si es que va a llegar alguna vez —volvió a rezongar don Lotario.

—O hasta media noche.

—Pues si es así, lo va a ver Rita porque estaremos atizonados.

Hacia las seis les llegó cierto tufo. Humo de leña quemada. Se despabilaron un poco de su media soñorra.

—Coño, Manuel, huele a hoguera.

—Es cierto —dijo don Lotario, olfateando.

Levantó la cabeza sobre la trinchera. Se aparejó los gemelos y quedó fijo en una era que había a su izquierda y al otro lado de la carretera, bastante separada de la finca.

—¿Qué es?

—Van a quemar carros.

—Ya, otro auto de fe —comentó don Lotario con sus labios de piedra pómez.

—Querrá usted decir otro carro de fe… Qué tiempos —siguió el guardia sin quitarse los gemelos.

—Deben ir ya quemados más de tres mil carros en este pueblo… Y no digamos en la provincia… Están quemando una edad que ha durado desde la prehistoria hasta nuestros días. Supongo que en otros países más listos estas hogueras las encendieron hace ya bastantes años.

Sobre las piedras de la era habían preparado montones de gavillas de sarmientos. Chicos y gañanes las hacinaban bajo y sobre los carros: rodeándolos, entre las ruedas, sobre el tablero. Eran cientos y cientos de gavillas. Los condenados en aquella tarde debían de ser ocho o diez carros. Todos los de una labranza grande.

La hacina era más que regular. Y sobre ella asomaban los varales y escaleras de aquellos carros de roble americano que costaron un dineral y que ya no había sitio para ellos. Carros que

habían quebrado durante siglos los empedrados y luego los adoquines de las calles del pueblo.

Los construyeron aquellos carreteros parsimoniosos y artesanos que hubo por las calles del pueblo hasta ayer mismo.

Y don Lotario recordaba al hermano Gayo, con sus barbas de profeta y el largo mandil, acuchillando el roble, puliendo los radios de la rueda, hembrando el cubo. Y al viejo Lillo, con la brocha en la mano pintando los «rayos», como allí los llamaban, o aplicando las poleas de cadena de los carretones que llevaban las cubas de vino a la estación.

Las carreterías solían ser grandes encamarados. Cuando las piezas estaban cortadas y en condiciones, los armaban en la calle, con mucha paciencia, rodeados de muchachos y amigos. Carros de una mula, grandones y sólidos, de tipo valenciano. Carros alevines para el tiro de un asno. Carracos de yunta con una sola lanza. Galeras con miriñaque volador para llevar mieses; y los carretones de vino. Los carretones, al cabo de los años, olían a odre y las galeras de cuatro ruedas y con platillos sonaban por la siesta sobre los empedrados con un ruido de crótalos metálicos.

Trabajo les costó a los alcaldes silenciar las galeras, suprimir aquellos platillos que atronaban las tardes de agosto y las madrugadas.

Habían prendido fuego a los bordes de aquella parva de gavillas por distintos lados, y el humo se extendía por todo aquel llano.

Recordaba don Lotario la rebelión de los carromateros cuando empezó a hablarse en serio de traer el ferrocarril a Tomelloso. En uno de los primeros intentos, él era muchacho, los carromateros, los transportistas como se dice ahora, temerosos de perder su industria, se dice que apedrearon a los ingenieros que iban a trazar el proyecto.

Aquello todavía era muy reciente, y ahora mira. «Los carros de fe», como *Plinio* decía. El pueblo quemaba un trozo largo de su historia, entre alegrías y bullicios. La primera gran revolución en

muchas regiones de España fue el trocar los bueyes por mulas, que eran más ligeras y baratas. Constituyó una gran crisis en el siglo XIX. Luego el ferrocarril, que acabó con los oficiantes del transporte con tiro. Y ahora los tractores y camiones.

A pesar del sol se veían las llamas alzadas. Y los vapores del fuego que hacían rielar la línea del horizonte. Y el humo denso, gordo, azul, que, a falta de viento, se alzaba en bolas grandes, precipitadas, atragantadas, hacia el cielo lechal.

Los varales y los adrales, maderas más delgadas, eran las primeras en arder. Amagada la torta de gavillas, se veían las llamas entre los palillos ladrales y trepar raudas por las varas que miraban al cielo. Después el fuego se entremetía entre los radios de las ruedas como banderolas temblorosas.

Los hombres y chiquillos que había en torno atizaban el fuego con palos, arrimando los sarmientos encendidos a los birloches y carromatos próximos.

Hacia las siete sólo quedaban los hierros, ejes y estornijas retorcidos entre las ascuas. Y sobre la era, el enorme brasero ya puesto a enfriar, para el día siguiente recoger los hierros, último esqueleto de aquella población carrera, y venderlos al peso.

«En este mundo —pensaba don Lotario— siempre pervive lo más duro».

Los fogoneros fueron marchándose y ya casi sin sol quedó sola aquella parva de ascuas que ahora brillaba más, espinada por los hierros más retorcidos y martirizados.

Acababa la hoguera carreteril, y con la fresca, como presumió *Plinio*, comenzó la verbena. Don Lotario, que estaba un poco apartado haciendo aguas y ya con el chaleco abrochado, dijo de pronto en voz baja:

—Manuel, Manuel. ¡Pájaro!

Plinio se recompuso rápido, miró por la pedriza y vio una mujer que muy apresurada abría las portadas de par en par. Casi temblando se echó los gemelos a los ojos.

—¿Quién es, Manuel, quién es? —preguntó el veterinario impaciente y mientras se abrochaba a manotazos la parte del pantalón que le fue imprescindible abrir momentos antes.

—¡Rosita, es Rosita! Vamos.

Y los dos echaron a correr de mala manera. Atravesaron la carretera y tomaron el camino que llevaba hacia la finca en el momento que salía el «MG» de José Vicente por la portada, conducido por Rosa. Le hicieron señas para que parase. La chica titubeó, pero al fin dio un frenazo.

Llegaron alpeando hasta el coche. Rosa bajó el cristal y luego de mirarlos un momento casi sin expresión, empezó a llorar, convulsamente.

—Tranquilízate, mujer, tranquilízate, no tengas miedo —dijo *Plinio*.

Don Lotario, con la pistola presta, miraba hacia la portada. *Plinio* decidió esperar a que Rosita, más tranquila, pudiese hablar.

—¿Dónde está él? —le preguntó al fin.

—En la cueva, en la cueva.

—Anda, sal y serénate un poco.

Plinio la ayudó a salir. Estaba despeinada, con el vestido roto por la espalda. Le faltaba un zapato.

Plinio volvió a decirle cosas tranquilas y en vista de que no podía andar la obligó a sentarse otra vez en el baquet.

—¿Quién hay más?

—Nadie…

—¿Tampoco hay caseros?

—No he visto a nadie.

Se limpió los ojos y dijo:

—Él debe de estar herido… o muerto. Lo he tirado por las escaleras de la cueva abajo. Le he empujado.

—¿Cómo no te has podido escapar antes?

—Me tenía encerrada en la cueva… allí me puso un colchón y mantas.

—Bueno, espera. Vamos a bajar a ver lo que pasa. No te muevas. No puedes ir así.

—Yo no quiero verlo…

—No te preocupes, tenemos ahí el coche… Mira, aquí tienes tabaco —le indicó la guantera del coche—, echa un pito y verás cómo te apaciguas. Venimos al *contao*.

Rosa encendió el cigarro todavía con el pulso temblón. Aspiró el humo con profundidad y se miró en el retrovisor.

Plinio y don Lotario entraron en la finca.

Desde la escalera de la cueva oyeron quejidos. Encendieron la luz, que ya se veía poco en el subterráneo, y vieron a José Vicente tendido junto al primer escalón. Bajaron. Estaba completamente desnudo. Tenía arañazos en la cara y se quejaba mucho, con unos gritos sordos, zoológicos. No parecía darse cuenta de quienes le rodeaban. Intentaron incorporarlo, pero fue imposible.

—Este hombre debe de tener una fractura —dijo don Lotario—. Sin una camilla no habrá forma de subirlo.

—Bien. Entonces vaya usted con Rosita al pueblo. Usted en su coche. Desde el primer teléfono avise a don José de la visita. Y disponga que traigan una camilla desde la Cruz Roja y una ambulancia, furgoneta o lo que sea, para llevarse a este hombre. Yo espero aquí.

—De acuerdo.

Y marchó por las pinas escaleras con las manos en los riñones.

La cueva era grandísima y moderna, con tinajas de cemento. Al fondo, *Plinio* vio las maletas y paquetes de Rosita. En una rinconera, el colchón y las mantas. Esparcidas por la cueva, las ropas de José Vicente. *Plinio*, no pudiendo remediar en nada al herido, que ahora se quejaba sordamente, lo tapó con una de las mantas y se puso a examinarlo todo con cuidado.

Entre las mantas y por el suelo, había fotografías pornográficas y cigarrillos. En una nevera portátil, refrescos y alimentos. *Plinio*, cuando todo lo tuvo visto, se sentó en el colchón, se bebió una

botella de naranjada y encendió un cigarro. «¡Qué habrá pasado aquí, Dios mío! —pensaba—. Qué habrá querido hacer este pobre muchacho… Claro que está viva, y según la cuenta, si la Rosita tenía virgo, no lo ha perdido con este muchacho tan desdichado por la punta de la barriga. El hombre habrá querido hacer la última intentona para avivarse el príapo y, claro está, no le ha respondido… La verdad es que un nombre con el pudendo inservible, máxime si es joven, es para enloquecer. Tener las ansias ensacadas en el cuerpo como todo el mundo, la simiente agitándose en los compañones… y la verga, caída como una corbata. Qué drama. Me lo explico todo y más. Qué biografía, macho. Así por los años y por las calles. Viendo mujeres y oyendo a los hombres hablar de follaciones. Y para colmo, el pobre, barajando estas fotografías con posturas tan divinas… Si al menos se inventara algo para quitarle el gusto a estos faltos y que viesen una mujer como quien ve una Fanta. Pero sí, sí, toda la vida con el ansia de hacer fuego, y la escopeta con el cañón doblado».

Se reía *Plinio* con sus propias imágenes, y consumido el cigarro, tomó las fotos del suelo y les dio un repasillo sin especial atención. Se las guardó en el bolsillo y dio un paseo hasta el enfermo, que parecía dormitar. Aburrido iba y venía mirando tinajas. Y viéndolas se le trasladó el pensamiento a otra cosa que ocurría en su pueblo últimamente: el final de las cuevas y bodeguillas caseras.

A su pueblo, tan grande por debajo como por arriba, con igual habitación bajo el suelo que sobre la tosca, ahora le tocaba perder de medio cuerpo para abajo; cegar los hondones y quedar liso como todos los pueblos del mundo.

El escudo de Tomelloso, que era una liebre saltándose un tomillo, debió aludir a la otra mitad invisible. Ahora ya no había caso. Se jorobó el anclaje bajo la tosca… Tal vez José Vicente acababa de dar un ejemplo, y en el posllegar, los machos de la ciudad llenarían sus cuevas de mujeres desnudas para luchar amores entre las tinajas.

Desde que pusieron la Cooperativa, que verifica y administra el vino de la mayor parte de los labradores medianos y picholeros, las cuevas que minan Tomelloso quedaron vacías. Son ahora calabozos de tinajas hueras. De tinajas con telarañas y sin aliento de vinazas. Tinajas sin cuido, tapaderas, ni corcho. Maltrechos los empotres, sin aireo ni limpieza, las bodegas quedaron en sótanos sin empleo. Cuevas muertas que tal vez en un futuro serán negocios de ágapes, bailongos y magreo. Las que encerraron hecho líquido la razón de tantas vidas, y la sangre de tantas penas, ahora, al faltarles la alegría de los trasiegos y el chupar de bombas, de serpientes mangueras, de catadores, corredores de vino y los amigos del amo que se sentaban en las haldas de las tinajas a pasar un rato de la vida entre paladeo y paladeo, quedarían en espeluncas olvidadas.

La riqueza de las casas de Tomelloso estaba en sus partes bajas, donde se guardaban las herencias de la familia y de la casa. Partes recónditas de la esperanza y de la lágrima, del buen rato y la comida escandiada.

Ahora —*Plinio* se sonrió al pensarlo— a las casas de su pueblo les pasaba lo que al José Vicente, que se habían quedado con las bajuras hueras.

Hasta dos horas después no llegaron con la camilla de la Cruz Roja. Razón llevaba don Lotario. Pues habría sido imposible subir a aquel hombre de otra manera.

—Rosa me ha dicho que hagamos el favor de llevarle sus maletas.

—Las mujeres siempre a lo suyo —gruñó *Plinio*.

Él y don Lotario tuvieron que echar una mano a los camilleros.

José Vicente permanecía sin sentido.

Habían traído la camilla en una «rubia» de alquiler. Al ponerle los pantalones y la camisa, el herido, a pesar del desmayo, se quejaba.

Cuando todo estuvo apañado, salieron delante en el coche de don Lotario con las cosas de Rosa y la llave de la bodega. La rubia les seguía muy despacio.

—Ya le he dicho a Saturnino por teléfono que esté preparado para hacerle una radiografía.

—¿Cómo ha reaccionado don José?

—Ya puedes imaginarte. Como unas castañuelas. No quieras saber los piropos que te ha dedicado… Le he dicho que prevenga a su cuñada Santa.

—¿Y cómo dice Rosa que fue el rapto?

—Por lo visto, cuando se encontraron, José Vicente le pidió hablar con ella de una cosa muy urgente. Como no quería contrariarlo por lo que ya sabemos, se adentró con él en el Parque. Se sentaron en un banco. Él le dijo lo de siempre: que no podía vivir sin ella y demás cosas de su enamoramiento. Rosa lo tranquilizó, y cuando todo parecía más concorde, al subirse a su coche, José Vicente la empujó brutalmente hacia el fondo, se sentó en el volante, y embalado la trajo a la finca. Durante estos días, en esta cueva ha debido de ocurrir la intemerata.

—Ya me imagino.

—Ella, naturalmente, se limita a decir «que todo ha sido horroroso…». Pero habrá que ver.

—Como yo pensé después de la confidencia de don José, esto estaba bastante claro, y, desde luego, lo de la Sabina es otro cantar.

—Eso de la impotencia debe de ser muy mala cosa —dijo don Lotario como para sí.

—Sí debe ser, sí… Veremos qué dice Braulio de todo esto.

—Es verdad. Hay que contárselo cuando sea oportuno.

—Esto mañana lo sabe todo el pueblo. Menudo escándalo.

Cuando llegaron a la plaza, *Plinio* pasó a informar al señor juez de la sesión de la tarde —a pesar de que don José no llegó a presentar denuncia en forma de la desaparición de su hija— y a cambiar impresiones sobre los otros casos pendientes.

Antes de cenar se sentaron un rato en la terraza del San Fernando.

Cerca de ellos había un corro muy grande en torno a tres mesas que hablaban con mucha animación de algo que *Plinio* no llegaba a coger el hilo. Cuando llegó Manolo Perona a ofrecer sus servicios, le preguntó:

—Oye, Manolo, ¿de qué hablan en ese corro con tanto interés?

—Del loro de Compte, que se ha muerto.

—No me digas.

—Parece mentira —le bromeó Manolo— que sea usted el jetazo de la G. M. T. y no sepa la noticia.

—Es que hemos estado fuera. Pobre lorito. Era el ser vivo más antiguo que quedaba en este lugar.

—Eso es verdad, Manuel, pero la cosa no es para tanto. Todo el pueblo hablando de lo mismo, más que de la Sabina.

—Pues sí lo es, Manolito, que tú eres muy joven y no das importancia a estas cosas —le replicó don Lotario—. El loro de Compte era una verdadera institución. Los loros viven mucho, pero éste era el no va más de viejo.

—Pues sí, creo que está desfilando medio pueblo por aquella casa —añadió Perona.

—¿Pero es que lo tienen de cuerpo presente? —preguntó Manuel con extrañeza.

—No han tenido más remedio, en vista de la cantidad de gente que acude a darle su último adiós.

—Ah, pues tenemos que ir a verlo, don Lotario.

—Yo tengo un retrato que me hicieron junto a su jaula hace muchos años.

—Pues ésa será una foto histórica, don Lotario —le dijo Perona con cierta ironía.

—Éste no toma en serio lo del loro —dijo el veterinario al guardia un poco fastidiado.

—Sí, hombre, sí… —y marchó riéndose.

Así que descansaron un poco y tomaron la cerveza, fueron hacia la casa de los Compte a ver al loro.

Las puertas de la calle estaban abiertas de par en par, como cuando muere un humano; y la gente entraba y salía sin cesar. Se veían especialmente viejos y viejas apoyados en cayadas o del brazo de alguien.

Don Lotario y *Plinio* entraron haciéndose lado con cierta dificultad.

—Ya está ahí *Plinio* —comentaron algunos con misterio, como si se tratara de un caso criminal.

En el suelo, al fondo del patio, yacía el loro insepulto. Lo habían colocado junto a una lámpara de pie, para que todos pudieran verlo mejor. El papagayo, panza arriba, con las patillas agarrotadas y los ojos cerrados, posaba sobre una gamuza de limpiar los muebles. De puro tieso y sólido, parecía loro de madera. Y por lo deslucido del pintivario plumaje, objeto muy usado. Era una birria de loro, así en muerto.

Los dueños de la casa, muy señoritos, fumaban pitos y hablaban con unos y otros. La verdad es que debe de resultar difícil comportarse en el duelo de un loro. Porque si te pones muy triste, es ridículo. Y si alegre o despectivo, como la gente le tenía tanta ley, podría resultar frívolo. Así es que los Compte llevaban las cosas en un ten con ten.

—Con lo que tendrá hablado este loro —dijo un viejo con voz cascada, que de puro gaga contemplaba al difunto desde una silla baja y con ambas manos sobre la revuelta de la cayada—. Cuando nos llevaron a la guerra de Cuba, gritaba a todo el que se paraba en la ventana: «Yanqui jodío, yanqui jodío, rrrrrrrrrr».

—Es que este loro siempre fue muy patriota —coreó un hombre gordo con una verruga vinosa en la nariz—, porque cuando la guerra de África decía cosa contra los moros.

—Claro, el pobre, repetía lo que oía —comentó una mujer que tenía a una chica muy grandona entre los brazos.

—Sí, porque cuando la guerra civil —dijo uno de los Compte— se pasó tres años gritando: «¡Mueran los fachas!». Y claro, luego, el treinta y nueve, mi madre tuvo que quitarlo de la ventana unos cuantos días para evitarnos compromisos.

—Es natural, el pobre —volvió a corear el hombre de la verruga— no se apercibió de que había *acabao* la guerra y que había que decir lo contrario.

—Claro, así que aprendió a decir —continuó el Compte— «nacionales valientes y rojillos sinvergüenzas», mi madre lo volvió a la ventana… Ha pasado el pobre por tantas guerras y bandos, que no sé cómo no le han *pegao* algún trabucazo, porque en este país ya se sabe…

—Es verdad —volvió el de la verruga—; aquí, en España, hay que estar preparado para cambiar de ideas a tiempo si quieres que no te enfosen por grito más o menos.

—Este loro lleva en Tomelloso desde los franceses —dijo uno.

—No tanto, hombre, no tanto —dijo el mayor de los Compte.

—Pues yo le he conocido toda mi vida. Mi padre también. Y mi abuela hablaba de él —insistió el de los franceses.

—Siempre se dijo en el pueblo «eres más viejo que el loro de Compte». Por algo será —aclaró la mujer de la niña.

—Pues a una calle de este pueblo debían llamarle «del loro de Compte». Se lo tiene bien merecido —dijo uno.

—Por terco —saltó otro. Y sonó un coro de risas.

—Por terco y porque siempre estuvo de acuerdo con los poderes constituidos —dijo Rosauro el barbero, que era muy irónico.

Otra mujer, que había sido casera muchos años en una finca de los Compte, intentó ponerse de rodillas para besar al loro, pero como no llegaba y estuvo a punto de caerse, la hija, que la acompañaba, y que parecía muy bajita, tomó el loro con gran decisión y lo alzó hasta los labios de la vieja.

—Con el permiso de los señoritos. Es una obra de caridad —dijo muy recortada.

La vieja besó la cabeza del pajarraco; le acarició las plumas y dijo:

—Pobrecito mío. Ya has *descansao*.

—Ahora que picardías, también sabía un rato —dijo una puritana—. La gente que pasaba por la ventana, mayormente los chicos, le enseñaban todo el abecedario.

La vieja del beso, que seguía con el loro en la mano, abundó:

—Y cuando los jueves desfilaban las pendones, camino de la casa de socorro a que les hicieran el reconocimiento, se armaban unas zapatiestas… Claro, el pobre mío, les decía las cuatro letras. Y las zorras le contestaban lo que no quiera usted saber.

La mujer besó otra vez el loro, lo volvió la hija a su lugar y dijo triste:

—Éste me conoció a mí bien moza. Con las carnes prietas y cantando *tó* el día… Y ahora, mira.

Plinio y don Lotario, ya en la calle, se pararon junto a la ventana abierta, donde estaba la antiquísima jaula dorada, ahora vacía.

—Vaya, hombre… toda mi vida viéndolo aquí —se lamentó el veterinario.

Una mujer que había detrás, sumándose a la razón de don Lotario, les dijo:

—Cuando mis hijos eran pequeños, y ahora los nietecillos, en los ratos que se ponían muy mohínos y tabarristas, yo les decía: «Vamos si no a ver el loro». Y así los distraía una miaja… Pero ahora ya, fíjese usted.

En la plaza de nuevo, se encontraron con don Saturnino el médico.

—¿Qué ha sido lo de José Vicente? —le preguntó *Plinio*.

—Una fractura doble del hueso de la cadera… Va a tener para rato.

—¡Pobre hombre! —exclamó el veterinario.

El médico parecía con ganas de preguntar algo, pero como vio a *Plinio* poco propicio al diálogo, no se determinó.

—Han pedido una ambulancia para llevárselo a Madrid —se limitó a contestar.

Manuel González, alias *Plinio*, Jefe de la G. M. T., se despidió de don Lotario y del médico hasta el día siguiente. Tan cansado estaba, que, a pesar de su redomada costumbre, no pensaba salir a tomar café aquella noche.

Echó calle adelante —no quiso que lo llevase don Lotario— con el uniforme bordado de arrugas, folios los zaragüelles, mal equilibradas la porra y la pistola en el cinto y la gorra un poco volcada hacia los atrases de la cabeza.

En aquel momento, como en tantos otros, no pensaba en el «caso», mejor, en «los casos» que traía entre manos; ni pensaba en persona alguna. Pensaba en la vida, en lo que es esta extraña zarabanda, este inesperado convite, este gilipollear sobre tantas cuerdas, ante tantos vientos y sobre tan numerosas y variables olas. Y, ¿cómo no?, añoró a su amigo Braulio *el filósofo*, que ahora, a buen seguro, en la soledad de su casa enorme, andaría cacharreando y masticando en voz baja sus importantes reflexiones. A la hora de la verdad, sólo puede asirse uno a la razón de un buen amigo, a la existencia de un hombre o de un libro singular… Todo lo demás… ¡Ay, leche, qué vida ésta!

Y cuando llegó a su casa vio que el descanso que presumía iba a sufrir una alteración. En la puerta estaba parado el «Mercedes» de don José.

Abrió y halló en el patio, de charla, a su mujer y a su hija, nada menos que con don José y Rosita.

—¡Hombre, quién está aquí! —exclamó al verlos.

—Manuel, no hemos querido esperar a mañana para darte las gracias por todo —dijo don José.

—No he hecho otra cosa que cumplir con mi deber, don José.

—Manuel, todos los hombres tenemos deberes que solemos cumplir como si fuesen condenas. Y tú los cumples echándoles corazón… No quiero pensar lo que podía haber ocurrido si Rosa pasa más tiempo en poder de ese pobre sobrino mío.

—Ha sido horroroso, Manuel, de verdad —le dijo Rosita, que venía muy elegante y perfumada—. Cuando ustedes llegaron estaba a punto de volverme loca.

Se notaba que la mujer y la hija de *Plinio* estaban gozosísimas de tener en su casa aquella visita tan importante. Y se las apreciaba en la manera de fruncir la boca, de cruzarse de manos y de sonreír a todo sin estar muy seguras si era oportuno.

Rosa era rubia, más bien alta y con no sé qué fragilidad de bailarina de ballet. Su único defecto era que, cuando escuchaba, se quedaba con la boca laxa y los ojos muy abiertos, como si todo le sorprendiese muchísimo.

—Está llena de cardenales y magulladuras —dijo don José mirando a su hija.

Y Rosita enseñó las que tenía más a la vista.

—¡Qué barbaridad, qué salvaja… da! —dijo la hija de *Plinio* poniéndose fina en la última sílaba.

—¡Qué cosas, Señor, qué cosas! —coreó su madre, mostrándose también muy escandalizada, a lo señorito.

—Mi cuñada —añadió luego don José—, que naturalmente conoce muy bien a su hijo, temía desde hace tiempo que esto pudiera ocurrir. Me lo ha confesado esta tarde. Está consternada. Ya te lo puedes imaginar. Tiene el propósito decidido de irse a vivir a Madrid. Esta misma noche se llevarán a José Vicente para que lo escayolen allí… Os pido otra vez discreción sobre todo esto, ya que más que un caso policíaco es un drama familiar.

—Por nosotras, pierda *cuidao* —dijo la Plinia.

Manuel quedó mirando a Rosita, y luego de sonreír con cierta cazurrería le preguntó:

—Tú, Rosita, que eres muy culta y muy fina, ¿cómo definirías lo que ha pretendido tu primo con esta encerrona?

Y Rosita quedó mirándolo con su boca entreabierta y los ojos inmóviles, como si pensara con frivolidad:

—Pues mira, Manuel —arrancó luego de parpadear un poquitín—, creo que se le había metido en la cabeza que… ¿cómo le diré a usted?… con mi presencia física como estimulante, reaccionaría su virilidad. ¿Está claro?

—Clarísimo. Suponía que era eso.

Don José quedó satisfecho por la respuesta de su hija.

Y *Plinio* quedó callado y pensando que la contestación de Rosita resultó mucho más inteligente de lo que supuso. Y también que aquella pregunta había sido totalmente innecesaria para aclarar las cosas; y que la había hecho con malísima intención, para que Rosita probase sus habilidades dialécticas.

—… Ya… ya —dijo de pronto la mujer de *Plinio*, que no debía de haberse enterado de la explicación de Rosa.

—Sí, estaba obsesionado con que mi hija podía ser el remedio de todos sus males.

»Y ahora, Manuel, permitirás a mi hija que te entregue un pequeño recuerdo.

—Pero, hombre, no es necesario…

Y sin añadir palabra, Rosa sacó de su bolso de charol negro un estuche regular de grande. Lo abrió.

—Es un reloj.

—Me lo trajo Rosa de Nueva York y no llegué a estrenarlo —dijo don José—. Es un Acutrón. El reloj electrónico que usan los astronautas… según dicen, por lo exacto que es… Yo le digo que parece de tebeo, por estas tripas rojas y verdes que se le ven ahí dentro, pero en fin, es de oro. Cada año se le pone una pila en este sitio de la trasera. Ahí lleva unas cuantas de repuesto. No hay que darle cuerda.

—Y escuche usted cómo suena —dijo la chica—. Es como un pitido.

Y lo puso en el oído de cada uno de los visitados.

—Qué cosas, qué cosas se inventan —dijo la mujer de *Plinio*.

E hicieron otros comentarios por la rareza del son y lo carnavalesco de la esfera.

Luego, Rosa se lo colocó a Manuel con gran solemnidad.

—Todavía son raros en los Estados Unidos.

—Un policía tan exacto como tú —dijo don José sonriendo— necesita un reloj puntual.

—Hombre, pues muchas gracias. Yo nunca he llevado reloj de pulsera. Siempre anduve con el viejo Roskof que me regaló mi padre cuando me casé. Creo que me acostumbraré.

—Usted, padre, que bien lo conozco, se pone este reloj tan hermoso y lo llevará siempre, pero el Roskof no se lo quita del bolsillo. Estoy cierta.

Y *Plinio* se rió:

—Es mucho decir.

—Si no, al tiempo —añadió la chica sonriendo a Rosita.

Marchó la visita y los tres González contemplaron y escucharon el reloj a su sabor.

Se hicieron lenguas de la fineza de Rosita y de su padre y *Plinio*, después de quitarse la guerrera y lavarse las manos, pidió la cena.

—Estoy que no me tengo. Me voy a acostar en seguida.

—¿Es posible que no vayas a ir al Casino? —dijo su mujer sorprendida.

—Como lo oyes.

—Qué raro se me hace usted, padre, con reloj de pulsera.

—Yo pensaba morirme sin catarlo.

—Desde luego que no hay otro en el pueblo como éste.

—¿Tan feo?

—Padre, tanto como feo, no. Que tiene color de huerta, eso es todo.

—No le pongáis faltas —dijo la madre—, que debe costar un dineral.

—Como que es de los astronautas —comentó *Plinio*—. Y cualquiera se lo quita. Ya hay que llevarlo siempre. Es regalo de los señoritos del pueblo y todo el mundo lo va a tener en cuenta… Menudo pitorreo se va a armar.

3. Rapto de la tercera Sabina: la Clotilde Lara

Remate de las historias citadas y otros entremeses de sabrosa degustación.

Cuando *Plinio* concluyó su parva cena: huevos estropeados y unas magras, para recalcar, se puso a dar paseos cortos por el patio y a fumarse el pito de la cama. Caducada la punta del cigarro, se estiró, bostezó y tomó la derechura de su alcoba en mangas de camisa y con el Acutrón al aire.

—Otra vez suena el teléfono —dijo la mujer.

—Voy, madre —gritó la hija desde el fondo de la casa.

Plinio se quedó con el bostezo sin plegar y los brazos medio en cruz.

—Padre, Maleza.

—¿Otra vez?

—Otra vez, padre.

—Sólo falta que te dé saltón, como a los jamones. Ya no puedes con tanto, Manuel —le reconvino la mujer pesarosa.

—¿Qué pasa?

—Jefe, que está aquí un hijo de Eulogio Rosauro *el Culovistoso*, que quiere hablar con usted urgentemente. ¿Va ahí o viene usted?

—¿De qué es?

—No me lo ha querido decir. Sólo que es muy urgente… y que es muy urgente. Se le trasluce que está relacionado con el robo de la

mujer. Dice que ha visto algo muy gordo. Y la verdad es que está como emocionado.

—Bueno, pues que espere un poco que voy para allá… Me voy.

—¿No decías que esta noche te quedabas en casa? Ya me extrañaba a mí.

—Ea, cada oficio tiene sus reglas… y éste no tiene ninguna.

—Cuando yo digo que ya no te falta más que te dé saltón…

Se puso la guerrera y la gorra y salió a buen paso. Como el sueño lo vencía, bien pegado a la pared se metió en el San Fernando para tomarse un café doble… Pero rápido apareció don Lotario, que lo columbró desde su tertulia.

—¿Qué pasa, Manuel?

—Que me ha avisado Maleza que hay uno con muchas prisas.

—¿Quién?

—El hijo de Eulogio Rosauro, alias *Culovisible*.

—*Culovistoso* dirás —rectificó el veterinario sin poder tener la risa.

—Si es que estoy que me caigo de sueño y ya no doy pie con pelota.

Pidió don Lotario dos farias y se fueron para el Ayuntamiento.

El hijo de Eulogio Rosauro se llamaba Eufrasio, que tampoco es mal nombre, y tenía fama de listo entre sus prójimos porque se había leído tantas veces un manual de Historia de España que casi se lo sabía de memoria, aunque a veces se trucaba un poco y decía cosas tan peregrinas como aquélla de que «Colón había descubierto América con las tres velas…». «Sí, y con el cirio pascual», le replicó un chusco cierta vez. Y sin venir a cuento sacaba a plaza a Indíbil y Mandonio, a doña Urraca y a don Emilio Castelar, como si fuesen gentes que trataba mucho…

Lo de *Culovistoso* le venía de un abuelo remoto que, según la tradición, así que se chispaba un poco se bajaba los pantalones y mostraba el trasero a la tertulia. El hombre presumía de la curva parte, aunque no era maricón, según se dice, porque debía de creer

que la tenía hermosísima. Los testigos antañones de aquel espectáculo aseguraban que el culo de López no era peor ni mejor que los demás culos paisanos, pero fuera por darle gusto o tal vez por no atinar a decir visto por vistoso, *Culovistosa* fue la familia descendiente.

—Estos pobres Rosauros —comentó un día Ángel García en el Casino— se han quedado con el culo de su abuelo a cuestas para toda la vida.

Cuando *Plinio* y don Lotario llegaron al despacho, Eufrasiete paseaba nervioso. Al verlos entrar se puso contento y empezó a hablar súbito. *Plinio*, con sus pausas y labio escéptico, lo fue enfriando hasta congelarlo totalmente, cuando le dijo:

—Anda, Eufrasiete, siéntate y empieza de nuevo, midiendo bien las palabras, que la noche es larga y la justicia paciente.

Eufrasio, con las cejas juntas y la cara muy muerta, se sentó ante la mesa de *Plinio* y con las manos cruzadas sobre semejante parte esperó que le preguntasen por orden.

Plinio tomó plaza en su sillón, se quitó la gorra, dio unas chupadas al puro y le dijo, al fin, con muchísimo reposo:

—Vamos a ver, Eufrasiete, qué tienes que decirme.

—Que he visto robar a otra mujer —respondió con tono seco, como enfadado.

—¿Quién es ella?

—No lo sé.

—¿Que no la conoces?

—Si la conozco o no la conozco, no lo sé. Lo que digo es que con la oscuridad no la distinguí —replicó con aire de decir «toma del frasco, Carrasco».

—¿Dónde fue?

—En mi calle.

—Sigue, Eufrasiete.

—Yo estaba asomado a la ventana de arriba, fumándome el pito del sueño, y vi que pasaba muy despacio y pegada a mi acera una

furgoneta de ésas que llaman «rubias», color claro. Por la misma acera iba una mujer. Yo no reparé mucho en ella, pero de pronto se paró la «rubia», se abrieron las puertas de detrás, saltó un tío y junto con el que venía conduciendo, que le ayudó, cogen a la moza, le tapan la boca con la mano y la meten en el auto a empujones. El chófer cerró las puertas de detrás dejando dentro a la moza y al ayudante, volvió al volante y salió de pira… A la mujer no le dieron tiempo ni a gritar.

—¿A ellos tampoco los conociste?

—Mi calle anda muy mal de luces, ya lo sabe usted.

—¿Y la matrícula del coche?

—Seguro que era CR, pero en el número no reparé bien. Sí recuerdo que tenía un siete.

—¿A qué hora fue?

—A las once o así. Al contao que lo vi me vine *pa cá*.

—¿No te dejas nada en el tintero, Eufrasiete?

—No, señor. Yo soy leal, como Guzmán *el Bueno*.

—Así debe ser, Eufrasio… Muchísimas gracias por tu información y si sabes algo nuevo me lo dices en seguida.

—Eso seguro —dijo ya más optimista Eufrasiete Rosauro *el Culovistoso*.

Cuando marchó Eufrasio, *Plinio* quedó mirando a don Lotario con aire pensativo:

—Continúan robando Sabinas, Manuel.

—Vaya, sí.

Plinio tocó el timbre dos veces y al punto acudió Maleza.

—¿Qué hay, Jefe?

—Oye, mañana temprano quiero la lista de todas las «rubias» que hay en el pueblo.

—Atiza, Jefe, ¿es que va a elegir usted Miss Tomelloso?

—De todas las furgonetas, camionetas o lo que sean, de ésas que llaman «rubias». El secretario te dirá quién te puede proporcionar la relación.

—Vale. ¿Se va usted a dormir?

—No. Cierra.

—¿Qué piensas hacer, Manuel? —le preguntó don Lotario con los ojos entornados, como quien intenta adivinar.

—Pensar, pensar, lo que se dice pensar, nada. Pero tengo así como una comezón.

—Manuel, lo que tienes es tu pálpito famoso. Como si lo viera. Tengo ahí el coche. ¿Adónde vamos?

—Al cuartillejo de la Braulia, y sea lo que Dios quiera.

—Pues hale. A Roma por todo, como diría Eufrasio… Oye… ¿Y si la Braulia está aquí y el cuartillejo *cerrao*?

—Vamos a pasar por su casa del pueblo, primero. Y andando, que el café me ha puesto los nervios de punta.

Como el «Seiscientos» estaba aparcado junto a la glorieta de la plaza, todos los contertulios del Casino suspendieron sus pláticas vinatarias al ver salir a *Plinio* y al veterinario con tanta diligencia.

—¡Ahí van los de la CIPOL, leche! —gritó Claudio Arrarte a sus amigos—. Como no anden listos nos van a dejar el pueblo sin mujeres.

—No caerá esa breva —comentó otro.

Plinio, ya en el coche, miró el reloj de la iglesia y comprobó si iba bien con su Acutrón.

Don Lotario, que estaba a punto de arrancar, suspendió la maniobra y gritó casi fuera de sí:

—Pero oye, Manuel, ¿tú con reloj de gobanilla, como dicen aquí?

—Sí. Un Acutrón; de los astronautas, nada menos.

—¡Qué bárbaro! A ver, a ver.

Y *Plinio* se lo mostró y le hizo escuchar el pitido que daba en vez del tic-tac.

—¿Y de dónde has sacado esta lechuga?

Llamaron varias veces en la puerta de la Braulia y nadie respondió. Una vecina les certificó que estaba en sus viñotes.

—Cuando lo vea Braulio verás lo que te dice.

—Pues dirá que hay que tener un par de acutrones muy grandes para llevar este reloj.

Cuando pasada la estación de Cinco Casas calcularon que estaban cerca de las fanegas de *la Mirla, Plinio* pidió a don Lotario que apagase las luces del coche. Así avanzaron un rato en segunda y al llegar a la altura del cuartillejo aparcaron el «Seat» en un barbecho y se aproximaron con sigilo.

Llegaron hasta la trasera de la casa. Había dos coches parados. Dentro del cuartillejo se oían voces. Se filtraba la luz por las rendijas de las puertas y ventanas. Estuvieron un rato haciendo oído. Eran voces alegres, de hombres y mujeres. Debían de andar de juerga a lo grande. Sonaba un tocadiscos. *Plinio* le entregó la linterna al veterinario.

—Vea usted la patente de esos coches, a ver de quiénes son.

El veterinario, agachado como un guerrillero, avanzó hacia los coches. Se vio durante un rato zigzaguear la luz de la linterna. Y volvió, también agachado, como si el enemigo le disparase sin tregua.

—No son del pueblo. Son de Valdepeñas.

—¿Tomó usted los nombres?

—Natural, Manuel, natural. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó un poco desilusionado por el aire tan poco misterioso de cuanto oían.

—Pues entrar.

Y sin más palabras, se llegaron a la puerta de la casa. *Plinio* golpeó con los nudillos enérgicamente.

Dentro se hizo el silencio.

Plinio tornó a llamar con el mismo aire de autoridad.

—¿Quién es? —se oyó al fin la voz de *la Mirla*.

—La policía. Abre.

Volvió el silencio. Luego rumores y palabras cruzadas con sorda energía. Al fin oyeron abrir la ventana. *Plinio*, acercándose, enchufó la linterna. Era Braulia *la Mirla*.

—Abre.

—Oye, por favor, apaga eso y acércate un momento.

Plinio se acercó.

—Por Dios te lo pido, Manuel, no me desbarates el negocio. Son gentes de muchas perras las que tengo aquí, y si entras no vuelven. Te juro que son parroquia conocida y nada tienen que ver con lo que tú buscas.

—Ábreme, Braulia. Me hago cargo de tu tráfico, pero vengo cuando quiero.

—Manuel, por tu mujer y tu hija, no me hagas esta faena.

Hablaban los dos con tono de confesionario, agarrados a la verja del ventanuco.

—Que abras te digo, y sin mentar a los míos.

—Manuel, hijo mío, por lo que más quieras. ¿Qué mal te he hecho yo?

—Que abras te digo por última vez.

—¡Manuel! —gritó de pronto el veterinario.

En silencio habían abierto la puerta de la casa y entre la oscuridad, unas cuantas personas corrían hacia los coches. En la carrera derribaron a don Lotario, que gritaba desde el suelo. *Plinio* les enchufó la linterna y el revólver y disparó al aire:

—¡Alto, alto!

Los coches, sin encender, salieron por el caminillo levantando una gran polvareda.

Plinio continuó disparándoles hacia las ruedas, pero no debió de alcanzarlos porque en seguida ganaron la carretera.

—¿Se ha hecho usted daño?

—Un poco, en el brazo… ¡Qué bestias! Pero no creo que sea nada importante.

Fueron hacia la casa. La Braulia, llorando, había encendido las luces de fuera.

Plinio entró sin decir nada y empezó a mirar con detenimiento. Había vasos y botellas por todos los sitios. Un tocadiscos de pilas. Las camas deshechas. Prendas de mujer. Bolsos y una humareda espesa de tabaco. *Plinio* fue amontonando todas las cosas que encontraba.

—La que me has *armao*, Manuel. La que me has *armao*, para nada —reempezó *la Mirla*.

—¿Quiénes eran?

—Unos señoritos de Valdepeñas con sus amigotas, Manuel. ¿Quiénes iban a ser?

—¿Ellas son del oficio?

—No, Manuel, si lo fueran no tenían necesidad de venirse aquí. Una es extranjera. Deben de ser chicas bien, un poco putillas, eso sí, pero chicas de familia.

—¿De dónde?

—Ah, yo qué sé. No me huelen a manchegas.

Todavía *Plinio* husmeó un rato más.

—Bueno, Braulia, cierra la puerta y vente con nosotros.

—¿A la cárcel, Manuel? Tendrás valor.

—No, a tu casa. Pero durante días no te vas a mover del pueblo. Te voy a necesitar, ¿estamos? Y el cabaret este, cerrado hasta nueva orden.

—Pero déjame que recoja un poco.

—Ya he recogido yo todo lo que importa.

Entre *Plinio* y don Lotario tomaron las prendas que dejaron los juerguistas y salieron con *la Mirla*, que no dejaba de rezongar. Cerró la puerta y fueron hacia el coche.

A la mañana siguiente bien temprano, *Plinio* estaba solo en la oficina intentando poner en claro sus ideas. Acabó tan derrotado la noche

pasada que no pudo hacerse un plan. El no haber sacado nada en blanco de la excursión al cuartillejo de *la Mirla* también lo tenía mohíno. «Eso de los pálpitos —se decía— a veces pueden ser gilipolleces. No puede uno fiarse… Claro que, a lo mejor, los pálpitos que le vienen a uno cuando está tan cansado, como me pasó a mí en la noche anterior, no son pálpitos ni *ná*», se consoló. «Hay que obedecer sólo a los pálpitos que llegan en estado lúcido».

Desayunó sobre su mesa de trabajo y luego, cigarro tras cigarro, empezó a pasear arriba y abajo con el intento de ver si le cuajaba algo.

Hasta aquel momento no había sido denunciado el rapto que vio Eufrasio *Culovistoso* desde su ventana. Nadie había venido a decir quién era la moza… ¿Y si no hubo tal rapto?

Casi sin darse cuenta tomó el teléfono y llamó a Tomás Peinado, uno de los dueños de «la Hormiga».

—Oye, Tomás, perdona que te moleste. ¿Tú has oído algo que merezca la pena sobre la muerta esa metida en un plástico que encontraron en tu finca?

—No. Sólo sé lo que dice la gente.

—¿No viste a nadie raro, que te llamase la atención?

—No recuerdo.

—Bueno. Perdona y gracias. De todas formas si recuerdas algo que pueda valerme me llamas.

—Bueno, bueno.

Luego revisó los nombres de los valdepeñeros que tomó don Lotario de las patentes de los coches.

En los bolsos de las chicas sólo había objetos femeninos nada interesantes, a excepción de una carta escrita en inglés con letra femenina.

Se asomó a la ventana de su despacho y vio que muy pancho, en su moto, con el casco rojo puesto, las cañas de pescar y una cesta en el porta, pasaba el de Zumárraga. El hombre iba tan serio y

estirado como siempre. Tiró calle del Campo arriba, sin duda hacia Argamasilla.

Plinio, nada más perderlo de vista, llamó a Alcázar, por si ya tenían nuevas de la dueña de la pensión Ondarreta.

—Qué *pesaos* están ustedes con la de la pensión Ondarreta —dijo en tono de broma el agente que se puso al teléfono—. ¿Pero qué pasa?

—Venga, suelta.

—Esa señora llegó a Bilbao hace dieciocho años, porque se casó con un bilbaíno que se llamaba Ignacio Barrenengoa. Quedó viuda hace dos años, pizca más o menos, y marchó, parece ser, a Barcelona. Eso es todo, Jefe. ¿Algo más?

—Muchas gracias. Abur.

«Vaya, asunto de faldas, más o menos discreto, como yo suponía —pensó *Plinio*—. El de Zumárraga se lió con la viuda de su casi paisano… Una pensión en Tomelloso, sitio divino para despistar».

Y otra vez —aquella mañana estaba telefonero—, casi sin pensarlo, llamó a la pensión Ondarreta.

—Óigame, ¿pensión Ondarreta? Aquí del Quijohotel de Argamasilla. ¿Tienen habitación libre para un cliente?

—¿Fijo o transeúnte? —preguntó la voz al teléfono.

—Fijo, creo… para unos meses.

—No, no señor. No admitimos fijos.

—Muchas gracias.

«No le digo lo que hay —volvió a pensar muy satisfecho. Pero de pronto se quedó parado y torció la boca…—. No me cuadra bien esta suma. Si ocurre lo que pienso, y de verdad él tiene la base de su trabajo en Barcelona, mejor estarían allí, más fácil es despistar en Barcelona que en Tomelloso…».

Volvió a pasear por el despacho con la mano en el mentón. «Y él, desconocido en Zumárraga, según informaron. Aquí hay algo más».

Sonó el teléfono. Era don Lotario, que deseaba saber si se había aclarado quién era la moza robada la noche anterior. La tercera

Sabina, como decía él. Luego dijo que tenía que hacer unas cosillas, pero que pasaría a ver a *Plinio* a media mañana.

Entró Maleza con la lista de las furgonetas «rubias» que había en el pueblo. *Plinio* la repasó un par de veces con las gafas puestas e hizo dos cruces con lápiz junto a otros tantos nombres. Luego quedó pensativo. Por fin dobló la lista lentamente y se la guardó en el bolsillo. Por cierto que al hacerlo se encontró con las fotografías pornográficas de José Vicente. Como en aquel momento volvía Maleza con el nombre de los propietarios de dos «rubias» más que se había dejado en el bolígrafo, *Plinio* extendió la baraja de impudicias sobre la mesa.

—Pero, Jefe; ahora, a la vejez, anda usted con estas vistas.

Plinio, sin contestar, miraba una a una poniéndoselas muy cerca de los lentes.

—¡Qué bárbaro! Estas deben de ser suecas, porque tienen poco de aquí.

—Las hay para todos los gustos, porque a ésta no me dirás que le falta.

—No le falta, no, señor… Y qué cara tiene de contenta… Esta otra foto está muy bien compuesta para que no se les vean las orejas a ninguno de los dos… Ve usted, aunque soy bastantico verde, lo que nunca he entendido es esta operación. Cada cosa para lo suyo —dijo mirando otra foto.

Plinio le daba vueltas y vueltas a un retrato no sabiendo cuál era el derecho.

—No se rompa la cabeza, Jefe, que como hay tanta gente en el ruedo, vale por todos lados. ¡Qué república, rediós! Esto es lo que se llama alternar en sociedad… Y esta pobre se va a ahogar, no ha calculado bien, ¿eh?… Joroba, su padre, para este paso hay que ser titiritero. Un humano corriente se rompe el espinazo para los restos… Y esta jara, que tiene mercancía para toda la parroquia… ¡Bendito Dios! Eso es cuento, así no se fabrican —dijo ante la última.

—¿Y tú qué sabes?

—Hombre, usted dirá.

—En el mundo hay de todo, hijo Maleza… Bueno, como esto no lo van a reclamar, al cesto.

Y rompiéndolas en cachos pequeños las tiró a la papelera.

Salió Maleza y *Plinio* sacó la pistola de la funda y le puso un cargador lleno.

Eran casi las diez y nadie venía con la denuncia de la que vio robar Eufrasio *Culovistoso*.

Plinio pidió otro café y una conferencia con la guardia municipal de Valdepeñas para saber de los propietarios de los coches que estuvieron la noche anterior en casa de *la Mirla*.

—Si no te importa, mándame una relación detallada de su vida, oficio y costumbres. No, nada importante. Asunto de faldas. ¿No te extraña, eh? ¿Mañana? Estupendo. Adiós. Gracias.

Dio otra vuelta por el despacho, se sacó del bolsillo la lista de los propietarios de «rubias», la repasó de nuevo y con aire distraído dio dos timbrazos. Acudió Maleza.

—¿Qué le pasa, Jefe? Está usted como león enjaulado.

—Toma —le largó la lista—. A las nueve de la noche quiero que estén aquí todas las «rubias», con sus propietarios o chóferes.

—Ya está usted con las famosas listas.

—Tú, currela y calla… Y escucha. Así que venga don Lotario, nos vamos a ir a Ruidera. Regresaremos a la hora de comer. Si vienen antes a dar cuenta de la desaparición de la otra moza, toma buena nota y chitón hasta que yo regrese… Otra cosa, que venga también a las nueve Eufrasio, el hijo de Eulogio, el que sabe tanta historia. ¿Sabes quién te digo?

—Sí, hombre, ése que canta por soleares la lista de los godos… El de anoche.

—El mismo que viste y calza.

Sonó el teléfono. Era el señor juez:

—Oye, Manuel, ¿es que se han llevado a otra?

—¿Por qué lo dice?

—Mi criada lo ha oído esta mañana en la plaza.

—Si no le importa, subo un momento y le explico. Estaba haciendo hora.

Cuando *Plinio* bajó del juzgado, don Lotario lo esperaba en la puerta del Ayuntamiento.

—Buenos días, Manuel. ¿Alguna novedad?

—Nada, aparte de que todo el pueblo debe de saber ya que han raptado a otra Sabina.

—Sí que se sabe, sí. La Rocío me lo ha espetado hace un rato.

—*Culovistoso* ha debido de predicar su hazaña.

—Seguro que se cree Viriato.

—No te digo.

—¿Qué hacemos?

—Son las diez —dijo mirando su reloj flamante—, es la hora de ir a Ruidera.

—Cómo presumes de muñeca, según dicen los anuncios… ¿Y para qué vamos a Ruidera, si se puede saber?… Siempre estamos en Ruidera.

—Pues para nada urgente. Ésa es la verdad. Pero se me ha metido en la cabeza aclarar el caso del hombre del yelmo colorado.

—¿Sigues creyendo que tiene que ver algo con la mujer muerta?

—No… mayormente, no… Pero es de esas cosas que le hurgan a uno sin saber por qué.

—¿Has tenido más noticias?

—Sí. Y abundan en lo que suponíamos. Éste y la de la pensión han recorrido los mismos sitios.

Plinio le resumió el resto de sus indagaciones durante aquella mañana.

—Vamos si quieres, pero creo que para averiguar eso hay tiempo.

—Si lleva usted razón que le sobra… Pero ¿tiene algo que hacer en el pueblo?

—No… Los periódicos siguen dando información de la muerta de Ruidera, pero no se habla de pista alguna.

—Ya… ¿Entonces dice usted que no vayamos a Ruidera?

—Tú mandas…

—La verdad es, pensándolo bien, que es una bacinería innecesaria… Lo dejamos.

Plinio había caído —o al menos lo parecía— en una de sus crisis famosas. Cuando los casos estaban muy avanzados, de pronto se sentía desnortado y proponía diligencias aparentemente innecesarias. Don Lotario lo conocía bien. «Son —se decía— las caídas y desánimos de los intuitivos. Algo parecido les debe de ocurrir a los artistas cuando tienen una obra casi concluida. No hay más que dejarlo. Él sólito acaba por recuperarse».

Y el pobre don Lotario se molía el caletre para hallar la manera de proponerle algo divertido y eficaz. Le daba lástima verlo allí parado, ante la puerta del Ayuntamiento, con el cigarro entre los labios, una mano descansando sobre la pistola y la otra sobre la porra de goma.

De pronto preguntó *Plinio*:

—Usted, don Lotario, ¿sabría traducir una carta en inglés?

—No, hijo mío. En mis tiempos no se estilaba ese idioma.

—¿Y quién sabe aquí inglés?

—Hombre, mucha gente.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, Ignacio Carretero, el ingeniero que ha estado mucho tiempo en los Estados Unidos y vino el otro día… Y me acuerdo de él en primería porque hace un rato lo he visto entrar en las Carmelitas.

—Vamos para allá.

Llegaron al colegio de Santo Tomás de Aquino, que está a un paso, y encontraron a Ignacio, moreno, alto, estirado y sonriente,

paseando por el patio con fray Albertano.

—¿De qué anda la autoridad por esta casa? —preguntó el fraile, que era anchísimo de cuerpo y de risa.

Se saludaron despacio.

—Pasen, si quieren tomar una copita.

—Muchas gracias. Sólo queríamos que aquí, Ignacio, nos tradujese esta carta del inglés, ¿puedes? —dijo *Plinio*.

—Con mucho gusto. Vamos a ver.

Plinio la sacó de la cartera, donde la llevaba cuidadosamente doblada, y la entregó al joven. Éste empezó a leer:

Madrid, 25 de agosto.

Querida Peggy, ¿cómo estás? ¿Acabasteis la ruta de don Quijote? ¿Fuisteis por fin a Almagro? Afortunadamente, John se ha repuesto ya. Hemos pasado unos días muy desagradables. Ahora hace mucho calor, demasiado. Si Fany continúa con vosotros, dile que, por favor, me traiga el paquete que me dejé en vuestro hotel. Es una pena, las vacaciones se acaban para nosotros. Que lo pases bien. Saludos a todos esos amigos españoles de John y míos.

Cordialmente, Mery.

—¿Son americanas? —preguntó *Plinio*.

—Sí. Hay giros y abreviaturas muy americanas.

—Hombre, pues muchas gracias por la traducción.

—De nada.

—Entonces, ¿no quieren ustedes tomar una copita? —repitió el fraile.

Los dos hombres salieron del colegio de Santo Tomás sin norte ni proyecto. La lectura de la carta no había animado a *Plinio* lo más

mínimo. Compraron los periódicos en casa de Edelmiro y con ellos bajo el brazo volvieron a la puerta del Ayuntamiento.

Al cabo de un rato, *Plinio* puso la mano sobre el hombro de don Lotario y le dijo con terca obstinación:

—No tenemos más remedio que ir a Ruidera, don Lotario. Ya está dicho.

—Por mí que no quede, qué puñeta. A contar los frailes.

—No, ya los hemos contado y sólo había uno.

Y sin más preámbulos tiraron hacia Ruidera.

Don Lotario, que según se apuntó iba de muy mala gana, llevaba el «Seiscientos» a todo gas y sin despegar el pico. Cada cual tenemos nuestros gustos y nuestros días, y a don Lotario en tal fecha le chinchaba ir a Ruidera. Si en vez de pedirle el viaje *Plinio*, se lo pide el lucero del alba, pues no va. Más fijo que la vista. Pero a Manuel no le negaba nada.

«¿Qué sería de él sin *Plinio*?», pensaba muchas veces. Cada cual tiene que buscarse justificaciones para seguir en la vida, sobre todo cuando ya no hay mucho camino por andar. Ahora creía que todos sus años primeros, antes de asociarse con Manuel González, fueron tiempo baldío. Comprendía que nunca tuvo verdadera vocación de veterinario, que le aburrían las conversaciones de la gente y que su mujer e hijas constituían un gran mundo aparte, que de verdad nunca llegó a comprender del todo… Tal vez si hubiera tenido hijos todo hubiera sido distinto. Y las hijas, de pequeñas, también le valían, pero ahora eran seres vertidos hacia una serie de menudencias, que le resultaban tan ajenas como las cuitas de las moscas. «Las mujeres —se decía muchas veces— son un mundo aparte, ni mejor ni peor que el de los hombres, pero que me aburre como un tambor. Son seres parleros y menudos que van y vienen, que hacen y deshacen lo mismo todos los días, con un ritual casi zoológico».

Tampoco entendía muy bien su afición a *Plinio*, ésa era la verdad. Él, don Lotario, no tenía vocación ni pesquis para ser policía. Por

otra parte, los casos interesantes en un pueblo se presentaban de uvas a peras… Y luego, lo que encerraba en sí cada caso, tampoco le arrebataba. A él lo que de verdad le gustaba —había llegado a esa conclusión— era *Plinio*. Era *Plinio*, el hombre bueno. *Plinio*, el honrado. *Plinio*, el amigo. *Plinio*, el de los pálpitos. *Plinio*, el entusiasta de su profesión. Si *Plinio* hubiera sido carnicero, cura, aparejador, o médico, sería igual, estaba seguro. *Plinio* era el semeje más próximo a lo que él había pensado siempre que debía ser un hombre. Sin orgullo, sin petulancia, tan llano, tan auténtico, tan justo y benigno. Con una idea de los hombres y de la vida llena de contenida ternura y de prudente admiración por cuanto era admirable. Le hubiese gustado a don Lotario que *Plinio* fuese su padre. No lo concebía como hijo; como padre o como abuelo, sí.

«Eso es —repetía para sí—, *Plinio* es mi amigo y un amigo puede ser lo más grande del mundo, porque puede servir de padre, de hermano, de hijo y de todo». Tan a flor de sesos llevaba estas ideas mientras conducía a noventa por hora, que casi sin darse cuenta se oyó decir:

—Manuel, ¿qué piensas tú que es la amistad?

Plinio sonrió y se acarició los labios:

—¿A qué viene eso ahora?

—Anda, Manuel, contéstame. ¿Qué crees que es un amigo?

—Primeramente, creo que es lo único que en esta vida puede uno escoger con libertad. Todas las demás relaciones nos llegan impuestas por algo.

—¿También el matrimonio?

—Incluso el matrimonio, porque no vamos a la mujer por las potencias libres, sino por las potencias oscuras.

—Pero a la mayor parte de los amigos, Manuel, también nos los impone la vida.

—Sí, la mayor parte, sí. Pero los verdaderos, que son muy pocos, no. Tan es así que no todo el mundo vale para tener amigos verdaderos. Hay quien no los conoce nunca. Los hombres falsos, los

maricones y los malos de cualquier maldad, rara vez tienen amigos verdaderos. Decir amigo es decir lealtad. Es decir confianza sin límites.

—¿Tú crees que un amigo es la suma de todas las relaciones humanas?

—Lo creo de verdad. La buena amistad dura lo que la vida de los dos amigos juntos. Porque cuando a un buen amigo se le muere el otro, lo añora siempre como lo más grande que tuvo en su vida… Ya vio usted lo que le pasó al pobre Lillo con Luis García el del Infierno. Hasta el día de su muerte, muchos años después, tuvo el nombre de Luis entre labios. Con él soñaba y hablaba a solas. Y deseaba morirse cuanto antes, porque creía que Luis le guardaba una silla a su lado en el gran patio del cielo. Entre los buenos amigos no hay dineros, ni celos, ni envidias. Sólo querencia desinteresada. Sólo arregosto placentero. Porque cuando el otro vive en mejoría, el amigo se siente mejorado. Y cuando perdido, sufre por puro intercambio espiritual, sin espera de medros ni reproches.

—Me estás emocionando, Manuel. Y nunca te había oído hablar tan bien —dijo don Lotario parpadeando.

—Yo, como dice el cuento, no he tenido en mi vida más que dos medios amigos: Braulio *el filósofo* y usted.

—¿Y por qué *medios*, Manuel?

—Es lo que dice el cuento… Sin duda porque tener un amigo total es tan hermoso, que da vergüenza decirlo.

Don Lotario respiró hondo y se pasó una mano, rapidísimamente, por los ojos.

—¿Y si paramos un momento, señor veterinario, para echar un pito a gusto, como los buenos amigos?

Don Lotario, sonriendo, aflojó la marcha y con tiento paró junto a la presa del pantano de Peñarroya.

Sacó *Plinio* el «caldo» y empezaron a liar con paciencia y todavía con restos de emoción por la pasada plática.

—¿Usted sabe cuál es el secreto para que pueda darse el milagro de la amistad? La libertad. Sí, señor. La libertad. Para que las cosas sean perfectas en este mundo, deben ser libres. El hombre siempre está forzado por mil contrafuertes. Y la amistad empieza y acaba cada día o cada mes, o cada cuando sea. Cada cual lleva su vida y sus compromisos y luego, a la hora libre, el amigo, con el que todo tema y confidencia es posible.

Desde la Alavesa, habían pasado por la Florida, el Membrillo, los molinos de San Juan, Santa María y el Curro; los Cerrillos y el pantano de Peñarroya, donde estaban.

Don Lotario, que miraba a lo lejos, dijo de pronto:

—Tú has armado este viaje a Ruidera por ver al del yelmo rojo, ¿no es así?

—Así es.

—Pues no es menester seguir. Que ahí lo tienes, sobre la presa, fumándose su pipa tranquilamente.

Y *Plinio* vio que, en efecto, el hombre de Zumárraga, acodado en la barbacana de la presa, con cara abstraída y la pipa entre los dientes, miraba al nada rebosante pantano de Peñarroya.

—Pues éste, aquí, ni pesca, ni caza, ni *ná*.

—También le gustará mirar el agua, digo yo. ¿Qué hacemos, Manuel?

—Esperemos cómo reacciona él cuando nos vea.

Y siguieron un buen rato sin moverse, sin hablar y fumando a sus anchas. Y el del yelmo sin reparar, al parecer.

Hasta que *Plinio*, impaciente o inspirado, que don Lotario nunca lo supo, tocó prolongadamente el claxon del coche. El hombre de Zumárraga volvió como distraído la cabeza, los contempló un rato sin mayor alteración, y al cabo, emprendió el camino hacia ellos sin precipitación ni dejar de chupar de la cachimba.

—A los buenos días —dijo acercándose y poniendo una mano sobre la puerta del «Seiscientos»—. ¿Me llamaban ustedes o así?

—No, que le hemos visto ahí, tan distraído… Y por el gusto de saludarle.

El del casco echó una sonrisa escéptica.

—¿Qué pasa? ¿No se lo cree? —le preguntó *Plinio* también sonriendo.

—¿Lo del gusto de saludarme? Claro que me lo creo. Yo sé que ustedes son muy amables y se interesan mucho por mis cosas.

Plinio se rió ahora francamente.

—Es usted más listo de lo que yo imaginaba.

—No hace falta ser como muy listo. ¿No cree?

El hombre estaba de buen humor y no parecía ofendido.

—Desde hace unos días —continuó— no se ocultan para preguntar por mí y saber de mi vida y milagros… Lo que pasa es que yo también me he informado de ustedes y sé que son personas muy buenas y honradas. Y así cambian las cosas.

Plinio, con mucha pausa, se bajó del coche y le puso la mano en el hombro.

—Gracias, amigo. Una cosa es el oficio y otra la simpatía. Y usted, aunque así de pronto, no tiene cara de muchos amigos, las cosas como son, me cae bien.

Quedaron ambos platicantes mirándose a los ojos y añadió el del yelmo quitándose la pipa de la boca:

—Yo, señores, he venido a este pueblo a vivir tranquilamente. Si me hubiesen dicho por ahí que ustedes eran unos bichos, mi mujer, mi hija, y yo, ya estaríamos a cien leguas de estos lugares… Pero siendo ustedes como son, toda la mañana he estado pensando lo que debía hacer… Y precisamente cuando han tocado el claxon, ya lo tenía resuelto: invitarles a comer.

—¿Ha dicho usted su mujer y su hija?

—Eso he dicho y diré más a la hora de los postres, si ustedes no rechazan mi convite.

—Muy bien. Pues, podemos almorzar en Argamasilla.

—No, tiene que ser en Ruidera, en Entrelagos. Por cosas de su oficio es muy importante que sea ahí. De modo que tiren para allá que yo les adelanto con la moto.

Y sin decir más se fue en busca de su vehículo.

Plinio, una vez dentro del coche, miró a don Lotario con cara de asombro. Pero éste, frotándose las manos y sonriendo, dijo:

—Manuel, eres el tío más grande del universo mundo que yo he conocido.

Y rebosante de gozo por todos sus poros y ojales, puso el cochecillo en marcha.

Antes de dos kilómetros les adelantó el del casco rojo. Y muy tras él pasaron ante la Huerta de Aguas, la Casa del Cura, la Casa de Virutas, con su bombo gigante, Catalina, el Gao, el Buen Retiro, la Hormiga, el Sotillo, la Cañada del Rivero y la Mejorana a la izquierda. Subieron la Cuesta de la Malena, a cuya entrada está Peñalosa; la Moraleja, Mirabetes y, al fin, el pueblo de Ruidera. Camino del hirsuto Guadiana, entre vueltas y oteros de monte bajo y viñedo. Guadiana, el río hidalgo, que llega a Argamasilla de Alba tan cansado de remover molinos, regar predios y ser administrado por el pantano, que parece propiamente un chorro de ovas, sin aliento ni empuje para reemprender luego el viaje hasta el mar.

Cuando subieron al restaurante de Entrelagos, que está enclavado entre las lagunas del Rey y la Colgada, ya les aguardaba el de Zumárraga tras una mesa situada en discreto rincón. Por cierto, que el de Guipúzcoa de nuevo parecía haber perdido su anterior cordialidad y otra vez estaba con su cara de palo, los ojos hundidos y el rostro paliado por el humear incansable de su oloroso pipón.

Al ver entrar a la pareja les hizo un ademán desleído para que se sentasen frente a él.

Plinio notó en seguida el cambio y adoptó parecida reserva. Eligieron un menú sencillo, claro que para hacérselo servir tuvieron que llamar varias veces al camarero, que con tanta gente como allí había, no se daba abasto.

Don Lotario, totalmente desconcertado por tan misteriosa preparación y cita, mostraba su nerviosismo no dejándose las piernas en paz. Las cruzaba y descruzaba y movía ambos pies sobre las puntas como si tuviera el baile de San Vito.

Por la vidriera del restaurante, que está en el segundo piso, se veía el azul de las lagunas, y un trampolín desde el que se lanzaban unas jovencitas con el cuerpo duro y todavía sin pámpanos. Más lejos, un barquito blanco con guirnaldas de banderas pequeñas. El de Zumárraga, aferrado a la pipa y con los ojos entornados, miraba al vacío. *Plinio*, con el pito entre los labios y de cara a la pared, aguardaba. Y los camareros sin llegar.

—¡Ni se muere padre, ni cenamos! —dijo al fin don Lotario en una especie de desahogo tan espontáneo que *Plinio* se echó a reír. Y el del yelmo, cuya seriedad tal vez se debiera antes a pasiones del estómago que a otra causa más especulativa, dijo poniéndose de pie con mucha diligencia:

—Morirse aitacho, no sé si morirá, pero que comemos, ya lo saben en Vitoria.

Y echó con furia hacia uno de los camareros y tomándole del brazo con toda energía, casi haciéndole el paseo del señorito, lo arrimó hasta la mesa ante la estupefacción de algunos comensales.

El muchacho puso cara de defenderse, pero al ver el uniforme de *Plinio*, recompuso el gesto y pidió excusas.

—Es que hay mucho personal, ¿sabe usted?

—Lo comprendo —le dijo *Plinio* con severidad—, pero estamos de servicio.

—Sí, señor, en seguida.

Con el vino previo y unas olivas cetrinas y bordadas de cebolla, se ensancharon un poco los ánimos. Poco después, en el fragor de la pitanza, los tres hombres tornaron a su concierto, y comentando cosas menudas y calificando los companajes que les traía el mozo, ya todo diligencia, llegaron al café y los puros en trance de verdadera euforia.

Poco a poco se desalojó el comedor de turistas baratos con toda la familia a cuestas, y cuando ya a nadie tenían a tiro de orejas, el de Zumárraga, con los ojos entornados y apartándose la cachimba de la dentadura, comenzó de esta manera:

—Mi verdadero nombre es Camilo Zulueta Sánchez y nací en Bilbao… —Hizo una pausa, sin duda en espera de la reacción del Jefe y de don Lotario, pero al ver que ambos lo miraban interesados, pero sin la mayor sorpresa en el rostro, dio un chupetazo a la pipa y continuó—: Desde chico me tiré el campo. Me hubiera gustado ser ingeniero de montes o agrónomo. Cazador furtivo o pescador de altura o de río. Algo que no fuese de ciudad o despacho. Pero mi padre, que tenía sus ideas y no andaba sobrado de posibles, me hizo profesor mercantil, para poder colocarme en una empresa importante de Bilbao, donde él era director administrativo… He estado casi treinta años metido en un despacho. Últimamente trabajaba de ocho a tres y me quedaba luego a comer en la oficina para hacer por la tarde tres o cuatro horas extraordinarias y redondear mis ingresos. Hace veinte años conocí en Madrid a mi mujer, la actual dueña de la pensión Ondarreta. El matrimonio aumentó mi disgusto por el trabajo que tenía. Me pasaba días enteros sin ver a mi hija. Y sentía cómo, poco a poco, me ganaba la desesperanza. ¿Qué vida era la mía? ¿Tenía razón el vivir, la única vida que nos dan, encerrado once horas en una oficina? Los lunes eran insoportables. Pasaba el domingo en el campo y era peor. Me aterraba la vuelta al encierro y a la sutilidad… para mí, de mi trabajo.

»Las cosas empeoraron últimamente. Murió mi jefe, el viejo, y ocupó su puesto el yerno. Al principio nos mejoró los sueldos y las condiciones de jubilación, pero… ¿Ustedes saben lo que es un hombre duro? —preguntó de pronto y cambiando el tono.

Plinio, en vista de que la pregunta iba en serio, se rascó la calva, pensó un momento, y le respondió al fin:

—… Yo creo que son duros aquellos hombres que no pueden ser otra cosa. Que no pueden ser cordiales, persuasivos e inteligentes…

Aquéllos que por no tener autoridad natural, digamos, tienen que fabricarse una autoridad teatral.

—Exactamente —respondió el vizcaíno fingido con mucha satisfacción—. Eso es un hombre duro. El que no tiene talento ni corazón para funcionar normalmente. Pues bien… El caso es muy vulgar; este yerno duro —los americanos han puesto de moda los hombres duros que lanzó primero el nazismo— empezó a hacernos la vida imposible a todos los empleados de la empresa. Se despertó en él no sé qué manía persecutiva que llegó a ser un martirio, para mí agudísimo. Lo vigilaba todo obsesivamente, deseando encontrar un error o descuido para increparnos. No reía nunca. Al entrar en la fábrica su cara se transformaba en una careta agria, de ojos fríos, boca fruncida y manos convulsas. Sin imaginación alguna para mejorar y renovar el negocio, se empeñaba en hacer cumplir las fórmulas del viejo con rigor carcelario… Bastantes compañeros se marchaban. Yo, disimuladamente empecé a buscar otra cosa, aunque temía que no me sería fácil ya a mi edad, dadas las ventajas que allí tenía por mi antigüedad y digamos tradición familiar. Ya que desde que murió mi padre ocupaba su puesto. No quiero entrar en detalles —continuó después de hacer una pausa para encender su cachimba—, basta decir que mi pobre mujer y mi hija, al verme tan abatido, me pedían que hiciese cualquier cosa, la emigración incluso, con tal de salir de aquel infierno… Un día, nunca lo olvidaré, que me retrasé unos minutos en llegar a la oficina, me amenazó delante de todos con echarme y mandó que de la paga del mes me descontasen el importe de una hora.

Pidió el de Zumárraga, que resultó ser de Bilbao, una copa de coñac y continuó con aire añorante:

—Justamente este mes hace dos años que murió mi suegro en Suiza. Lo habían enviado a un sanatorio. Mi mujer e hija estaban con él, atendiéndolo en los últimos días de su enfermedad. Según teníamos convenido, me avisaron el mismo día de su muerte. Saqué un billete de avión hasta Madrid para allí empalmar con otro camino

de Zurich… Pero algo pasaba en Zurich. Una conferencia internacional de no sé qué. Lo cierto fue que cuando faltaba menos de media hora para que saliera el avión, dijeron por los altavoces que los señores tales y cuales, entre los que estaba yo, tendríamos que esperar para tomar otro avión que saldría una hora después… por razones de urgencia oficial. Me contrarió la cosa por la gravedad de mi caso, pero me resigné. ¿Qué iba a hacer? Llegué a Zurich. Enterramos a mi suegro y al día siguiente me entero por los periódicos de que el avión primero, el que yo debía tomar, se había estrellado en los Alpes… A continuación, en la lista de pasajeros desaparecidos, venía mi nombre y apellidos… Oigan ustedes, fue una inspiración rápida. Mi suegro no era rico, pero algo tenía, aparte de que al casarme con su única hija me obligó a hacerme un seguro de vida de dos millones de pesetas que él pagaba. Así era el hombre de previsor.

»Estuve casi todo aquel día paseándome por las calles de la ciudad dándole vueltas a mi situación. A la caída de la tarde me encerré en el hotel con mi mujer y mi hija y les expuse mi plan… Precisamente cuando estábamos en esta conversación, llegó un telegrama de mi Jefe, del duro, muy protocolario, en el que daba el pésame a mi mujer por mi "desgraciado accidente" y se ponía a su disposición.

»Mis mujeres, al principio se mostraban un poco reacias a admitir mi plan, pero el telegrama las animó. Yo estaba muerto oficialmente. Ellas marcharían a Bilbao para arreglar las cosas. Yo esperaría en Suiza unos días hasta que todo se confirmase y quedase en orden. Después, ellas me aguardarían en Barcelona. Sobre la marcha me inventé un nuevo nombre, compuesto con los apellidos de unos antepasados míos… Las pobres, claro está, no se atrevían, pero les revelé detalles tan elocuentes de mi vida en la oficina y del martirio que era mi existencia, que acabé por convencerlas. Su dolor por la muerte del abuelo era también muy buena oportunidad. Inmediatamente me puse en movimiento para ver la manera de

encontrar quién pudiera cambiar el nombre de mi pasaporte y poner el nuevo.

»Pasaron tres días sin rectificación alguna sobre las noticias del desastre aéreo, y mis dos familiares volvieron a España para cobrar el seguro y legalizar mi situación de fallecido.

»Empecé a frecuentar un café al que acudían españoles emigrados y del exilio, y después de localizar a los más significados, les expliqué que por razones políticas necesitaba cambiar el nombre de mi pasaporte y carnet de identidad. Unos paisanos míos, vascos, se tomaron mucho interés, y a los pocos días me dieron la dirección de la casa de un grabador, también de origen vasco, que vivía en las afueras de la ciudad.

»Era un viejo misterioso y solitario que estaba rodeado de pájaros y gatos… mezcla que no entiendo muy bien. Su especialidad era la restauración de manuscritos antiguos. Después de una sesión muy larga y hermética, pues el hombre no hablaba apenas y se limitaba a hacernos preguntas sueltas, aceptó la operación. Creo que me lo gané hablándole de Bilbao y de personas que ambos conocíamos. El hombre salió de España a raíz de la guerra civil y tenía una nostalgia casi obsesiva… Mientras manipulaba con mi pasaporte, yo, para que no desanimase, le contaba cosas de nuestra tierra. El pasaporte lo falsificó a la perfección. Tardó casi cuatro horas, quedó sin huella de mi nombre y naturaleza y escribió el texto nuevo con una letra exactamente igual al resto de lo escrito. Se quedó con el carnet de identidad y me pidió que fuera dos días después. Con el nuevo pasaporte me cambié de hotel. Llamé por teléfono a mi mujer. No había novedad. Se había ratificado la lista de muertos declarados oficialmente el primer día. Yo no sé qué error cometieron en la lista de embarque los de Barajas, que yo era el único que, habiendo viajado en el segundo avión, figuraba como pasajero del primero… Incluso nos indemnizó la compañía de aviación. Dejé pasar unos cuantos días más, hasta que mi mujer me comunicó que ya estaba instalada en Barcelona. Yo, lagarto, lagarto,

tomé el tren y me reuní con los míos. Vivimos primero en un hotel y nos veíamos con ciertas precauciones. Allí pasamos unos cuantos meses. Para cubrir un poco mi vida decidí tomar unas representaciones por libre y viajaba de vez en cuando estudiando cuándo y dónde pondríamos el huevo. Ellas alquilaron un piso en Barcelona y yo con mi moto —me gusta que me dé el aire—, en uno de mis viajes de agente comercial y pescador, llegué a Tomelloso. Le tenía querencia a La Mancha, porque la familia de mi mujer es oriunda de este terreno. Y me gustó el pueblo por la condición pacífica de sus vecinos, poca afluencia de forasteros y la proximidad de Ruidera, que desde el primer momento me impresionó mucho… Me inventé el truco de la pensión para poder entrar en la casa de mi viuda con toda libertad… Y aquí vivo tranquilo y feliz desde hace medio año… Tranquilo y feliz, cazando y pescando, perdiendo el tiempo a mi aire, como soñé siempre.

Tomó un sorbito de la copa, y volvió a darle a la pipa. Luego siguió:

—Ya ven ustedes que eso de la verdadera libertad sólo se consigue con la muerte.

—O con el dinero —añadió don Lotario.

—Sí… Los hombres hemos construido una sociedad tan rara, tan primitiva, que todavía el dinero, que debía ser un medio para mantenerse vivo, casi es un fin… Perdemos la salud por alcanzar la medicina… Es una monstruosidad que nada pueda conseguirse sin dinero, ni siquiera la paz, ni siquiera pasar la corta temporada que es la vida un poco de acuerdo con nuestros gustos y naturaleza. Hemos de hipotecar… todo, para subsistir. Grotesca tragedia. En fin, caballeros —añadió en tono de conclusión—, éste soy yo y ésta es mi verdadera historia… Y como vivo fuera de las leyes de los hombres, en sus manos estoy.

Y extendiendo las palmas de las manos en vago ademán de entregarse a la justicia, quedó mirando a sus escuchantes.

Plinio se pasó el índice bajó la tirilla del cuello de la guerrera y habló al fin con tono desmayado:

—Pero supongo, amigo, que su interés de que esta comida se celebrase en Entrelagos no era exclusivamente para contarnos su historia personal, que lo mismo nos la podía haber contado en el mesón de Argamasilla, que estaba más cerca.

—Esto está muy bien dicho, Jefe; algo falta por contar que a usted le interesa mucho, aunque no me negará que mi historia no es moco de pavo, y que nada tiene que ver conmigo, aunque el contárselo sea un deber de conciencia. Pero, si no le importa, antes de pasar a ello, me gustaría saber su decisión oficial sobre mi caso.

—Yo, amigo Echevarría, no estoy en esta comida de servicio. Somos sus invitados. Nos ha hecho una confidencia amistosa, que yo le agradezco y que tanto don Lotario como yo guardaremos mientras vivamos.

—Pero su deber…

—Mi deber sería proceder si se tratase de una denuncia presentada en forma por cualquier persona o si hubiera daño para terceros. Pero hasta ahora no aprecio daño por ninguna parte. Su «muerte» le ha traído la felicidad y ha permitido además que otra persona resuelva su vida al ocupar su puesto.

—Pero ha habido una compañía de seguros, otra de aviación y un montepío que han pagado indebidamente.

—Déjese usted de finuras. En este mundo que han hecho los abogados, lo que importa son los papeles. Y según ellos usted está muerto. Las compañías de seguros y todas las demás no pagan contra muertos sino contra papeles. Todo está en orden. Ésas son las reglas del juego… Además, que no quiero pensar en el trabajo que nos costaría resucitarle. No merece la pena. Mientras pueda tirar de muerto, por nosotros adelante. Lo que acabamos de escuchar ya está olvidado. Usted siga con su caza y su pesca, hospedándose en la pensión Ondarreta, que si no hay mayor novedad, la G. M. T. no le molestará jamás.

—Estaba seguro de su reacción, Manuel González. Totalmente seguro. Yo tengo cierta maña para conocer a los hombres y usted es un excepcional ejemplar humano.

—Muchas gracias por el cumplido, y vamos a lo mío, si no le importa, que se está haciendo tarde.

—Antes de pasar a ese segundo capítulo, me gustaría satisfacer una curiosidad.

—¿Cuál?

—¿Por qué le llaman a usted *Plinio*?

El Jefe se sonrió por la inesperada pregunta del hombre del casco rojo.

—Pues se lo voy a decir al *contao*. El apodo de *Plinio* es de herencia. Yo tuve un tío abuelo que pasó algunos años en el seminario de Ciudad Real, según creo. Sus compañeros, los guácharos de cura, le llamaban *Plinio* por no sé qué cosas del latín. Se corrió el apodo al pueblo y desde entonces todos los descendientes por rama directa, ya que se casó, y por ramas laterales, nos llaman los *Plinios*… Ya no queda más *Plinio* que yo y mi hija.

—Comprendo. El latín ha dado lugar a muchos motes en esta patria de curas. Cuando yo estudiaba en el colegio de Bilbao, al conjugar el presente de indicativo del verbo sum, siempre me equivocaba, y en vez de decir en el plural: sumus, estis… Decía: *«setis», sunt*… Y todos los compañeros me llamaban «el Setis». Ahora la gente está más educada y los apodos no cunden.

—Bueno, señor *Setis*, pues volvamos al tema… —dijo *Plinio* ya impaciente.

—Volvamos, señor *Plinio*.

Y los tres se rieron de buena gana.

—Usted, Manuel —dijo el vizcaíno fingido frotándose las manos con gravedad—, me deja vivir en paz en Tomelloso y a cambio voy a darle la pista sobre el caso de la mujer muerta en la Hormiga.

Don Lotario, al oír aquello, se sentó en el mismo borde de la silla, y, todo oídos, clavó ambos codos en la mesa. *Plinio*, sin inmutarse, sacó el «Caldo».

—Hace unos días, hacia media tarde, subí aquí a tomar un café y algo de dulce. Como ahora, que estas horas serían, el comedor estaba vacío. Yo me senté en esta mesa, que es la que me gusta, y en aquélla que está junto al ventanal había dos mujeres. Eran la única clientela y no me apercibí de ellas hasta después de sentarme. Hablaban entre sí, pero en pocos minutos se fueron acalorando hasta el apasionamiento. Hablaban en un idioma que me pareció sueco u holandés. Luego supe que era sueco. Por esto y por lo enzarzadas que estaban, no les debía de importar nada que yo las oyese. Una de ellas era rubia, muy rubia, con los ojos azules, guapa y bien hecha, aunque con ademanes un tanto varoniles. La otra era morena, de pelo negro, menos guapa, pero más femenina… aunque no demasiado. Las dos llevaban pantalones oscuros y blusas claras. Las dos se atacaban con parecida furia sin dejar de beber y fumar. La rubia era la más agresiva. Bebían jerez… Y no parecían gente ordinaria, aunque por el ímpetu de la discusión lo disimulaban bastante bien… Llegó el momento en que voceaban tanto, que salió un camarero a pedirles que hablasen más bajo. La rubia, muy enfadada por la reconvención del camarero, tiró un billete sobre la mesa con muy malos modos y tomando del brazo a la morena, como si llevase prisa, marcharon.

»Como pueden ustedes comprender fácilmente, me olió de qué clase de mujeres se trataba. Y lleno de curiosidad eché tras ellas. Abajo tenían un coche rojo, un “Volvo” con matrícula sueca. Subió la rubia al volante y abrió la otra portezuela para que entrase la morena. Pero ésta, de pronto, echó a correr hacia la carretera. La rubia la llamó varias veces, pero la otra, desalada, cruzó la carretera por la cuneta y tomó la dirección del pueblo. La rubia, al darse cuenta que la mirábamos unos cuantos desde la barra de abajo, con gran parsimonia, se bajó del coche, encendió un cigarro, pasó al bar

y pidió un whisky. La observé un buen rato con disimulo. No les exagero si digo que en menos de media hora se tomó unos seis whiskys y se fumó qué sé yo los cigarrillos. Hasta que de pronto me entró la curiosidad de saber qué era de la otra. Salí con disimulo, tomé la moto, y despacito, eché carretera adelante hacia el pueblo, con los ojos bien abiertos y la luz larga para ver mejor. No llevaría corrido un kilómetro cuando la vi parada haciéndome señal de *autostop*. Me detuve. Dijo:

»—Yo ir ahí, cerca.

»—¿Al pueblo?

»—No, más, más.

»Le indiqué que se subiera al porta y continué el viaje a buena marcha. Ya cerca del castillo de Peñarroya me pidió que parase. Así lo hice y me rogó casi por señas que la aguardase un poco y alumbrara con el faro de la moto hacia el pantano. Corrió hacia un remolque que había entre el monte. Estaba claro que su intención era apartarse de allí. Yo temía que la rubia apareciese de un momento a otro, si no se desnucaba por la carretera con la trompa que debía tener. Aguardé un poco mirando impaciente hacia Ruidera, pero en seguida volvió la morena con un montón de ropas sobre el brazo y una maletita pequeña. La pobre también debía de tener mucho miedo —pensé entonces—, porque antes de subirse otra vez en el porta, recelosa, miró hacia la parte de donde veníamos.

»—A Argamasilla, ¿eh?, por favor —me dijo apretándose mucho a mí.

»Dije que sí, sujetamos aquel desordenado equipaje como pudimos y reemprendí la marcha. Noté que sollozaba sordamente sobre mi espalda. Al cabo de un buen rato le pregunté:

»—¿Qué le pasa?

»No contestó y siguió con su lloriqueo. Bastante antes de llegar a la Alavesa apareció el “Volvo” rojo. Yo apreté. Nos pasó disparada. Era una loca. Claro que yo con la morena detrás no pude poner la máquina a todo gas. Paró la rubia bien delante de nosotros y casi

interceptándonos el paso. Al lado de la cuneta hacía señas para que me detuviese.

»—¡Siga, siga! —gritó la morena apretándose más a mí.

»Aminoré la velocidad, simulé que paraba y haciendo un viraje peligroso rebasé el “Volvo”. Estoy seguro que la rubia estaba llorando también. Sólo le vi la cara un segundo pero me pareció enrojecida, con la boca entreabierta y los ojos húmedos. Luego, unos gritos lastimeros, que debido a la marcha que puse la moto, pronto dejé de oír… Es curioso, en seguida de pasar a la rubia, la que iba conmigo dejó de llorar. Estoy seguro de que volvió la cabeza hacia atrás varias veces… Nunca me había pasado nada igual. Había oído hablar mucho, como todo el mundo, de estas pasiones de los homosexuales, pero nunca las creí tan primarias. Es de las pocas cosas de mi vida que no olvidaré jamás.

El vizcaíno fingido, como en lo sucesivo lo llamó don Lotario, que en sus años mozos fue muy leído, contaba muy bien este episodio.

El hombre, más bien frío e inexpresivo, ahora transpiraba un poco y parecía excitado con su propia relación.

Cargó la pipa con pausa y la encendió con más pausa todavía. Don Lotario, que no debía de tener ya sobre el borde de la silla más que el coxis, incontinente, preguntó:

—¿Y qué más?

El de Zumárraga, que resultó de Bilbao, sonrió ante la infantil ansiedad del albéitar, y continuó con aire de narrador casi profesional:

—Al poco, nos llegaron de nuevo las luces del coche rojo. Yo no aceleré. Con cálculo esperé la reacción de mi pasajera… No rechistó. Ni me decía «sigue, sigue», como antes. Ni me decía «pare», si es que sabía decirlo… Es curioso que unos momentos antes, cuando me abrazó, me hice ciertas ilusiones de que aquella morena rebotada del catre femenino podía ser un ligue… Y conste que yo nunca fui ansioso de mujeres. Pero al observar su última reacción, cambié de parecer.

El puñetero de Zumárraga dilataba adrede el clímax de su historia. *Plinio* lo notó y se solazó solabios, sobre todo viendo la cara de don Lotario.

—¿Y qué? —volvió el veterinario.

El relator se contuvo la risa con mucho oficio y continuó cada vez con razones más morosas:

—El «Volvo» se puso a nuestra altura otra vez, pero sin adelantarnos. La rubia conducía con la cara vuelta hacia la morena. Así fuimos un par de kilómetros. Y entonces, sin perder nuestro nivel, la rubia empezó a tocar el claxon, pero ¿cómo diría yo?, de una manera muy suave, muy suave. Como si fuese una señal convenida y acariciante. Algo así: «ta, ta ta», «ta, ta ta», «ta, ta ta». Parecía recordar, pedir, rogar… El «Volvo» iba a nuestro lado, casi rozándonos. Las caras de las dos suecas debían de estar bastante juntas. Sin duda se miraban con fijeza, con deseo. El «ta, ta ta» cada vez era más grave a la vez que más largo, casi suspiroso. Yo notaba que la morena se ablandaba, que apretaba sus brazos que rodeaban mi cintura, que respiraba con mayor perímetro… Y de pronto, entre el ruido de los dos motores, oí que emitía unos ruidos. Todavía no sé si reía o lloraba, pero lo que decía, con lágrimas o con júbilo contenido, era algo que se parecía al «ta, ta ta» del claxon de la rubia. Como una respuesta de asentimiento y entrega.

»Por fin, como presentía, mi compañera de viaje me dio unos golpecitos en la espalda a la vez que me decía casi en el oído:

»—Pare, pare…, por favor.

»Aminoré la marcha. El coche hizo igual sin perder la altura. Frené. Frenó. La rubia bajó calmosa y se puso delante de nosotros con el cigarrillo en la boca, las piernas un poco abiertas y la mano en la cintura. Tenía talante de seguridad, de poder. Bajó la morena con sus ropas y maletín a cuestas.

»—Gracias…, muchas gracias —me dijo con voz sorda y sin mirarme a los ojos.

»La otra le abrió la portezuela del coche y mi compañera de viaje entró dócilmente. Sin decirme media palabra la rubia tomó el volante, maniobró para volver sobre el camino, avanzó sólo unos metros y aparcó junto al canalillo… No quise saber más. ¿Para qué? He pensado que tal vez éste fue mi error. Me vine para casa y no volví por estos parajes hasta dos días después. Ya no estaba el remolque blanco junto al pantano… ¿Para qué llamaba aquel claxon con su “ta, ta ta”? ¿Para el amor o para la muerte? No sé.

El de Zumárraga pidió más coñac. Parecía seriamente preocupado con su propia historia. Don Lotario estaba más tranquilo y *Plinio* sin decir ajo. Mientras traían el licor anduvieron con el tabaco. Bebidos los primeros tragos, y disparados los primeros humos, el vizcaíno emprendió su recitado aunque ya con aire menos suspensivo:

—El día que tuve el gusto de conocer a *ustés*, cuando me recogieron en la carretera, alguien dijo a primera hora en el Hogar del Pescador, donde yo estaba desayunando, que un pastor había encontrado en la Hormiga, casi en la linde del Sotillo, el cuerpo de una mujer muerta. Me acordé, naturalmente, de la historia de mis bolleras y salí hacia el sitio. A pesar de que tenía la cara deshecha y el cuerpo deformado, era ella, la morena que vino conmigo… Y ésta es la historia y pista, amigo *Plinio*… perdón, Jefe, que le tenía reservada. Mi deber, lo sé muy bien, era el decirle todo esto cuando ustedes me encontraron con la moto averiada. Se me había estropeado al regresar de la Hormiga camino de casa… Pero dada mi situación legal, decidí pensarlo con calma. ¿Usted lo comprende, no? Primero pensé firmemente no decir nada, pero cuando comprobé que ustedes empezaban a rondarme y visitar mi casa… y sobre todo, cuando me enteré de la clase de hombre y de policía que es usted… y don Lotario, reconsideré el tema. Esta mañana, como le dije, sobre la presa del pantano de Peñarroya di el último repaso a mi decisión e iba a presentarle la cuestión de confianza, en el

momento que llegaron ustedes. Y aquí acabo, que, como dicen en su pueblo, he hablado más que Melquíades.

Eran las siete de la tarde. El restaurante estaba completamente solo. Por las vidrieras se veía el agua verde violáceo que el crepúsculo da a las lagunas. Una motora llena de niños y mujeres con pañuelos a la cabeza, hacía garabatos de espuma sobre el cristal oscuro. El sol clavaba su rojo escarlata en el vidrio de un chalet próximo. Los árboles, cansados del día tan largo, parecían desear la noche para tumbarse a dormir entre las junqueras; y un pescador, con la caña al hombro y un morral en la mano, caminaba cabizbajo y paso torpe. Las lagunas se engullían un día más de su millonaria historia, sin enfado ni alegría, obedientes a la mecánica infallable de la naturaleza. El hombre envejece cada noche y la tierra y sus aguas se encogen de hombros con secular indiferencia. El mundo está muy duramente hecho.

Plinio y don Lotario nada comentaron cuando el vizcaíno concluyó su cuento. Y el hombre, ante tan embarazoso silencio, llamó a un camarero que asomó por allí para pagar la nota.

—¿Qué cree usted que pudo pasar ahí? —preguntó *Plinio* al fin, entornando los ojos—. ¿Tiene algún presentimiento?

—No tengo la menor idea.

—Lo de las magullaciones de la víctima me vale. Pero el saco de plástico, el arrastrarla antes del embalaje, y sobre todo, el dejarla ahí tan a mano, en un lugar que de cierta manera habían frecuentado ellas… ante testigos especiales, como usted, me desorienta mucho.

—Eso es verdad. Pero era ella. Y ya sabe usted cómo suelen ser las pasiones de esta gente. Aparte de que debía haber algo entre las dos que no funcionaba. Vaya a saber.

—Ya, ya. Pero de todas formas, después de la pasión viene la calma, y la rubia, por lo que usted dice, debía de ser una mujer bastante cerebral como para dejar la muerta tan a la vista.

—Amigo Jefe, yo no soy policía. Sólo testigo de cuanto he contado sin quitar una coma.

Plinio se puso de pie, se ajustó bien el correaje que había dejado holgar unos puntos para facilitar la digestión de companajes y licores, se encasquetó la gorra y dijo a sus comensales:

—¿Y si diésemos una vuelta por donde tenían instalado ese remolque?… Por pura curiosidad.

—Como usted quiera —replicó el de Zumárraga poniéndose también vertical.

Salieron con las piernas entumecidas por tan larga sentada. *Plinio* y don Lotario subieron al «Seiscientos» y el vizcaíno, con el casco rojo bien embutido en la testa, echó delante con la moto.

Corría un viento vendimiador, amoroso. El sol echaba cubos de sangre sobre los puntos más despejados de la carretera brillante. Obreros en bicicleta culeaban sudorosos al subir las cuestas. A veces se cruzaba un conejo enloquecido. Otras, breñeaba una perdiz. Cantaban grillos inocentes. Las viñas barbudas de oro trepaban los modestos oteros trazando paralelas infinitas.

Gañanes de Peñalosa,
no diréis que no os aviso,
he de quitarle a la Rosa
—debajo de los parrales—
el virgo,

recitó don Lotario con aire muy enfático al pasar ante la finca de ese nombre.

—Coño, ¿qué es eso? —preguntó *Plinio*, que nunca le había oído aquel recitado.

—Son unos versos antiguos que decían en Carrizosa y que yo ahora, al leer Peñalosa, se me ha ocurrido trasladar.

—Está bien eso… «Caseros de Peñalosa…». Yo lo que recuerdo es un cantar de aquí que decía, pizca más o menos:

En Peñalosa un pastor
comía gachas tan despacio,
que la gente le decía:
gacha-paso, gachapaso.

—También es ésta buena:

El moño tienes tan gordo
que tengo la presunción
que debajo dél escondes
lo que sólo he visto yo.

Muy cerca de la presa y bajo unos árboles los esperaba el de Zumárraga que, sin quitarse el casco y con las gafas alzadas sobre él, parecía un marciano con cachimba.

Don Lotario, al verlo y mientras frenaba, dijo, siguiendo el aire cancionero:

Ahí tienes al de Zumárraga
con el casco encasquetao,
que en el caso de la Hormiga
nos vino pintiparao*.*

—Por aquí estaban, poco más o menos —señaló y dijo a manera de saludo. *Plinio* y don Lotario, aprovechando los últimos rayos del sol, husmearon por aquellos alrededores. Había puntas de cigarrillo, envoltorios de papel, botellas de whisky, pero nada que denotase violencia.

Después de esta inútil pesquisición, *Plinio* miró hacia el próximo y ruinoso castillo de Peñarroya y dijo:

—Vamos a ver si la santera vio u oyó algo.

—Eso contando con que esté levantada —apostilló don Lotario.

Fueron a pie. Pasaron entre los muros derruidos hasta el patio de armas a donde da la ermita de la Virgen de Peñarroya. Allí mismo vivía la santera. Ésta, que todavía bordaba sentada en la puerta, con los ojos muy pegados a la labor, miró hacia los visitantes con prevención.

En medio de aquella soledad, entre ruinas y a las últimas luces, vestida de negro y los paños blancos entre manos, parecía un cuadro antiguo. Un cuadro callado e inmóvil, un cuadro figurativo hasta la náusea.

Era una mujer todavía joven. Alta, fina y con una severidad tridentina. Allí vivía sola con las limosnas y lo que sacaba de bordar. Llevaba una especie de túnica negra que le llegaba casi hasta los tobillos, sujeta con un escapulario de cuero.

—Buenas tardes, mujer.

—Con la paz de Dios vengáis —respondió poniéndose de pie y en actitud defensiva—. ¿Qué se ofrece?

—¿Usted recuerda de ver dos extranjeras que estuvieron por estos alrededores hace unos días?

—No.

—¿Ni oyó gritos, ni risas o algo?

—No. Yo sólo vi una mujer inmoral que en un descuido mío entró en la capilla con pantalones.

—¿Sólo una?

—Una he dicho.

—¿Rubia o morena?

—Morena. La eché a empujones y me hizo un ademán lascivo.

Y no consiguieron sacarle más. Allí quedó, como una flecha negra, con el bordado blanco entre las manos.

Antes de montar en sus vehículos, a la salida de la ermita, *Plinio* hizo una breve tertulia con sus acompañantes.

—Bien mirado —les dijo—, creo que éste es un asunto resuelto. Lo comunicaré al juez de Argamasilla para que haga la diligencia que deba… Claro que a usted —dijo al vizcaíno— le tomarán declaración.

—Es natural.

—Usted cuenta lo que vio y en paz. Yo le echaré una mano… Y ahora, siga su vida de difunto pescador, que don Lotario y yo lo hemos olvidado todo.

—De acuerdo, Jefe. Creo que los dos hemos cumplido como caballeros.

—Hale, vamos al pueblo que yo tengo allí otra faena.

Se despidieron del vizcaíno del yelmo rojo y siguieron camino.

En seguida que llegaron al Ayuntamiento, *Plinio* preguntó si ya había denuncia en forma del rapto visto por Eufrasiete la noche anterior.

—Nada, Jefe —le dijo Maleza—. Silencio total… Y todo el pueblo sabe ya lo que nos chivó Eufrasio, pero ya digo, chitón. He estado husmeando por todos sitios, pero en caso de variante sólo dicen mentiras…

—¿Como por ejemplo?

—Como que seis hombres con facas la cosieron a *puñalás* y la echaron en la «rubia» hecha una sangría… Como que el ladrón es un tratante de blancas, que quiere exportarlas al extranjero porque las putas de España son muy apreciadas… Y como que si hay suelto por el pueblo un vampiro americano que sólo se alimenta de sangre de hembra moza. Ya le digo a usted, fantaserías.

—Querrás decir fantasías, Maleza.

—No; he querido decir fantaserías, que es vocablo de mayor engranaje.

—Estás tú bueno.

—Fantaserías y hombrosexuales, que son dos palabrejas que me he inventado para mayor elocuencia, Jefe, que el hablar que usamos va estando muy visto y va a dejar de ser «compañero del Imperio», como dice Eufrasiete… que por cierto, ahora que me acuerdo, le está esperando desde hace un rato.

—Todavía no es la hora.

—Pero qué quiere usted. El hombre no vive desde que vio lo que dice que vio.

—Bueno, bueno, dile que pase.

Eufrasiete Rosauro venía endomingado, con corbata y zapatos negros de punta fina. El hombre estaba viviendo los momentos más intensos de su vida desde que fue soldado y lo destinaron a Ceuta. Allí parece que empezó su afición a la Historia de España y de sus Indias. *Plinio* recordaba, riéndose, cierta vez que recitó a sus amigotes del Casino de San Fernando un párrafo de este corte:«… se citó luego con Montezuma a la entrada de la encantadora Tenochitlán (Méjico), capital de ensueño, rodeada de canales y calzados» (calzadas).

»—¿Pero qué es eso de calzados? —le preguntó uno.

»—Ah, yo lo que dice el libro… Serían zapaterías, digo yo».

Entró Eufrasiete, digo, con aire resoluto y la cara henchida de satisfacción.

—¿Qué hay Eufrasio?

—Pues nada, que como me citó usted, pues me dije: voy para allá con tiempo *sobrao*.

—Has hecho bien —le respondió *Plinio* sin dejar de observar lo majo que venía.

—Y sabrá usted que me han hecho una entrevista para el *Lanza*, periódico de toda la provincia.

—¿No me digas?

—Como lo oye.

—Me alegro, hombre. ¿A que has dicho algo de la historia del país?

Eufrasio se rió entre orgulloso y ruborizado.

—Natural… yo estoy fuerte en ese libro.

—¿Y qué ha sido?

—Pues lo que el general Narváez dijo a la reina cuando volvió al poder, o sea —y poniéndose muy serio, sacó el siguiente párrafo de su prodigiosa memoria—: «Esto ha sido un drama en que se

repartieron los primeros papeles un rey, un clérigo y una monja…». Ya sabe usted, Manuel, el general le tiraba a dar a sor Patrocinio y al padre Quiroga.

—Bueno, y ¿eso qué tiene que ver con el caso?

—Hombre, así como tener que ver no creo, pero yo lo he dicho, ¿sabe usted? Y ahí queda… y *regium exequatur*…

—¿Cómo?

—Nada, cosas mías.

—Oye, Eufrasio —le reconvino *Plinio* con cara de duda—, ¿tú estás seguro de que has visto todo lo que me contaste anoche?

—Si empezamos así me enfado… Encima que vengo a hacerle un servicio… —dijo muy digno y con ademán de marcharse el del *Culovistoso*.

—Bueno, bueno… anda. ¿Y qué más les has dicho a los del *Lanza*?

—Hombre, que es usted el mejor policía de Europa, y que como decía el cardenal Cisneros: «El olor de la pólvora le agrada mucho más que los suaves perfumes de la Arabia».

—Las cosas como son. Esto está muy bien traído… Bueno, y sabrás que a estas horas nadie ha venido a denunciar el robo que viste.

—Ya me lo ha dicho Maleza. ¿Es raro, eh?

—¿Cómo era la «rubia» que se llevó a la moza? ¿Grande o chica?

—Ya le dije que grande… Y lo de que la robada sea moza lo dice usted. A lo mejor era casada, vaya usted a saber.

—¿Oscura o clara?

—Clara. Ya se lo dije a usted anoche.

—¿Tenía letreros o no?

—No los vide… También se lo…

—¿Los hombres eran de chaqueta o de blusa?

—De chaqueta, pero no señoritos.

—¿Y la chica era alta o baja, joven o vieja?

—Pero ya se lo dije anoche, Jefe… Usted lo que quiere es ver si fantaseo… Si sabré yo las mañas de la armada. No pude calibrar bien, pero ya le dije que me pareció entrada en carnes sin mayor dato.

Plinio dio unos paseos por el despacho con aire desalentado.

—Yo, Manuel, ¿qué quiere usted?, no sé más. Lo he pensado muy rebién y no recuerdo nadica más… Ése es mi informe de la ley agraria, como decía don Melchor Gaspar de Jovellanos, y no tengo más que decir.

—Ay, Gaspar, Melchor… y Baltasar. Veremos qué sale de esto… He convocado a todas las furgonetas que hay en el pueblo a ver si al echarles un vistazo nos das alguna luz.

—Eso está muy bien. Claro, que a lo mejor no fue del pueblo… digo yo. Y entonces no va usted a convocar a todas las del reino.

—Desde luego.

—Me hago el cargo que por algo hay que empezar.

Entró Maleza sin pedir permiso:

—Jefe, ya están ahí todas las «rubias» del pueblo. Sólo falta una de dos caballos que está en Herencia.

—Es igual. ¿Están también los dueños y chóferes?

—Están, y muy preocupados. Todos los coches están pegaditos a la fachada del Ayuntamiento.

—Pues vamos a la operación. Tú, Eufrasio, te subes al balcón del salón de sesiones, que debe de estar pizca más o menos a la altura de la ventana de tu casa, desde la que viste el rapto de la hembra. ¿Estamos? Y yo voy a hacer desfilar a todas las «rubias», una por una, alrededor de la plaza, para que puedas mirarlas a tu sabor. ¿Vale?

—Vale.

—Y fíjate muy bien a ver si la identificas. Súbete que yo voy a darles instrucciones a los propietarios. Maleza, que vengan todos.

Eufrasio salió con aire reposado, casi majestuoso, como de sujeto que está muy en primería. Maleza, que iba tras él, casi se

tropieza con el cabo Rasuras, que quería entrar en aquel instante.

—Jefe —dijo—, que Braulio y un joven quieren verle. Dicen que es urgente.

—Que pasen. Oye, Maleza, que aguarden las «rubias» y que el Eufrasio no se asome al balcón hasta nuevo aviso, no vaya a echar un discurso histórico a la población.

En seguida apareció en la puerta Braulio *el filósofo*, Antoñito Bolado, el hijo de Eusebio Bolado el ex muletero, y don Lotario.

—¿Qué dice esta buena gente? —preguntó *Plinio*.

—Oye, Manuel, ¿qué haces con tantas camionetas juntas? ¿Es que vas a trasladar el pueblo a Argamasilla? —dijo *el filósofo*.

—Quita, hombre, quita; menudo pitote.

—Me han dicho éstos una cosa que creí que debías saberla antes de nada —dijo don Lotario.

—Sentaros.

—Tú conoces a Antoñito Bolado, ¿no? —dijo Braulio.

—Sí, hombre.

—Es que verás…

Antoñito Bolado, que no contaría más de veinte años, tenía una pinta de andaluz de tablao flamenco. Llevaba traje de alpaca oscuro, camisa blanca sin corbata, pantalón ceñido y botitas de tacón. Moreno, carilargo, con largas patillas negras, a cada nada se ponía una mano sobre el muslo y la otra en la cadera, como si fuera a salir por fandangos de Huelva. Aparte de este semeje de operario de Manolo Caracol, era chico formal, que no cantaba, toreaba, ni tocaba, y que estaba muy bien visto entre las mozas de medio pelo socioeconómico, porque sus padres tenían muchas perras. Primero las hizo con el tráfico mular y ahora con el tractorista. El padre, cuando las mulas, llevaba blusa negra de seda, con borlas, cayada negra también y gorra de visera. Desde los tractores vestía como un agente comercial de altura. Pero el hijo, más conservador, seguía con aquel atuendo de cantaor para turistas.

Braulio, con su cara de patricio romano, respondió de esta manera a la mirada interrogante de *Plinio*:

—Estaba yo comiendo, sabes, Manuel, cuando me llegó aquí el amigo Bolado. Sabe que tú y yo somos amigos y me vino a consultar si una sospecha que tiene sería conveniente comunicarla a tu autoridad. Yo, después de pensarlo un poco, decidí que sí. Llamé, me dijeron que estabas fuera y en el Casino hemos estado esperando hasta que apareció don Lotario y me comunicó que ya estabas aquí… No me gusta meterme en estos terrenos, pero todo lo que sea echarte una mano siempre me place, y creo que esta mano puede ser de enjundia. Y Bolado tiene la palabra.

—Que gracias, Braulio, que eres un gran amiguete. Y tú dirás, Bolado.

Antoñito Bolado, al ver que le llegaba el turno, encogió la nariz, se puso la barbilla sobre la mano, cuyo brazo descansaba en el muslo, y entreabrió la boca… «Atiza, éste ahora va y canta», pensó *Plinio*. Pero se limitó a entreabrir la boca para preguntar con tono misterioso:

—¿Usted sabe, Jefe, quién es mi novia?

—No… Vamos, no recuerdo.

—Sí, hombre… —cortó Braulio.

—Un momento, Braulio, un momento. Déjeme a mí contar la cosa con el copero debido —le cortó a su vez el Bolado, que parecía dispuesto a que su número luciera de verdad.

Braulio se calló con un gesto casi cómico y se llevó la diestra a la boca.

—Verá usted —siguió el Antoñito con pausa, así que vio franco el callejón—, yo tengo relaciones con una chica de este pueblo hará unos dos años. Es una excelente muchacha. Católica fetén, sin antecesores amorosos y ama de su casa, como nos gustan a los hombres, hombres. Desde que nos arreglamos, no mira la calle como no sea conmigo. No va al cine si no viene su hermana, para evitar tentaduras. De futboles y de bailes, si no es con un servidor,

los ignora. Viajes, desde que estoy yo por medio, no ha hecho en su vida… Digo mal, salvo cuando la operaron de la apendicitis en Madrid, trance en el que naturalmente no hay peligro casual… Pues a lo que iba. Yo he tenido que estar tres días fuera para asunto de negocios. Llego esta mañana, voy a verla, y sus padres… que son gente de lo más serio de este pueblo, me dicen que no está, que se ha ido a Ibi, a ver a su tía, que está casada con uno que trabaja allí. Comprenderá usted que me ha llamado la atención este viaje, sin aviso. O había urgencia que no me habían *aclarao*, o ese viaje tiene su aquél. Quiero decir que lo habrían *pensao* con tiempo y yo, el novio, tendría noticia, ¿estamos?, si hubiera sido normal. Pero ca, el padre y la madre, mis futuros suegros, que se ha ido a Ibi, que se ha ido a Ibi, que era muy urgente y acabe usted de explicaciones. Yo, claro, rápido, me he puesto en comunicación con sus amigas. Ninguna sabía cosa alguna de ese viaje. He ido a la estación y el Jefe, que es mi compadre, no la ha visto por los andenes. ¿Ella sola a Ibi, de repente? Nanai. Hasta que me he *enterao*, a última hora de la mañana, de lo del rapto que vio el Eufrasiete Rosauro desde su ventana. Y como mi novia vive en la misma calle del Eufrasiete, pues me he dicho, ciertos son los toros; y los padres, claro está, no me han querido decir la verdad, porque es natural, han pensado, y con mucha razón, que yo quiero mucho a su hija, pero que con una fruta averiada este servidor no se casa.

—¿Y por qué sabes tú que va a estar averiada? —le cortó *Plinio*.

—Hombre, Jefe, supongo yo que el sujeto que está robando mujeres en este pueblo no se las va a llevar para que le frían huevos al plato… Eso se cae de su peso. O es *pá* matarlas, como ha pasado con la de la Hormiga, o es *pá* follarlas, como ha pasado con la Rosita Granados. Y yo, naturalmente, no me caso con una mujer muerta… y menos follada.

—Entonces, tú, Bolado, ¿las prefieres muertas a folladas? —le cortó Braulio *el filósofo* con los ojos muy abiertos.

—Hombre, es un decir —respondió un poco confuso.

—Ah, vamos… Porque entre virgo y vida, preferible es la vida. Yo, antes me caso con una incompleta que con una fiambre, pues si que la diferencia…

Don Lotario, que había estado apretándose por no estallar al escuchar la última razón del *filósofo*, empezó a reír con tal juego de babas y lágrimas a la vez, que contagió al Jefe y al mismo Braulio, y durante un buen rato el pobre Bolado se encontró abandonado y más que corrido.

—Como diría Eufrasiete —glosó el veterinario, sin dejar de reírse—, es mejor casarse con la querida de Godoy que con doña Inés de Castro, insepulta.

—Bueno, bueno, vayamos al grano —cortó *Plinio*, esforzándose por volver a la seriedad—. Sigue, Antoñito.

—No tengo más que decir —afirmó mosqueadísimo—, *ná* más que yo creo que la mujer que robaron anoche es mi novia.

—No me parece mala deducción. Lo único que te falta por decirme —dijo *Plinio*—, porque supongo que ya habrás agotado la suspensión de tu relato, es cómo se llama tu novia.

—Ah, es verdad. Mi novia es la Clotilde Lara, la hija de Rufino Lara, alias *el Monje*.

Plinio quedó pensando y, tal vez sin darse cuenta, movió la cabeza afirmativamente.

—La deducción no estaba mal hecha por el chico —aclaró Braulio—, porque los *Monje*, de toda la vida de Dios, ya sabemos cómo son. Antes la muerte que el más mínimo filete. Honra antigua a carta cabal. En esa casa, oración, vigilia y de fornicativa lo precisico.

—Hombre —añadió el veterinario—, siempre se ha dicho que Rufino, que tiene la casa llena de cuadros sagrados, el día que quiere hacer la picardía, le dice a su mujer: «Rosaura, vuelve los cuadros que vamos a hacer uso del matrimonio».

Con esta glosa se reanimó Antoñito Bolado, que debía de estar hasta los pelos del puritanismo de sus futuros suegros, y dijo:

—Qué me va a decir usted a mí, si en esa casa no solamente se dice hasta mañana, si Dios quiere, como todo el mundo; sino buenas tardes, si Dios quiere; hasta luego, si Dios quiere, y vamos a acostarnos, si Dios quiere…, aunque estén al lado de la cama.

—Desde luego, seguro que no hay otra gente en el pueblo que le dé a Dios tanto trabajo —añadió *el filósofo* sonriendo.

—Eso es *pá* mear y no echar gota —reforzó el Bolado.

—Bueno —concluyó *Plinio*—, pues te agradezco la sospecha, Antoñito. Tú, cállate como un muerto, hasta que te avise, que esta noche mismo comienzo las indagatorias… Una cosa: ¿te dijo ella alguna vez si alguien la seguía, amenazaba, escribía o cualquiera irregularidad?

—No, señor… Bueno, y si ha ocurrido no me lo dice. Ya sabe usted…

—Entiendo. Bien, pues vamos a suspender la sesión, que tengo ahí esperando al parque móvil de Tomelloso… Y si queréis ver la maniobra, esperaros.

Y sin esperar respuesta dijo a Maleza, desde la puerta, que pasaran los dueños y chóferes de las «rubias».

—Nos quedaremos ahí en el zaguán, Manuel —dijo don Lotario, muy diplomático.

—De acuerdo.

Los «rubieros», que eran poco más de la docena, entraron uno a uno con muchísimo respeto. Los que venían cubiertos se despegaban la boina de la cabeza muy suavemente, como si fuera un esparadrapo y tuvieran miedo a hacerse mal. Formaron un semicorro junto a la mesa de *Plinio*, que estaba en su sillón con cara de mucha autoridad. Cuando todo estaba en orden y callados los últimos saludos, el Jefe, mirándolos sobre los aros de las gafas, les dijo:

—Señores… Muchas gracias por haber venido. —Hubo carraspeos que querían decir «de nada»—. Anoche, como habréis oído, utilizando una furgoneta como las vuestras, se ha cometido un delito importante en Tomelloso… Al menos así parece. A una mujer

que iba por la calle de Don Quijote, a eso de las once de la noche, la cogieron entre dos hombres y la hicieron subir en una «rubia» grande. Alguien vio esto desde una ventana de la casa número quince de esa calle. Ni sabemos quién es la mujer robada, ni quiénes los ladrones… Mi deber, naturalmente, es sospechar de todo el mundo, en principio…

Se oyeron más carraspeos de probable disconformidad y *Plinio* los miró en redondo con gesto severo.

—Decía que mi deber es sospechar de todos hasta que se aclare el caso. El testigo de lo ocurrido anoche está en un lugar de esta casa. Y cada uno de ustedes, por el orden que yo indique, me van a hacer el favor de darle una vuelta a la plaza con su vehículo. Procuraré entretenerles lo menos posible.

—Yo, Manuel, anoche no estaba en el pueblo.

—No importa. Vamos a proceder a la prueba con todos. Luego, tiempo habrá de hablar.

—Hombre —repitió tozudo el de antes—, es que sospechar de uno así, por las buenas, habiendo pasado la noche en la carretera…

—Por favor… Si las cosas son como usted dice… que no dudo, todo quedará aclarado en seguida. Dar una vuelta por la plaza no cuesta trabajo. Menos trabajo que enredarnos aquí a decir cada uno su razón… Díganme sus nombres, sean propietarios o chóferes, para hacer una lista y establecer el orden.

—Y alguno falta —dijo otro.

—Ya lo sé. Usted primero, dígame su nombre, apellido y número de matrícula.

Así que acabó la lista y encomendó a Maleza el orden que debían seguir, subió al salón de sesiones para ver la prueba junto a Eufrasio, que estaba en el balcón mirando a la plaza con aire meditativo.

Muchos desocupados, al ver aquella batería de furgonetas ante el Ayuntamiento, curioseaban desde las aceras y terrazas de los bares y Casino.

Eufrasiete, cuando llegó *Plinio*, dio a su cuerpo una erección ostensible y tiró el pito.

Maleza mandó marchar en el momento oportuno las furgonetas de dos caballos ya que sólo iban a desfilar las grandes. Igualmente, el mismo cabo, con gran diligencia, había ordenado que cada conductor estuviera junto a su coche, como en una revista de policía. Cuando todo estuvo en orden, miró hacia el balcón. *Plinio* le hizo señal con la mano para que empezase el carrusel. Eufrasio entornó los ojos y se dispuso al examen con aplicación.

Maleza, según las instrucciones recibidas, dio orden de empezar el desfile coche por coche con indicación precisa de darle la vuelta a la plaza y luego detenerse casi debajo del balcón central y a unos dos metros de la fachada. Para que todo resultase bien, había puesto Maleza a varios guardias que daban la salida, ordenaban el parón y luego el sitio de aparcar.

El ceremonial había alcanzado una espectacularidad imprevista. Las aceras estaban repletas de gente y no se escuchaba más que el ruido del motor de la furgoneta de turno.

Los dos hombres del balcón miraban la maniobra en silencio. *Plinio*, de reojo, observaba al testigo Eufrasio. De cierta manera, aquello parecía un examen, penosísimo, eso sí, para sacar el carnet de conducir.

La verdad era que Maleza se estaba portando muy bien. En demasiado militar, pero bien.

Salía la «rubia» de turno, daba la vuelta, paraba luego donde le indicaba un guardia, que abría las puertas de atrás del vehículo para mayor simulación de lo ocurrido la noche anterior en la calle de Don Quijote, las cerraba de nuevo, y le hacía seguir despacio hasta aparcar en el lugar indicado.

Eufrasio, con un lápiz y un cuadernillo con pastas de hule negro, hacía algunas apuntaciones.

Cuando acabó el circuito, la gente espectadora seguía en silencio, como en espera de algo más importante. Eufrasio miraba

perplejo sus notas y *Plinio*, después de dejarlo reflexionar unos instantes, le preguntó:

—¿Quieres que den los coches otro rodeo, o te basta?

—Me basta —dijo con suficiencia.

—Bueno, pues, vamos a ver tus conclusiones.

Entraron en el salón de sesiones, cuyas luces encendió el mismo *Plinio*, y Eufrasio, sin perder su aire importante tan súbitamente adoptado, empezó a mirar con esforzado interés los cuadros que el maestro Francisco Carretero legó para adornar todo aquel senado municipal.

Don Lotario, que había subido sin poder contener su impaciencia, quedó mirando la extraña escena que formaban: *Plinio*, en el centro del salón, con las manos en la cadera, en espera nada paciente, y Eufrasio, mirando los cuadros como si fuese el mismísimo don Enrique Lafuente.

—¿Qué hace? —le preguntó al guardia al tiempo que le alargaba un «Caldo».

—Pues no tengo idea… pero como el hombre es así, un poquillo gilipollas, pues que se está dando postín.

—¡Bendito sea Dios!

Encendieron los pitos mientras el otro seguía su examen, y cuando hubieron echado un par de chorros de humo:

—¡Eufrasio! —gritó de pronto *Plinio*.

—¿Qué, Jefe? —respondió el otro con cierto susto.

—Que te dejes las pinturas para otro día, que estamos esperándote medio pueblo.

—Perdón, perdón, es que a mí la pintura del hermano Francisco me gusta mucho.

—Bueno, pues te vienes mañana, y te estás aquí todo el día hasta que te la aprendas tan de memoria… como la Historia de España.

—Es verdad, es verdad.

—Venga, ¿qué has sacado en claro de todo este carrusel?

—Pues… —empezó, mirando sus notas y con aire dubitativo— que entre tres «rubias» de las que han desfilado anda el juego… Entre la dos, la cuatro y la siete.

—¿Y no te determinas por una más que por otra?

—No.

—¿Y las tres tienen un siete en la matrícula?

—Anda, coño, pues no me he *fijao*.

—¡Ay, Dios mío, ay, Dios, y ay, Dios! ¿Conque ahora salimos con ésa? ¿Pero entonces qué has apuntado?

—Bueno, no se ponga así, Manuel, que eso está *tirao*. Como tengo escrito el orden del desfile, ahora mismo, desde el balcón, tomo las matrículas… Que buena vista sí tengo.

—Venga, anda y no te equivoques. ¡Qué orden habrá escrito este hombre, santo Dios!

El Eufrasio volvió al balcón. Don Lotario cabeceaba en señal de compadecer al famoso testigo y *Plinio* murmuró:

—Sí, quien con chicos se acuesta, aromático se levanta. Te parece qué el historiador.

—No creas que éste es el único cima de su familia —dijo don Lotario.

—No me lo diga usted. Si ya sé que éste es cima desde la misma teta.

Entró Eufrasio mirando a su cuaderno, con cara de mayor confusión.

—Eufrasio, coño, ¿que vamos a estar aquí hasta que amañane? ¿Qué te pasa?

—Que ninguna de las que yo había señalado tiene un siete en la matrícula.

—Te digo que te adoro… Oye, ¿y no has visto si alguna de las que no has guipado tiene un siete?

—No…

—Pues anda, vuelve al balcón, moreno, a ver si hay algún siete en esas matrículas. Ay, Manolo, baja y llévate a éste.

Don Lotario se reía.

Por fin volvió Eufrasio, alborozado.

—Jefe, Jefe, hay dos con siete.

—¿Y en qué se diferencian de las que habías elegido?

—¿En qué? Pues bien mirado, en nada. También son claras y marca «Seat».

—Total, macho, que todas las furgonetas grandes y claras pueden haber sido, porque en lo de que tenía un siete en la matrícula la «rubia» de anoche, tampoco creo yo que estás muy firme.

—Hombre, usted, Manuel, es que le hace dudar a cualquiera.

—No, Eufrasio, yo es que tengo que trabajar con certezas, porque si no, fíjate, qué concierto de violón.

—… Yo diría que vi un siete… También pudo ser un uno…

—Sí, o el jeme del Pirolo. Bueno, vamos abajo a ver qué hacemos, porque todo este circo ha sido de balde.

Y con grandes señales de su mal humor salió hacia la escalera delante de todos. Pero se oían tantas voces asustadas, abajo, que guardia y séquito tuvieron que acelerar el paso.

Se oía indistintamente: «¡Ponerlo boca abajo! ¡No, ponerlo boca arriba! ¡Boca arriba y sostenerle la cabeza! ¡Apartaros! ¡Dejad pasar el aire!».

—¿Qué sucede? —gritó *Plinio* desde el primer descansillo con gran energía.

—A Rosario, que le ha dado un ataque —le aclaró Maleza.

Don Lotario se adelantó y rompió el corro.

El tal Rosario, chófer de una de las «rubias», yacía en el suelo, pálido, vibrante como una cuerda de guitarra y echando espumarajos por la boca. Un alguacil le tenía la cabeza levantada.

Rosario era un retaquillo, con la cabeza muy ovoide y las cejas negras. Tenía fama y pinta de hombre retraído y enfermo. Por eso, sin duda, le llamaban *El Sietemachos*.

Sobre la improvisada cabecera de la mano del alguacil aparecía con las manos enclavijadas y enseñaba unos dientes menudos,

hincados en la lengua, tapizados de espuma.

—Creo que es un ataque epiléptico bastante fuerte —dijo don Lotario a *Plinio*—. Ponerle algo bajo la cabeza, no se descalabre.

Y él mismo hizo una pelota dura con su pañuelo y lo puso entre los dientes del enfermo.

Mandó el Jefe a un número para que avisasen al médico de la casa de socorro y desalojó el zaguán, ordenando a los furgoneteros que pasaran al cuerpo de guardia hasta que les avisasen.

Dejaron allí al enfermo al cuidado de dos guardias, y *Plinio*, con don Lotario y Eufrasio, salieron a la plaza para ver de cerca las furgonetas claras con siete y sin siete.

En la puerta del Ayuntamiento seguían el Bolado y Braulio, muy distraídos al parecer con aquel accidente circulatorio-automovilístico y popular.

—Manuel —dijo *el filósofo* a media voz—, esto ha estado pero que muy divertido. El público lo está pasando muy requetebién. Como ahora mismo fueses capaz de descubrir quién es el raptor, a la vista del respetable, como un prestidigitador, te llenabas de gloria hasta el valle de Josafat.

—No lo veo fácil —le respondió *Plinio* sonriendo—. Y a propósito, Braulio, ¿quieres cenar en el Alhambra conmigo y con don Lotario?

—Eso está hecho.

—Oye y pregunta al Bolado a qué hora se acuestan los *Monje*, a ver si nos da tiempo a cenar antes de hacerles la visitica que tengo pensada para esta noche.

—Vale. Aquí aguardo a que termines la operación, para proceder a la cena.

—Ah, y al Bolado, despáchatelo. ¿Corriente?

—Corrientísimo.

Plinio, con su lista de «rubias» en la mano, que estaba bien hecha y no como la de Eufrasio, fue llamando a cada uno de los dueños de las «rubias» claras, para que le abriesen las puertas de atrás y poder inspeccionar a gusto.

El público presente, al ver a *Plinio* y a don Lotario operar a quirófano abierto, guardaba un silencio de duelo. Tanto, que el Jefe casi tenía que hablar bajo a sus interlocutores por miedo a que le oyesen, por lo menos, desde la Posada de los Portales.

Cada chófer le abría su furgoneta y *Plinio* entraba en el interior para mirar bien todos los rincones con una linterna. Y la verdad es que, a cierta distancia, todo aquel juego de entradas y salidas, de apagones y encendidos de linterna, resultaba un rato misterioso.

El Jefe, sin despegar el pico, se limitaba a recorrer la furgoneta con gran detenimiento a la luz de su lámpara.

Cuando después de un buen rato acabó la operación, *Plinio* ordenó a los dueños o chóferes de todas las «rubias» oscuras que se marcharan y a los de las claras que permaneciesen en el cuerpo de guardia.

El médico de la casa de socorro confirmó el diagnóstico que el veterinario hizo a Rosario y después de tomar una serie de medidas, aconsejó que permaneciese allí hasta que fuese oportuno enviarlo a su casa.

Al primer chófer que mandó llamar *Plinio* fue a Gumersindo Hermoso, propietario de una de las «rubias», que se dedicaba a hacer portes. Gumersindo, que era un chico joven con cara de buen natural y seso despierto, vestía de «mono» y llevaba la uña del meñique muy larga.

Cuando entró, cerró la puerta. *Plinio* le ofreció asiento y sin más preámbulos, con mucha pausa, se sacó del bolsillo una horquilla del pelo y quedó con ella entre el pulgar y el índice.

—Esta horquilla estaba en tu furgoneta. ¿De quién puede ser, Gumersindo?

Gumersindo Hermoso no se alteró:

—De una mujer. Digo yo.

—Hombre, ya. No va a ser de don Edesio. Quiero decir que de cuál mujer.

—Pues de la Faustina Revuelta, de la María Revuelta o de la Ildefonsa Novillo, que las llevé esta misma tarde a Alcázar a la consulta de don Rafael Mazuecos.

—Ya… —respondió *Plinio* sin disimular su desolación.

—Porque otras mujeres, Jefe, no han subido en mi coche desde la semana pasada, que yo sepa.

—Y anoche, ¿qué hiciste?

—Jugar al dominó en el Casino de Tomelloso hasta que cerraron, porque, desgraciadamente, hasta el viaje de esta tarde a Alcázar, he estado dos días sin hacer un maldito servicio. Puede usted comprobarlo fácilmente.

—De acuerdo. Gracias y puedes retirarte.

Plinio tomó nota y mandó entrar a otro de los chóferes. Y en menos de media hora despachó a todos menos al pobre Rosario que, naturalmente, no estaba en condiciones de dar luces sobre nada ni nadie.

Cuando todo estuvo despachado, despedido Eufrasio, desaparecidas todas las «rubias» menos la de Rosario, que continuaba en la puerta del Ayuntamiento, y dispuestos para marcharse a cenar en el bar Alhambra, ya que según Braulio hasta media noche los Monje estaban visibles, se le ocurrió mirar a quién servía Rosario. Su propietario era don Adolfo García Caballero. *Plinio* cerró el cuaderno de notas y salió.

Se llevaron a Rosario en una camilla y pensó Manuel que haría lo posible por tratar con él al siguiente día.

Cuando los tres cocenantes salieron para el bar Alhambra, los espectadores de la plaza se habían movido y todo aparecía con su aspecto normal.

En el bar tenían una mesa reservada por orden de Braulio y sentados en ella empezaron el acto cenatorio con unas cervezas fresquitas y un plato de cortezas.

—A mí me gustan mucho las cascaras de gorrino —dijo Braulio masticando sonoramente una corteza rizada como un bucle.

Con cáscaras de gorrino
y vino de Tomelloso,
aunque seas mequetrefe
te pondrás gordo y hermoso,

dijo don Lotario.

—¿De dónde ha sacado usted eso, señor de la albeitería? —preguntó *el filósofo* a don Lotario.

—Está puesto, pizca más o menos, en el Mesón del Mosto, que es una rica taberna de tomelloseros y de productos del país que hay en Madrid.

—Pues según ese verso, si Rosario comiera cascaras y bebiera vino, no le darían esos ataques —dijo el Jefe.

—¿Sabes, Manuel, que desde esta tarde me empiezan a entrar ganas de que me hagas tu ayudante? Coño, qué bien lo estoy pasando con tanto misterio liado.

—Hombre, esto de lo policial es la mejor distracción para viejos como nosotros. Menuda mina. Lo malo es que los casos se dan muy espaciados —confirmó el veterinario.

—Nada, Braulio, quedas admitido. Don Lotario, tú y yo formaremos el trío especial.

—Hecho. Yo no soy hombre de ocurrencias policíacas, tú lo sabes. Pero sí soy de confianza, disfruto mucho con estas cosas y, sobre todo, os puedo servir para el comentario.

—Eso —dijo don Lotario—, tú de cronista… Bueno, de cronista oral.

—Como Sócrates el griego, que me dijo un día el párroco.

No obstante aquella conversación, por el aspecto reservado de su visita y el carácter retraído de la familia *Monje, Plinio* decidió ir él

solo. Si había confidencias que hacer, tendrían menos empacho en decirlas a él solo que ante testigos. De modo que *el filósofo* y el veterinario quedaron, no sin cierta murria, en la terraza del San Fernando, mientras *Plinio* enderezaba sus pasos a la casa de la presunta raptada.

—Joder con el Manuel —exclamó Braulio cuando se quedó solo con el albéitar—, vaya empiece que me da en la colaboración. Después de llevarle yo la pista, nos deja sentados en la puerta del Casino y se va solo a por el fruto.

—Hombre —le contestó el otro sonriente—, este oficio tiene muchas teclas y *Plinio* conoce muy bien el paño. Ocasiones vendrán a montones.

—*Ná, ná*. Me borro de la sociedad. A mí, no. Al primer tapón zurrapa, no. Mal empiece. Me borro.

—Pareces un muchachete, Braulio.

—Ni muchachete, ni órdigas, que debía haber iniciado esta noche mis funciones y nada más. Nos ha *jorobao*.

—Tú y yo somos los mejores amigos de Manuel. Así lo dice él.

—Sí, sí, amigos, pero el borrico en la linde. Manuel es muy suyo y siempre quiere los laureles para él.

—No digas tonterías. Manuel es un santo.

—Sí, san Pericón, todo el dinero al bolsón.

«Juraría, juraría —se dijo *Plinio* ya a pocos pasos de la casa de los *Monje*— que aquella sombra que se ha ocultado en el callejón de enfrente era el Bolado».

Llegó a la puerta y tocó el llamador con mucho tiento. Era la mejor casa de la calle de Don Quijote, con dos pisos. Le pareció oír que se había movido la persiana de uno de los balcones en seguida de su primera llamada, pero se hizo el ignorante. Volvió a llamar con más fuerza. Al cabo de unos segundos abrieron la puerta con mucha suavidad. El abriente era el *Monje* padre. Tan derecho. Con su gorra

de visera negra. Su chaqueta del mismo color. Pantalones de corte y botas de elástico. Por la calle siempre llevaba sombrero, y a *Plinio* le extrañó la gorra. El hombre quedó mirando al Jefe con los ojos muy tiernos, sin saber qué decir. Ante esta acogida, *Plinio*, durante unos segundos, tampoco despegó los labios. Pero no era cosa de estar así mucho tiempo.

—¿Puedo entrar, amigo? —le preguntó Manuel con voz de novio.

—Sí —respondió con voz apenas perceptible y ampliando el hueco de la puerta, pero sin soltarla.

Entró *Plinio*, cerró el *Monje* y de nuevo quedaron en el portal mirándose frente a frente, en silencio.

Plinio pensó si le habría sentado mal la cena. No reaccionaba como solía.

Ahora, el *Monje* miraba al suelo con las manos puestas en la espalda. Sin hacer el menor ruido, apareció bajo el arco del portal la *Monje*. Alta, también vestida de negro, con las faldas muy largas para el tiempo en que vivimos. El pelo brillante y recogido en moño y las manos cruzadas bajo el pecho; quiero decir muy bajas. También quedó clavada y silenciosa. Los tres parecían figuras de retablo. Sin pasado ni futuro. Sin más razón de vida que la de estar entre aquellos ángulos, superficies y luces. Por un momento, *Plinio* pensó si los tres estarían ya muertos. Si estaría ante una fotografía de los periódicos de mañana. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que llegó? ¿Se habría resuelto ya el rapto de la primera Sabina? ¿Vivía todavía don Lotario? ¿Qué noche cenaron en el bar Alhambra? No se oía por la calle un solo ruido. Ahora, el *Monje* padre miraba al suelo. La *Monje* lo miraba a él, mejor dicho, lo traspasaba con la mirada, como si fuese un vidrio, mirando algo que estaba detrás. Y *Plinio* pensó en las ánimas del purgatorio y en el zaguán del cielo. Tal vez así lo recibirían a él sus padres y abuelos el día que llegase a ocupar su coche-cama definitivo. Lo aguardarían así, sin necesidad de hablar. Porque la verdad era que él, ahora mismo, no tenía necesidad de preguntarles a aquellos señores por su hija. Todo

estaba claro. Todo era verdad. Tal y como se lo había contado el novio. E imaginaba las habitaciones de aquella casa llenas de cuadros de santos. Las sábanas blanquísimas de las camas. Muchos rosarios colgados de los cabeceros. Botellas de incienso en la despensa y una imagen de la Purísima, una imagen enorme, en un rincón del comedor de respeto. En el baúl largo del camarón estarían las mortajas preparadas entre bolas de naftalina y en otro baulito amarillo las ropitas de aquel niño *Monje* que murió hace más de treinta años en el frente de Teruel. Sí, estarían las ropas del niño *Monje* y el último traje, el de color marrón, aquél que estrenó en su última feria, la de 1935. La hija de los *Monje*, la raptada, había nacido muy tarde. Sobre los años cuarenta. Debió de ser un esfuerzo enorme del matrimonio puritano para sustituir a aquel pobre Daniel, muerto de frío en Teruel. Se dijo por el pueblo que a la madre *Monje* le había dado mucha vergüenza parir ya tan vieja. Que doña Consuelo, la profesora de partos, se las vio y se las deseó para que la parturienta pusiese sus vergüenzas de manifiesto. La *Monje* madre se comportaba como si la hija le hubiese llegado por acto adulterino. El bautizo fue de madrugada, entre sombranoches y mantones. Y la niña no fue conocida por la vecindad hasta que hizo la primera comunión, cuando apenas tenía seis años. *Plinio* repasaba en su memoria todos estos recuerdos. Y veía al *Monje* padre en las procesiones del silencio, con el bastón de su cofradía, los ojos perdidos hacia los balcones oscuros, y rezando obstinadamente, con toda el alma en las palabras latinas y españolas. Pero *Plinio* —ahora de pronto la recordaba— se sonreía para sus adentros al pensar en la figura de la hija. No parecía de aquella raza de gentes erectas y lisas, de aquella familia de gesto torturado y carnes magras. Clotilde, desde muy joven, casi niña, fue un reventón de la naturaleza. Sus tetas, duras y salidas, debían de ser una profanación en aquel ambiente casi monástico. Su culo alto, redondo y volatinero; aquellas piernas jugosas y de tan visible repisa… Aquella dentadura, hecha para la risa sin fatiga, aquel lunar en el labio y, sobre todo, aquel

guiñar de ojos cuando miraba, debía de ser un pecado vivo para sus padres preconciliares. Apenas la dejaban salir a la calle. Debía de parecerles una denuncia de no sé qué enconados regodeos y delicias, logrados ante los cuadros vueltos a las horas espaciadísimas de la fornicación matrimonial. Debían de considerarla como la exhibición de un pecado. ¿De dónde, señor, salieron aquellas tetas rebosantes? ¿De qué vientre y de qué falo aquella sonrisa de revista musical? ¿Cómo era posible que de un hogar casto hubiese surgido aquella cara tan lindera al cachondeo y al grito espasmódico? Debía de resultarles como tener una hija negra, o como haber parido a una vedette de vientre rotador que desfila como nadie a la hora del apoteosis. *Plinio* estaba seguro que entre tanto cuadro de santos, tanta penumbra, tanto rosario, tanta mirada severísima, debía de haber un lugar en la casa lleno de perfumes y bragas celestes; de sostenes tendidos, de barras de labios, de ligueros modernos y espejos envidiables. Que debía de haber una cama con colchones de mirahuanos y suspiros, huellas de uñas clavadas y pintajos de carmín en el embozo. Y tal vez, dentro de algún armario, un bidé suculento con flores violetas y aroma del oscurísimo triángulo. Y, ¿por qué, en un ataque de arrepentimiento, en un monstruoso acto de contrición, aquel matrimonio talar no podía haber emparedado a la hija sanguina, a aquel cuerpo de la misma hechura de la que debía de tener en diapositivas el famoso y cada vez más olvidado Satanás? Pensando estas cosas, a *Plinio* se le reía el sobaco del alma. Coño, estaría bueno que la hubieran enterrado bajo la parra y hecho una hoguera con sus ropas frívolas, perfumes, compresas, cartas amorosas, esmalte de uñas y sábanas de hilo… Nunca se dijo nada de Clotilde. Apenas salía. Era de misa diaria. Bolado fue su primer novio. Pero el que la veía no podía olvidarla. Iba siempre seria y mirando al suelo, pero si alguien le hablaba o echaba un piropo, se abría de risas y de poros como una flor tropical. Sí, se le escapaba la naturaleza a chorros. Una naturaleza llena de cantares contenidos, de gritos ahogados, de

saltos maestros y de besos sin fin. Un día —lo recordaba ahora— se dijo que un perro, ¿rabioso?, mordió en el culo a la pobre moza. Fue por los paseos de la estación. Menudearon los chistes y las imágenes desbocadas. ¡Qué perro más listo! También podría haber ocurrido que Bolado se sintiera un cristiano impaciente y la hubiera raptado. Era de mucha listeza aquello de sospechar que la raptada la noche anterior era su Clotilde. Pensaba *Plinio* que había madrugado demasiado. Para aquel padre y aquella madre el robo de su hija era un escándalo sin precedentes en toda su alcurnia de gente fanática del sexto mandamiento. Pero también debía de parecerles natural hasta cierto punto, por aquella naturaleza pecaminosa que de siempre hallaron en su despampanante muchacha. Justa penitencia por tan frondoso pecado. *Plinio* leía en los rostros de aquellas figuras estáticas esta contradicción, este doble dolor, esta plazuela de los sentimientos entre dos calles opuestas.

Tirafondos. Le obsesionaba esta palabra, que oía a los ebanistas: «tirafondos». Allí había un tirafondos… Un tirafondos, sí señor. Pero tampoco valía esta suposición. Bolado no había robado a su novia. A su manera, Bolado era otro adorador de la pureza, de la fórmula social, del rito, del virgo servido la noche de bodas en bandeja de plata o enganchado sobre un palillo de oro sobre la tarta nupcial. Bolado, donjuán particular, loco por crótalos y faldas de lunares, que siempre soñó con cortijos y forzamientos entre olivos de su Andalucía entrevista, a la hora de casarse, como les suele pasar a todos los donjuanes, quería hacerlo por lo derecho. Con la póliza de seguros más completa, con la virtud más cantada, con la castellana más estrecha. Y con los labios más intocados. Habría cálices antiguos en los taquillones de aquella casa de los *Monje*, capillas en muchos rincones, túnicas de nazareno, papeles de bulas, libros de horas de varias generaciones, estampas de santos con el margen de papel bordado, cuadros que recordaban una famosa peregrinación a la Virgen del Pilar; cicatrices de las cadenas que arrastró el *Monje* padre en una procesión de Viernes Santo… Tal vez

el viernes de aquel mismo año en que nació el pecado carnal de su hija. O el viernes del año en que le afloraron los pechos con una dimensión pecaminosa. En aquella casa todo era claro y lógico. De una lógica escolástica, sin fallos. Buena gente los *Monje*. Antigua como una catedral gótica, pero buena gente. Entregada en cuerpo y alma a la regla dos veces milenaria. No, ni ellos mataron a su hija, ni se la robó el Bolado. Estaba la Clotilde tan buena como la Sabina, aunque en estilo un poco menos salvaje, y la había raptado la misma mano que se llevó, adonde fuera, aquellos pelos lujuriosos como chorros de amor que caían por las piernas de la Sabina Rodrigo, la de la casa del ciprés, de la abuela mal hablada, de la hermana canija y resentida. El Rómulo acaparador de estas Sabinas, un Rómulo a buen seguro agrio y rijoso castellano, tenía buen gusto. Debía de estar logrando a aquellas horas el gran sueño de su vida, el sueño de coleccionar y tirarse a las mejores hembras del pueblo. Qué tío, qué arquitecto de cachondeces y suspiros. Pobres, aquellos *Monje*, parados en su portal… Mejor que les devolviesen a su hija muerta, que pinchada por aquel fauno secreto. El mundo está lleno de faunos secretos que sueñan con formar conventos de ricuras para desgranárselas tarde a tarde como un rey de las mil y una noches. Que sueñan con adornar todas las galerías de su casa con legiones de pechos tempraneros, de culos tarabillas y caderas incesantes. Que siempre ven entre las tinieblas de su alcoba ojos que parpadean, labios que se fruncen, relámpagos de brazos y sobacos oscuros. Sería para los *Monje* como si les trajeran a su Clotilde degollada. Imposible para vivir. Todo estaba perfectamente claro para Manuel González.

Cuando llegó a su casa no recordaba lo que había hablado con el matrimonio *Monje*. No recordaba si había hablado algo o todo quedó en aquella presencia inmóvil en el portal de la casa, bajo la alta lámpara en forma de estrella azul… Tan distraído, que volvió a su casa rodeando, sin pasar por el San Fernando, donde de debían de esperarle entre bostezos sus amigos don Lotario y *el filósofo*.

4. Recuperación de las Sabinas pendientes

Homenaje nacional a Plinio *y los consabidos entreveros de merecida recordación.*

La mujer y la hija del Jefe, en la puerta de la casa, hacían tertulia con otras vecinas. Vecinas de parla llevar. Vecinas haldudas que ya tenían televisión y remolque. Vecinas que estaban a punto de abandonar las ligas de goma y el sostén semoviente. Vecinas que empezaban a hacer ascos a los platos folclóricos y comían de latas y sobrecitos.

Al ver llegar a *Plinio*, calló el cotarro. A lo mejor hablaban de los hurtos de mozas. El Jefe saludó con afabilidad, dijo algo sobre la buena noche que hacía y pasó hasta el patio. Su mujer entró tras él por si necesitaba algo.

—No, voy a sentarme aquí a la fresca.

—Como quieras.

Se quitó la guerrera y la gorra, se arremangó la camisa, echó un pito y quedó sentado con el pensamiento a mil leguas de viaje submarino. A su mujer le extrañó aquella actitud caída de Manuel y quedó observándolo, bajo la parra, con los brazos cruzados y los ojos pesquisitivos.

Plinio no parecía darse cuenta de aquella presencia. Algo embobinaba en su cabeza que lo tenía ausente. Tal vez el cansancio

le impedía hilar con más rapidez. Fumaba muy despacio, cerraba los ojos al echar el humo y a veces parecía hablar solo.

Hasta pasado un buen rato no reparó, o hizo como que no reparó, en su mujer.

—¿Qué haces ahí, contraria? —le preguntó sin mirarla.

—Desde luego, hijo mío, estás como una regadera. Te parece que hablando solo y componiendo más gestos que un orate… Te digo. Contigo acaba la criminalidad.

—Anda, cansina, vete con las vecinas a ver si arregláis el pueblo.

Y la mujer, sin más reparos, salió meneando la cabeza.

Al cabo de un rato, *Plinio* se levantó y buscó en el bolsillo de la guerrera que había dejado colgada en una silla algo apartada. Sacó un papel, se caló los lentes y leyó con pausa bajo la bombilla. Quedó luego con la hoja entre las manos mirando al frente. Dio un paseíllo muy despacio y volvió junto a la silla. Guardó las gafas y el papel. De nuevo empezó a dar paseos con las manos atrás. Colgadas del cinturón del pantalón, sobre los riñones, llevaba las esposas niqueladas.

«Adolfo García, Adolfo García», repetía, mirando al suelo.

¿Dónde había oído él aquel nombre que estaba en su lista de «rubias»? Lo había oído otras veces referido al caso de las Sabinas. ¿Sería la arterieesclerosis? ¿Dónde había oído él aquel nombre? «Adolfo García, Adolfo García». Juraría que la última vez que lo oyó fue aquella noche después de salir de su despacho. Aquella noche, después de apuntar en su despacho que el chófer de la «rubia» que conducía el Rosario, era Adolfo García. ¿Lo dijo la *Monje*? ¿O fue el *Monje*? En aquella sesión en el portal de la casa de los *Monje*, de alguna manera había sonado el nombre de Adolfo García.

De pronto le dio un arrebato y con toda precipitación se puso la guerrera, se ciñó el correaje, caló la gorra y salió.

—¿Pero te vas otra vez, Manuel?

—Vuelvo al *contao*.

Y salió apretando.

—Este hombre se va a volver loco, Dios mío. Si es mucha faena para él. Si el pobre ya no está para tantos trotes… Te digo que… —rezongó la mujer.

Calle adelante, bajo las luces, se veía a *Plinio* alpear a una marcha más acelerada que de costumbre.

Un buen rato después paraba junto a la puerta de los *Monje*, en la calle de Don Quijote.

Era ya muy tarde y no pasaba nadie. La casa estaba totalmente oscura. Tomó el llamador y cuando iba a golpear presintió una sombra en el callejón inmediato. Dejó caer con tiento la aldaba, sin que golpease, y echó a correr hasta el callejón.

La sombra resultó ser un hombre que, sorprendido, corrió un poco y acabó ocultándose en el hueco de una puerta.

Plinio fue hasta allí.

Como suponía, era Bolado. Estaba pegado a la puerta, con las manos sobre el pecho.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué hay, Jefe? —respondió con voz alterada.

—¿Qué haces aquí?

—Vigilar.

—¿Vigilar, el qué?

—No sé. Espero que pase algo. Que la traigan.

Salió hasta la acera y sacó su cajetilla de rubio.

—¿Qué le dijeron los padres de Clotilde? —preguntó ya con naturalidad.

—Nada, suponen lo mismo que tú.

—¿Por qué me lo ocultaron?

—Ya sabes cómo son. Tenían la esperanza de que todo se arreglase sin escándalo.

—Ya. Y meterme gato por liebre.

—No seas así. ¿Qué culpa tiene la pobre chica?

—Sí, pero yo hay cosas por las que no paso, tenga la culpa o no.

—Anda, siéntate aquí —le dijo *Plinio* señalando el bordillo de la malísima acera—. Qué antiguo eres, Bolado.

—Cada uno es como es. Y todos preferimos que en nuestra comida nadie haya metido el moje antes que nosotros… Y si eso pasa con la comida —añadió muy cargado de razón— cómo no va a pasar con la mujer propia… ¿O es que a usted le hubiera gustado casarse con una ya pasada por la piedra?

—… Bueno, dejemos eso.

—*Dejao* está.

—Oye… ¿A ti te habló Clotilde alguna vez de un tal Adolfo García?

—¿Adolfo García?… Sí, hombre, sí; es ese *chalao* de las Caballera, que en tiempos pretendía a Clotilde.

—Ah, ya…

—Se puso tan *pesao* que tuvieron que avisar a la Guardia Civil. Eso fue hace tres o cuatro años.

—Pero yo no lo conozco, o creo que no lo conozco.

—Es uno muy palidete, que mira así como de reojo y suele ir mucho al bar Juanito.

—No caigo.

—Cuando era *soldao*, en Carabanchel, tuvieron que llevarlo a un manicomio. Desde hace tiempo parece más tranquilo, pero según la cuenta dice muchas chorradas.

—¿Y por dónde viven éstos?

—Son de Pedro Muñoz, pero llevan aquí desde la guerra, según dicen. Y yo creo que viven por la calle Mayor, muy cerquita del canal, en una casa nueva.

—¿Y a qué se dedican?

—Tienen viñas y hacen portes pequeños… ¡Coño!, ése que le dio hoy el ataque en el Ayuntamiento es el que les lleva la furgoneta de los portes.

—Ya.

—¿Es que sospecha usted algo?

—No. Pero que tus suegros me han mentado ese nombre y no me acordaba a cuento de qué.

—Es un *chalao*… Ése no creo que sea capaz más que de mirar a las mozas desde largo y luego pasearles la calle. O, a lo más, escribirles cartas.

Al cabo de un rato de charla, *Plinio* consiguió que Bolado marchase a dormir y él volvió a su casa, no más tranquilo que salió.

En la puerta de su casa ya no quedaban más que «sus» mujeres, que lo aguardaban.

—Siéntate un poquito aquí con nosotras, hombre —le dijo su hija.

Manuel, sin decir nada, se sentó en una de las sillas que las vecinas dejaron vacías.

Y hablaron de cosas pequeñas y de reír. Pero *Plinio* seguía dándole vueltas a la cabeza: «Adolfo García, Adolfo García, Adolfo García».

—¿Pero qué entredice usted, padre? —le preguntó la hija al oírle musitar.

«Otra vez, antes, he oído yo este nombre de Adolfo García. ¿Dónde ha sido?».

En un descanso de la conversación, deshilada de por sí, *Plinio* se levantó y empezó a dar paseíllos cortos por las carrilladas, ante su mujer e hija, que seguían sentadas.

—Padre no se puede dormir —comentó la hija en voz baja.

—Ya lo veo, ya.

—Va a pasar la noche del siglo.

—¡Qué ganas tengo de que acabe todo este lío!

—Madre, se me está ocurriendo una cosa.

—¿Qué?

—Sacarle un cafetillo con leche, que ya sabe que le gusta antes de acostarse, y echarle una pastilleja de ésas para dormir que le mandaron a usted cuando los insomnios.

—Muy bien *pensao*, pero échale media nada más, que si no se despierta mañana a media tarde.

—Muy bien.

—Manuel, ¿no te acuestas?

—Sí, en seguida.

—¿Te preparo el cafetillo con leche?

—Sí.

—Anda, hija, hazle el café a tu padre.

«Dónde he oído yo este nombre, Dios mío… A mí no se me olvida casi nada, ¿por qué me ocurre esto?».

—Hale, vamos dentro, que ya es muy tarde —le pidió su mujer al tiempo que entraba las sillas.

—No tengo más remedio que despertar a don Lotario —dijo de pronto.

—¿Pero es que te vas a ir otra vez, Manuel?

—No, es para preguntarle una cosa que deseo saber.

—Déjalo para mañana.

—No, hasta que no lo sepa, no duermo.

—Aquí tiene usted el café, padre.

Plinio lo movió con aire distraído y empezó a dar sorbitos.

Madre e hija se miraron. La mujer con cara un poco de guasa. La hija apretando los labios y vigilando de reojo si el guardia apuraba la taza. Cuando concluyó la toma, se limpió con el dorso de la mano.

—Estoy pensando que a lo mejor está don Lotario todavía en el Casino… No han dado las dos.

—Prueba a ver. Mejor que despertar a aquellas gentes.

—Oye, Perona —se le oía decir al teléfono—. ¿Está ahí don Lotario?

—Está con Braulio, esperándole desde las once de la noche.

—Dile que se ponga.

—Le advierto, Manuel, que Braulio ha estado *sembrao* contando cosas de la guerra.

—Me lo figuro.

—Ha sido troncharse.

—Ya me contarás. Que se ponga don Lotario.

—¿Pero dónde paras, Manuel?, que nos estamos cayendo de sueño —sonó la voz del albéitar.

—Menos cuento, que ya sé que Braulio ha echado un buen discurso.

—Sí… Pero esperándote.

—Oiga usted: ¿le suena que hayamos mentado estos días a un tal Adolfo García Caballero?

—Ahora que lo dices… Me suena, pero no sé de dónde ni de qué.

—Igual me pasa a mí. Bueno, pues haga usted memoria para mañana —yo ya estoy en casa— y me lo dice.

—¿Te urge mucho?

—Hombre, me gustaría localizarlo cuanto antes.

—Descuida que voy a ver si doy con ese recuerdo.

—Vale. Mañana espero su recuerdo… si brota. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, que descanses… ¿Dices Adolfo García?

—Sí.

Plinio se apartó del teléfono con la boca abiertísima y caidones los párpados.

—Hale, padre, a la camita.

—Hasta mañana, hija mía.

Cuando *Plinio* estaba casi desnudo, sonó el teléfono. Se puso su mujer.

—Manuel, Manuel…

—Está acostándose.

—Es un segundo nada más.

La mujer estaba indecisa. Pero *Plinio* oyó el teléfono y llegaba en calzoncillos, pisando muy blando y esforzándose por abrir los ojos.

—Es don Lotario, Manuel.

—Dígame usted —preguntó reclinando la cabeza sobre el auricular como si fuese una almohada.

—Nada más sentarme me he *acordao*. He consultado mis notas y, en efecto, no me equivoco: Adolfo García es uno de los pretendientes de la Sabina. ¿No te acuerdas que nos lo dijeron aquellas vecinas que viven enfrente?

—Sí… sí…

—¿Algo más?

—Mañana, a las ocho, venga usted… con el coche…

La mujer le tuvo que colgar el auricular. Entre las dos lo acabaron de desnudar y echaron en la cama.

—Creo que hemos hecho muy bien, madre.

—Sí, pobrecico.

Las dos mujeres apagaron las luces de la casa, cerraron bien la puerta de la calle, echaron los gatos al corral y marcharon a la cama. La luna daba sobre el patio de *Plinio* corporeando la parra, la higuera y el pozo. Sonaba un grillo y las estrellas, siempre limpias, se quedaron dueñas absolutas de aquel patinillo rural.

Don Lotario no pudo llegar al día siguiente hasta las nueve de la mañana. La mujer de *Plinio* hacía los desayunos y la hija barría el piso de cemento del patio.

—Buenos días. ¿Y Manuel?

—Durmiendo —dijo la moza.

—¿Durmiendo Manuel a las nueve?

—Sí, don Lotario. El pobre se acostó muertecico, ya sabe usted a qué hora.

—Pero tu padre, aunque se haya acostado una noche, no muerto sino con la autopsia hecha, antes de las ocho ha estado de pie.

—Pues ya ve usted…

—Este Manuel cada día es más joven. Anda, llámalo.

No fue fácil hacer vivo a Manuel. Al hombre le chorrearon los bostezos durante un rato muy largo después de ponerse los

pantalones y calzarse los zapatos. Hasta que no se lavó con agua bien fresquita y se tomó un café doble no volvió en sí.

La mujer y la hija procuraron que no saliese con don Lotario hasta no verlo bien despejado. Después del segundo café, éste con leche y churros, y de encender el pito, ya fue otro hombre. Se le notó en la cara el momento en que las ideas y recuerdos volvieron a su cerebro. Los ojos tomaron su brillo habitual y el gesto el semeje de siempre. Se presentó en el patio hecho un hombre.

—Buenos días, don Lotario.

—La primera vez en mi vida que te veo levantarte tan tarde.

—¿Pues qué hora es?

—Las nueve, largas.

—Qué barbaridad. Pues vamos, que hay faena.

Y luego de darle las últimas chupadas al cigarro marcharon a la calle.

—Me he notado yo esta noche un sueño muy pesado… Ya va estando uno muy viejo, coño.

—Pero cuanto más viejo, menos se duerme. Es la ley.

—Pues estaré más joven.

—Eso sería fenómeno. Bueno, ¿dónde vamos?

—A ver cómo está de su ataque de epilepsia el Rosario.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí. Calle de los Carros. Al principio. En marcha.

—Pues en marcha… ¿Tienes luz potente sobre el caso?

—Tengo reflejos nada más.

—Pues me valen. Como un cohete a la calle de los Carros. Tirando.

—Tirando, maestro.

De camino le explicó *Plinio* a don Lotario sus diligencias monjiles de la noche anterior, conversación con la sombra Bolado y su leve esperanza de que el Adolfo García, pretendiente juntamente de la Sabina Rodrigo y de la Clotilde Monje, pudiera ser la clave de aquel laberinto de raptos mujeriles.

—Le digo a usted, don Lotario, que como me falle este palpito (que dicho sea de verdad no es muy elocuente), me voy a quedar tan limpio como estaba al principio… ¿Usted conoce a ese Adolfo García Caballero?

—Al padre, sí, pero del hijo no me acuerdo. Claro que uno no se fija mucho en los jóvenes.

—Me pasa lo mismo. Tengo una vaga idea, pero temo confundirlo con otro que, si no recuerdo mal, es sastre.

Al principio de la calle de los Carros casi esquina a la de Oriente había un casutín con portada verde, barda bajísima y una ventanuca de tronera. Ni la cal ni el temple habían posado sobre aquel tapial hacía muchos años. Según las referencias vivía allí Rosario el epiléptico, chófer y furgonetero de Adolfo García Caballero, hijo de la Caballera.

No hizo falta llamar porque la portadilla estaba abierta. El patio, muy pequeño, un gran tinajón, macetas sin plantas y una mañana de gatos que salió rauda al oír ruido. Se notaba mucho abandono. Latas oxidadas, papeles viejos y basuras había por todas partes.

—¿Quién hay por aquí? —gritó *Plinio*.

Nadie contestó.

—¿Quién hay por aquí? —gritó el veterinario poniéndose las manos de bocina.

Respondió parejo silencio.

Sin embargo, alguien había, porque de la puerta de la cocina, cubierta con una cortina de arpillera, salía humo de fritanga. Fritanga de aceite quemado que olía a demonios.

Plinio levantó la cortina de saco. La cocina era una nube de humo de aceite chicharrón. Reclinada sobre el fuego bajo con chimenea de campana, una mujer muy vieja, defendiéndose como podía de la jumera, revolvía algo en una sartén. De luto hasta los pies, con un pañuelo del mismo color hecho gorro, tosía y carraspeaba mientras movía el cucharón, sin advertir voces ni presencias.

—¡Hermana! —le gritó *Plinio* con tal voz que la que guisaba, que era sorda mineral, como si hubiera oído un ruidete volvió la cabeza lentamente y miró hacia la puerta con los ojos destripados por el humo, la boca abierta y sin la más remota señal de dientes ni labios.

Tampoco debía de estar bien de ojos la pobre vieja, porque miraba inexpresiva, sin acusar el menor recibo. *Plinio* pasó, tosiendo también y se le plantó delante.

—Hermana, ¿no me ve?

—¿Qué quieres, qué quieres? —chicleó al fin con voz sumida.

—Hablar con usted —le voceó junto al oído.

—¿Hablar?… Pues habla.

—Pero salgamos al patio, que aquí hace mucho humo.

—¿Sí?

—Pues claro que hay humo. Menuda zorrera.

—Bueno. Pues sí lo habrá, cuando tú lo dices.

Y temblando, apartó la sartén, donde se carbonizaba un trozo de tocino. *Plinio* la ayudó a levantarse de la silla, propósito que no consiguió la vieja al primer intento, y la sacó hasta el patio.

—¿Quién eres tú? —preguntó la vieja al Jefe tocándole la guerrera.

—Un policía.

—¡Ah! ¿Y éste?

—Otro policía.

—Ah… Pues a simple vista me pareció el veterinario. ¿Y qué queríais?

—Ver a Rosario.

—Rosario no vive aquí. Es mi nieto. Pero no vive aquí desde hace meses.

—¿Pues dónde vive?

—En eso que llaman la frontera.

—Ah, ya.

—¿Qué es eso de la frontera? —preguntó don Lotario al Jefe en voz más baja.

—La zona donde están las casas de furcias —respondió, también a voces, como si siguiera con la vieja.

—Eso, eso, en una casa de putas vive.

—¿En cuál?

—En la de *la Regalito*.

—¿Quién es *la Regalito*?

—¿Y tú eres guardia y no la conoces?

—Debe de ser nueva.

—De hace unos meses. No es casa de pendones de carrera. Dice mi nieto que allí sólo barajan putas caseras. Muy de tapadillo, sabes. Rosario es chófer, pero vive allí para cubrir el tráfico.

—Pero ¿quién es *la Regalito*?

—Una andaluza con gafas, muy culona, que está de encargada, porque la dueña, dueña, aunque no aparece, pero gobierna, es *la Mirla*. ¿Sabes quién te digo? Braulia *la Mirla*… Que siempre ha sido muy jodedora ella. Y lo debía de hacer muy bien la mujer, porque hay que ver qué parroquia tuvo… Y ahora, como ya es vieja, pues que se dedica al cultivo de las ajenas. Es muy lista *la Mirla*. Y que tiene muchos cuartos, dice mi Rosario… Sí, y mi Rosario también gana cuartos. Fíjate que me va a comprar un hornillo de petróleo.

—Qué tío rumboso —masculló don Lotario.

Plinio se había quedado tan perplejo que ya ni preguntaba.

—¿Qué te pasa, Manuel? —le preguntó el «vete» en voz normal.

—Que se cree uno listísimo y no se entera de nada… La *Mirla* tiene una casa y yo sin enterarme.

—Tiene dos.

—Ya, ya.

—Tus guardias, que no te informan.

—Alguien estará chupando de ahí…

—Así que me regale el hornillo de petróleo, por lo que tú dices —seguía la abuela—, yo sigo con el fuego de cepas, pero sólo para calentarme, ¿tú me entiendes? Que guisar, guisaré en mi hornillo. Y también he *comprao* dos sábanas. A mí no me gusta mucho el olor

del petróleo, pero se guisa mejor. Cuando serví en casa de doña Liria, me regaló otras dos sábanas. Un poco *pieceás*, eso es verdad, pero en buen uso. Lo peor del hornillo de petróleo es que hay que echarle petróleo, pero ha dicho mi Rosario que me lo va a traer él. Pues yo estaba en que usted era el veterinario. Es que claro, no veo bien. Pero ahora caigo en que el veterinario se murió ya. La cabeza también me falla mucho.

—Ya se nota —dijo don Lotario muy serio.

—Me falla mucho. Muchas veces creo que no me meo y sí me meo. Y creo que uno no se ha muerto y sí se ha muerto.

—Y otras veces cree usted que uno se ha muerto, y no se ha muerto —le voceó *Plinio*.

—No, eso no me pasa nunca. Cuando creo que se ha muerto, es que se ha muerto, y cuando creo que no se ha muerto, a lo mejor se ha muerto… Pues sí, hace ya dos años o tres que me iba a regalar el hornillo de petróleo, pero se le olvida los días que viene… Y tú, policía, ¿cómo te llamas?

—Manuel González.

—Ah, sí. El que era un buen policía era *Plinio*. Pero ése también se murió cuando la guerra de los alemanes. Lo trajeron de Rusia en una caja muy rara.

Los dos de la justicia empezaron a reírse muchísimo.

—No os riáis que la caja era muy rara. Fue mucho gentío. Y el muerto estuvo dos noches presentado en la Casa del Pueblo, que estaba ahí en la casa de doña Rita. ¿No sabéis? Fue un entierro muy *sonao*. Fueron todos los milicianos con sus monos y sus escopetas. Y encima de la caja le pusieron, decían, una cruz de hierro, pero yo sólo vi una cruz muy chiquita con la hoz y el martillo… A mi hijo también lo mataron en la guerra y lo pusieron en la Casa del Pueblo —dijo con tono muy grave—, el padre de Rosario, ¿sabes? Pero la caja de mi hijo no era tan rara como la de *Plinio*… Ése sí que me hubiera *regalao* al *contao* un hornillo de petróleo…

Y cayó una lágrima por las mejillas de la abuela.

—Ése sí que me habría traído el hornillo pronto…

—Bueno, abuela, siga usted con su frito que nos vamos —le dijo *Plinio* dándole una palmadita en el hombro.

—Bueno, andad con Dios… y tened cuidado con los autos.

Don Lotario y *Plinio*, antes de arrancar al «Seiscientos», pasaron un buen ratillo comentando las palabras de la vieja.

—Total, que somos un par de fiambres —dijo el veterinario metiéndole la primera al coche.

—Entonces, Manuel, ¿vamos a casa de *la Regalito*?

—Yo no sé dónde está… Vamos a casa de la Olga que nos informe.

—Pues vamos… Como somos de la justicia, nadie pensará mal. Y si fuésemos jóvenes, con el conqui de la poli podíamos armar muchas francisquillas imponentes.

—A mí ya sabe usted que nunca me gustaron las del oficio.

—Hombre, algunas caseras no están mal.

—Ni caseras ni callejeras. Nunca me tiró la ingle de pago.

Como los puteros cualificados, llegaron a la casa de la Olga, pararon el coche ante la portada de hierro, y dio don Lotario dos golpes suaves de claxon. En seguida se movió una persiana y al poco se abrió la puerta corredera de hierro con gran sigilo. Quien abría era *la Macedonia*, horizontal de viejos servicios pobretones en Tomelloso, que ahora hacía de guardesa de lechos y cobradora de casquetes. Gorda, pelirroja y con gafas negras, hablaba con un desparpajo graciosísimo. Nunca decía que era del pueblo sino de Muñera y de oficio comadrona, pero que la echaron de allí porque quiso sacar una criatura con un hurón, en vez de fórceps.

La Macedonia, al ver a los del Ayuntamiento, sacó una risa de pez muy indecisa. De todas formas, una vez que entró el «Seiscientos», cerró la portada con prudencia, como si de clientes

corrientes se tratase, y les pasó a la gran pieza, donde «hacía salón» el meretricio y putañería, caseras de colegiación acreditada.

—Menos mal que se le ve por esta casa, Jefe —dijo, ya algo más encajada.

Les ofreció asiento y una copa, que los hombres no aceptaron, y sentándose a su vez quedó en espera de que los visitantes dijesen su mandado.

—Oye —rompió *Plinio*—, ¿dónde está la casa de *la Regalito*?

—Ahí, en la calle de la Alegría. Junto al corralazo de Funesto Machote, el de las lentejas.

—Ya. ¿Y desde cuándo está abierta?

—Hace muy poquito. Pero debe de estar bien amarra. Debe de untar muy a gusto al vecindario, que yo lo sé cierto, con vestidos, puros y garrafas de mistela, porque todos parecen taparla. Aparte de que no quiero hablar, pero me parece que alguien gordo protege y se hace el longuis… Porque no hay derecho que a todas las casas acreditadas del pueblo nos hagan cerrar a las ocho de la noche y ésa, por su linda cara, tenga tráfico hasta que amañana… La Olga, que por cierto está en Benidorm, a un concejal amiguete ha llegado inclusive a ofrecerle veinte mil duros para que paguen el fichaje de un futbolista, como ahora los alcaldes están tan *animaos* con el fútbol. Pero nada, no han querido ni por el fichaje. Que como ella dice, dejándonos abrir nada más que hasta las doce de la noche, eso lo sacamos en dos *patás*. Sin embargo, a *la Regalito*, Jefe, sin pagar fichaje ni *ná* que yo sepa, pues con los cierres sin echar toda la noche. Y eso no es decente, Jefe, porque la mocedad se muere de ganas. ¿Ustedes saben los batallones que vienen por estas casas desde que anochece? Y al decirles que no podemos abrir después de las ocho empiezan a berrear e incluso a tirar piedras. «¡Olga, Olga!», gritan. «¿Es que quieres que nos hagamos maricones? ¡Abre, que nos llega el licor a las patillas!». Ustedes no saben. Vocean como los soldados cercados en la guerra… Los hombres necesitan verterse como sea y hay que tenerles dispuestas las cosas

para las horas Ubres… Que hasta las ocho sólo pueden venir los señoritos, como siempre. Y en la fornicación, que es un bien general, debe haber democracia libre, porque si no… va a haber que hacerlo por correspondencia… El otro día me dijo un pobre muchacho que sólo puede venir los domingos, que soñaba con majanos de tetas y bosques de pelo. Ya digo, una lástima. A ver si usted, Manuel, que es muy corriente, pone influencia para deshacer esta injusticia. Que no haya favoritismos, y que trabajemos a todo gas, porque si no la gente joven va a acabar robando mozas, como ahora ha hecho alguno…

—¿Y quién es la dueña de la casa de *la Regalito*?

—No lo sé. Dicen que *la Mirla*, pero yo no lo sé. Ahí entran menores y ella se lleva la mejor fruta del pueblo.

—¿Y el Rosario qué hace allí?

—De recadero… para poner el tocadiscos… A ciencia cierta, no lo sé.

—Muy bien, *Macedonia*. Gracias por tu información.

—¿De verdad no quieren ustedes una copita?

—No, ya vendremos más despacio.

—Pues hale, a mandar.

Sacaron el «Seiscientos», previa apertura de la puerta corredera, y salieron para la calle de la Alegría.

La casa de *la Regalito* era, al menos por fuera, de menos apariencia que la de la Olga. No había puerta para coches, pero el interior, aunque más pequeño, estaba mejor puesto. Por un estilo del cuartillejo de la misma dueña situado junto a Cinco Casas. Se notaba que había intervenido la misma mano —que no podía ser la de *la Mirla*— en la decoración de la mancebía.

La Regalito, que se levantó a abrirles con cara de sueño, ni era gorda ni tenía gafas como dijo la abuela del Rosario. En este punto debía de estar tan trascordada como en lo tocante a guerras,

muertos y vivos. *La Regalito*, totalmente nueva en la plaza, toma del frasco —como dijo luego don Lotario—, era venezolana. Tenía una pizca de india correosa y tristísima. Apenas hablaba y parecía escuchar por aquellos ojazos de cristal color ala de mosca que miraban fijos sin expresión alguna. Se cubría la mujer con una bata celeste muy larga y recibió a los visitantes con seriedad burocrática. Los aposentó en un gabinetillo de cales, alacenas, muebles castellanos y lámpara de hierro. Sin pedirles parecer les sirvió una copita de anís dulce. La venezolana *Regalito* tenía pesquis para los gustos de la parroquia. Ella se sirvió otra copa que dejó reposar un buen rato y luego se bebió de un trago, con furia nada pareja a sus ademanes parsimoniosos.

—Veníamos a ver a Rosario, que ayer le dio un ataque en el Ayuntamiento.

—Muy bien.

Pero no se movió. Se hizo un silencio.

—Oye. ¿Quién es la dueña de esta casa?

—Una servidora.

—¿Seguro?

—Seguro, Jefe.

—Me han dicho que no.

—Pues le han dicho mal.

—Bueno, eso ya lo averiguaré cuando importe. Vamos a ver a Rosario —repitió *Plinio* puesto en pie.

—Muy bien.

Y siguió sentada, inmóvil.

—¡Venga, vamos!

—¿Y para qué quieren ustedes ver a Rosario?

—Ya te he dicho que porque está malo y para preguntarle unas cosas.

—Está mejor.

—Bueno, pues vamos.

—Iré yo, si no, a darle el aviso.

Y siguió quieta.

—No, vamos ya.

Y tomándola del brazo la levantó del asiento. Y al echar a andar se dieron cuenta de que andaba de manera rara, vacilante, laxa.

—Está drogada —le dijo don Lotario al oído.

El Jefe hizo un gesto de extrañeza. Y luego también en voz baja:

—¿Drogas en Tomelloso?

La Regalito, que iba delante, perezosamente volvió la cabeza al notar que hablaban entre sí. Y siguió despacio, sin dejar de mirarlos, con la cabeza vuelta.

—Yo decía que esperasen un poco, porque Rosario está en la cama con una chica —aclaró al fin con palabras suaves.

Y se detuvo con cara de lástima.

—No importa, venga. ¿Cuál es el cuarto?

Y levantó un brazo muy lentamente hacia el pasillo largo y penumbroso.

—En la última puerta.

Plinio se adelantó seguido de don Lotario. Probó a abrir. Estaba cerrada. Llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —respondió una voz de mujer con mal tono.

—Abre, es urgente.

—Voy…

Todavía tardaron un poco. Por fin abrió una gorda despeinada y con morro de husmear. *Plinio* empujó la puerta hasta dejarse paso.

A la luz de un ventanuco entreabierto se veía a Rosario el *Sietemachos* en la cama. Mostraba un pijama viejo y en su cara lechal barba de tres días. Barba negra, vertical, alámbrica. Tal vez erizada por temor a la visita que vio encuadrarse en la puerta. Rosario miraba al guardia y al veterinario con sus ojos de botón negro.

La gorda, su concamera, en camisón arrugado, luego de abrir reculó con la mirada borrega y ambas manos sobre el brocal del escote. Quedó pegada a la pared y al aire unas rodillas equinas.

Plinio entró, miró a uno y a otra en silencio y con aire natural, sin decir palabra, se sentó en la cama, junto al Rosario, que se rebulló un poco para dejarle sitio al guardia.

Manuel dominaba la técnica del silencio. «Imponer con el mutis», como decía don Lotario.

Sacó los «Celtas» de servicio y con mucha pausa le colocó un pito entre los labios al Rosario, que lo recibió, dicha sea la verdad, sin entusiasmo alguno y sin desfijar sus ojos del Jefe. Largó otro «Celta» a don Lotario, que aceptó, y otro a la barragana en camisón, que no lo quiso, porque, según se excusó con voz distraída, «no usaba del negro».

Plinio, al dar lumbre al encamado, le tuvo un ratillo el mechero encendido frente al cigarro, mirándole mientras hasta el fondo ultísimo de sus cuévanos. Cuando le dio lumbre y se prendió él mismo, siguió mirándole muy fijo y con aire maestoso le echó el humo en la cara.

«A Manuel no le gustan las chulerías, pero sabe que entre determinado personal dan dominio y aculatan al sospechoso», pensó el albéitar.

En efecto, Rosario el *Sietemachos* bajó los párpados como acosado. *Plinio*, para estrechar el cerco, se recalcó en el asiento y ocupó más colchón. El Rosario, humillado, se torció hacia la pared.

—¡Habla! —le gritó el Jefe cuando nadie lo esperaba.

El Rosario, asustado y con ademán inofensivo como si le hubieran levantado la mano, volvió los ojos entornados hacia la gorda de las rodillas asnales.

Plinio vio que ella le prevenía con mirada fulminativa.

Don Lotario, todo prevenciones, al ver que había estallado la tormenta, entró totalmente en el cuarto y cerró la puerta tras de sí, dejándose fuera a *la Regalito*, que hasta el momento, y entre umbrales, fue una espectadora desvanecida.

—¡Habla, *Sietemachos*! —le insistió el Jefe agarrándole del cuello del pijama.

Y el Rosario empezó a hipar con un tembleque que recordaba su ataque de la noche anterior.

—Él no tiene nada que decir —saltó la gorda incontinente.

—¿Y a ti quién te ha preguntado?

—Es un criado que hace lo que le mandan y cobra.

—¿Qué cobra?

La gorda pareció arrepentida de su demasía.

—Don Lotario, vamos a registrar la habitación de arriba abajo, sin dejar un solo rincón.

La mujer, instintivamente, dio paso hacia el armario de luna, con los brazos un poco alzados.

Plinio la apartó, abrió el armario y empezó a rebuscar entre ropas revueltas y cajas de zapatos. Don Lotario miraba bajo la cama y en la mesilla. Rosario Doraba ya sonoramente con el rostro entre las manos. La gorda, ahora sentada en la cama, nerviosísima, se mordisqueaba un dedo y miraba al suelo.

Plinio dejaba sobre una silla cuanto sacaba de los cajones del armario. Del último sacó una caja de bombones. La abrió:

—Ya está aquí…

Empezó a contar billetes de mil muy nuevos.

—… Y veinte mil. Barato trabajas, macho. Bueno, vístete, que nos vamos todos a la cárcel.

La gorda se levantó con aire de resignación y cogió los pantalones de Rosario. Éste, con la cabeza caída, y ya sin llorar, miraba al embozo y suspiraba afligido.

—¿Dónde estará ahora el Jefe?

—No sé, supongo que en su casa.

—¿Y ellas?… —se arriesgó *Plinio*, que todavía temía que las cosas fueran por otro lado.

Rosario cerró los ojos y tragó saliva, como si al fin le hubiera hecho la pregunta definitiva, la que más temía.

—En el bombo —silabeó al fin.

—¿En qué bombo?

—En el bombo de la viña de Adolfo.

—¿Y *la Mirla*?

—Un momento, Jefe —saltó intrépida la gorda—, *la Mirla* no tiene nada que ver en este negocio. Ni *la Mirla* ni nadie de esta casa… Ni yo, claro, tampoco.

—Tú te conformabas con guardarle los cuartos al Rosario.

La gorda calló.

—Oye una cosa —dijo *Plinio* ya confiado y en plan más natural—, es una curiosidad: ¿cómo os las arreglasteis para robar a la Sabina Rodrigo?

El Rosario pensó un poco y echó un reojo a la gorda, que parecía distraída.

—Muy fácil. La fuimos siguiendo por los paseos de Circunvalación muy despacio. Ella iba muy *mosqueá*. Y cuando vimos que no venía nadie, subimos el coche a la acera para que no pudiera pasar, nos bajamos corriendo… y la metimos en la furgoneta tapándole la boca. Adolfo se quedó con ella detrás. Yo, en el volante, salí hacia el bombo.

—¿Y tú crees que no os vio *la Mirla*, que pasaba por allí?

Rosario, sorprendido por la pregunta, miró a la gorda como interrogando. Ella no se atrevió a decir nada, pero otra vez se le notó cara de susto. La pobre no estaba hecha para el disimulo.

—Ella no tiene nada que ver en este negocio, como le he dicho —repitió en voz baja la gorda y mirando al suelo.

—Yo no digo si tuvo que ver o no. Pregunto si los vio —y le volvió a coger del pijama—, porque sé muy bien que os vio. Os vio y se calló. Mejor dicho, contó las cosas de otra manera. ¿Qué tiene que ver *la Mirla* en esto?

—Fue la única persona que nos vio —aclaró Rosario con gesto de dolor por la presión que le hacía el guardia.

El hombre se esforzaba por aclararse aunque se le notaba muy débil y a veces se le iban los ojos o monosileaba en voz baja.

—¿Y por qué no denunció el caso y además mintió?

La gorda dio un suspiro sonorosísimo, que parecía querer decir: «parece mentira que pregunte usted esas cosas».

—Le pagó Adolfo.

—¿Cuánto?

—No sé, pero más que a mí.

—La *Mirla* siempre alcahueta. De lo propio y de lo ajeno —comentó *Plinio*.

Y la gorda asintió de manera inconsciente.

—Oye otra cosa, ¿y para qué quiere el Adolfo robar mujeres?

Rosario movió la cabeza como dando a entender: «No es para contado».

—El pobre está loco —dijo la gorda, ya más tranquila—, y un loco hace ciento.

—Bueno, ya sé que está loco, pero para qué las quiere.

La gorda no pudo evitar una sotarrisa de ésas que se llaman sardónicas.

—Para poner un club en Madrid —dijo el Rosario como en monólogo.

—¿Cómo? —preguntó *Plinio* en la cima de su asombro.

—Sí, señor, que hay mucho *chalao* —empezó la gorda con el desgarre que debía de serle habitual—. Se le ha *metío* en la cabeza que las mujeres de Tomelloso son las más buenas del mundo y piensa que si consigue una colección bien elegida, y pone una casa con «club Naite» en Madrid, que va a hacer el negocio del siglo. Ya digo, un *chalao*… Lo que pasa es que este pobre está cogido por el Adolfo, que es un miserable, y como no lo tiene *asegurao* ni *ná*, si no lo obedecía lo echaba a la calle y lo dejaba sin comer. Porque ése está loco, pero es el tío más miserable del pueblo. A éste le tiene cuartos dados con recibo. Vamos, que lo tiene totalmente en sus manos. Y Rosario no tenía más remedio que obedecerlo. Eso es todo.

—Qué barbaridad. Conque una casa de furcias y un club en Madrid con mujeres robadas en Tomelloso. ¿Qué le parece a usted,

don Lotario? —preguntó *Plinio*, cuyo asombro lo había convertido en espectador desinteresado del tema—. Desde luego en esta vida no acaba uno nunca de aprender.

—Todo esto parece de manicomio —comentó don Lotario con cara graciosísima.

—No es que parece, es que lo es, señor don Lotario —replicó la gorda, ya en plan amistoso—. Nosotros somos unos pobres que nos hacen una falta espantosa las perras.

—Pero se puede ser pobre y honrado —cortó *Plinio*— y no hacerle el caldo gordo a un loco, aunque sea rico.

—Eso se dice muy presto… Bueno, señor *Plinio* —siguió la gorda ya en plan compadre—, ya que lo sabe usted todo, por Dios le pido que no mueva a este hombre de la cama, porque está, después de lo de ayer, que para mí fue de la impresión, que no se tiene, puede creerme.

—Vale. Concedido. Pero ni moverse de esta casa. Ni moverse, ni recibir visitas. Tú me entiendes, joven. Os llamarán del juzgado, hoy o mañana. Alquiláis un taxi y vais. Procuraré que a éste no lo encierren hasta que esté un poco repuesto… O que lo lleven al hospital.

—Pero si este pobre…

—Este pobre, como tú y *la Mirla*, sois sus cómplices, eso está claro como la luz del día.

La gorda moqueaba.

—Oye… —preguntó *Plinio* como si la idea le viniese de pronto—. ¿Y qué habéis hecho con las dos mozas en el bombo de los Caballero?

—Yo, nadica —dijo el Rosario moviendo la cabeza muy triste.

—Es que si haces algo, te mato. Ya se cuidará él —saltó la gorda, que resultó llamarse Virtudes, y por nombre de oficio, *la Olimpia*.

—Tú, nadica… ¿Y el Jefe Adolfo?

—Ése, no sé.

—Ése, tampoco nadica —respondió la Virtudes muy cargada de razón—, porque yo sé que tiene la cosa muy chiquirrina y le da vergüenza ir con mujeres.

—Mujer —se rió *Plinio*—, por chiquirrina que la tenga, como tú dices, algo podrá hacer el pobre.

—Mire usted… me lo ha dicho una compañera que estuvo de criada en su casa y él quiso trajinarla. Tiene tal menudencia, que por lo visto es propiamente como un ideal de hilo de ésos de Hilaturas Fabra para ojalar. Si su mochalez, como yo digo, debe venir de ahí, de cuando se dio cuenta que era pitifino, que dicen fue cuando el servicio militar. Allí les vio a otros el instrumental corriente y se acomplejó lo indecible. Es natural… Oiga usted, ¿y nos pondrán mucha cárcel?

—No creo.

—Ay, Dios mío… y por tan poco hombre ir a la trena.

Don Lotario, con la mano en el estómago, muy en silencio, eso sí, y con la otra apoyado en el piecero de la cama del Rosario, reía haciendo muchísimos ruidetes con las explicaciones de la Virtudes, alias *la Olimpia*.

—Bendito Dios —dijo al fin, secándose las lágrimas—, y qué mañana más buena estamos pasando.

—Sí, hombre, ustedes de juerga y nosotros al penal —comentó ella con las manos en jarras.

—Bueno. Lo dicho, ¿eh? Sin moverse de casita hasta que yo les avise. Y esto es un favor personal. Nos vamos.

Rosario se volvió a tumbar en la cama y tapada la cabeza con el embozo empezó a llorar con mucho hipo.

—Calla, hermoso, calla —le consoló la Virtudes poniéndole las manos por el sitio de la cabeza.

Sentada ante una mesa, el cigarrillo en la boca y haciendo solitarios, estaba en el salón *la Regalito*, con su cara de ausencia sin retorno. Al ver a los del Ayuntamiento, hizo ademán de levantarse, pero *Plinio* le dijo:

—No te molestes, monería. Sigue con el solitario.

Y ella, con la mayor indiferencia, volvió a sus cartas.

Ya en el coche, *Plinio* guardó en la guantera la caja de billetes, y dijo a don Lotario:

—Vamos primero a por el colaborador Braulio para hacer la descubierta en el bombo de los Caballero. Le va a dar mucho gusto.

—Sí, que anoche con tu ausencia se quedó muy *cabreao*.

—Vaya, vaya, con el Adolfo García. Qué negocios se inventa más originales.

—Adolfo García, alias *el Falín* —dijo don Lotario con la risa tan renovada que no acertaba con el contacto.

—Dice que como una cubilla.

—Como una cubilla de ojalar.

—Qué tamaño más raro.

Encontraron a Braulio preparando las espuertas para la vendimia. En mangas de camisa y las manos mojadas, mandaba más que hacía a dos chicos sobrinos suyos.

—Que está prohibido hacer trabajar a los chicos, Braulio —le dijo el Jefe.

—Pues en lo suyo trabajan, porque como no me dé una locura y me lo gaste *tó* en pelucas, ellos van a ser los herederos.

—Sí, tío —dijo el más pequeño con cara de gusto.

—Tú calla y trabaja, leche, que todavía tengo mucha vida por delante.

—Venimos a que nos acompañes, como colaborador que eres, para dar el golpe final en lo que tú sabes.

—Yo ya no soy colaborador ni puñetas. Tuvimos muy mal empiece. A mí no me da plantón ni tú, que eres mi mejor amigo… Fíjate, me hizo esperar la primera y única novia que tuve… Una hora *ná* más. Y se acabó la historia. No volví a arrimarme a una mujer con miras matrimoniales.

—Parece mentira que siendo tan listo como eres, seas tan terco.

—Ni listo ni terco. Soy cabal.

—Anda, vente, que no vas a ver en tu vida cosa tan buena como la que tenemos preparada.

—Nada, nada, tengo que hacer y no puedo.

—Acércate un momentico —le rogó don Lotario— que te diga lo que es.

Y se lo llevó aparte, y en pocas palabras le contó lo del bombo de Adolfo García.

—Hombre, eso promete —dijo pasándose la mano por la barbilla.

—Ya sabía yo que no ibas a resistir tentación tan fuera de talla — comentó don Lotario.

—Venga —urgió *Plinio* mirando el reloj—, son las once largas.

—Pero Manuel, ¿tú con reloj de muñequera? ¿Cuándo se ha visto en ti semejante lujuria?… ¡Atiza! —añadió—, si parece un higo verde. Qué tío, cómo te estás pasando a los *ye-yés*, o como se diga.

—Venga, venga, que estamos de servicio.

—Bueno, muchachos, seguir con las espuertas que al contao vuelvo. Si acabáis antes, tiráis de la puerta y a comer a vuestra casa.

Se puso la chaqueta colgada en los ladrales de un carro, se aplacó un poco el flequillo canoso, caló la gorra y fue con ellos.

Se detuvieron unos minutos en la puerta del juzgado para que Manuel diese cuenta al juez de cómo iban las cosas. Luego, *Plinio* llamó a Maleza para que les acompañase y tiraron hacia la calle Mayor.

Cuando llegaron ante la puerta, *Plinio* dijo a los demás que esperasen en el coche para no hacer demasiado espectáculo. Llamó, y una mujer se asomó por la ventana. Habló *Plinio* con ella y en seguida volvió al coche.

—Que no está. Vamos al bombo.

—¿Eso está por allí, por Záncara?

—Sí, antes de llegar.

—Anda, Manuel, cuéntales a éstos lo del pizarrín del Caballero.

—Oye, sí, seguir, que eso es troncharse —animó Braulio.

Plinio narró con pelos y señales toda la diligencia de aquella mañana por la frontera, haciendo, claro está, especial hincapié en el nunca visto negocio que pensaba Adolfo García con la copericia del Rosario y la Virtudes, amén del chantaje de *la Mirla*, y concluir con sabrosísimas prosas sobre la pililísima de aquel hombre de tan desusadas empresas financieras.

Carretera de Záncara adelante, entre risas y choteos solemnísimos, dejaron atrás el bombo de Menora, Pinilla, la casa de don Sergio, Guadiela, Sagastizábal, el Coto, Bodega del Sevillano, Casa de los Árboles, el Carril de la Moscarda (que lleva a Escarramán y Pocopán). Lejos: Corcóles. Aquél es campo raso, de llanura sin pliegues, muelas, gajos, motas y ni siquiera tetas que alzasen una cuarta el nivel del camino y de sus viñas aledañas. Por allí los autos corrían de verdad, sin más temor que la estrechez de la carretera.

—Me ha dicho que no está el Adolfo en casa. De modo que vamos a por las chicas que tiempo hay de atraparlo.

—Salvo que esté aquí cuidando el averío —siguió Braulio.

—Ojalá.

—Maestro albéitar, para ir al bombo de los Caballero tiene usted que meterse por el camino que vamos a encontrar en seguida, a la derecha, porque si no vamos a tener que caminar más que el andarín Valero, aquél que decía haber recorrido España, Portugal y parte de Francia a golpe de borceguí —indicó *el filósofo*.

Y por el camino dicho terció don Lotario. Como a dos kilómetros se distinguía el bombo de los Caballero, que era de los más grandes y antiguos del término. Siguieron a toda marcha.

—En la puerta del bombo hay un tío y un Seat «Ochocientos» —dijo Maleza que tenía la vista muy joven.

—¿Y lo ves con esta polvareda? —le preguntó *Plinio*.

—Lo vi antes de empezar la polvareda.

—¡Qué tío!

—Atiza —siguió Maleza aguzando la vista y con la mano sobre la visera—, el Adolfo ese ha montado en el coche y quiere huir entre las cepas. ¡Si será *chalao*!

—Toma los gemelos que están en la guantera, Manuel.

—Pero si ya llegamos, qué gemelos ni que…

Frenó el «vete» junto al bombo y salieron todos vomitados del «Seiscientos». El «Ochocientos», a más velocidad de la que podía esperarse, caminaba entre dos hilos de cepas, rompiendo pámpanos, sarmientos y todo el follaje vínico.

—Si no puede correr, vamos a por él —gritó Maleza que era el más ágil.

Y echó a toda pierna entre los mismos hilos que avanzaba el coche Sin duda, al ver que lo seguía el cabo, apretó más la marcha, y antes de lo que todos pensaban chocó con una cepa y dio una vuelta de campana.

—Se jodió el minicolita —exclamó Braulio.

Pero no se jodió, porque antes que llegase Maleza a donde el coche estaba, el hombre salió de mala manera y siguió corriendo en la misma dirección que llevaba montado.

—Atiza, si se arde el coche —dijo *Plinio*.

En efecto, una humareda se elevaba del motor y sin duda debía haber llamas, porque en seguida se oyó una gran explosión y fue hoguera visible. El que corría, al oír la explosión, volvió la cabeza, tropezó al poco con una cepa y cayó de bruces. Todavía se levantó antes que le diese alcance Maleza, pero había perdido tanto terreno, que en un *sprint* final el cabo lo agarró por los faldones de la chaqueta. Y debió haber su poco de lucha, pues les pareció a los observadores que forcejeaban, pero tan breve, que en seguida apreciaron que Adolfo y el cabo venían emparejados en dirección al bombo.

—Vaya, hombre, la primera vez en mi vida que he visto correr a Maleza —dijo *Plinio* con cara de satisfacción—. Y vamos al bombo a ver qué hacen estas pobres mozas.

—Este delito —dijo Braulio— debe llamarse: «intento de comercio de blancas».

—De morenas —aclaró don Lotario, que estaba impaciente por ver lo que había en el bombo de los Caballero.

La puerta, pintada de verde —era uno de los pocos bombos cerrados—, tenía la llave echada. Su único respiradero era por el agujero hecho sobre la cúpula para que saliera el humo.

—A ver si éste tiene las llaves.

Esperaron unos segundos a que llegaran Maleza y el apresado. Venían despacio, jadeantes, empapados de sudor. El Adolfo, enterragado y con una cortadura larga, pero poco profunda, en la frente, de la que salía alguna sangre. *Plinio* lo reconoció en seguida. Era un jovencillo estrecho de cara y cuerpo. También era palidillo, como dijo el Bolado, y miraba con ojos que de pronto parecían inocentes. Venía el hombre muy contrito, derrotado.

Plinio le puso las esposas y registró los bolsillos. Llevaba una pistola pequeña y la llave grande del bombo.

—Tenlo ahí, Maleza.

Los otros dos siguieron a *Plinio* hasta el bombo. Metió la llave y abrió con dos vueltas.

En el fondo, deslumbradas por la luz del sol, abrazadas, llenas de temor, sucias, despeinadas y muy pálidas, estaban las dos chicas. La Sabina y la Clotilde.

—No tengáis miedo, muchachas —les dijo *Plinio* sonriendo.

—¡Si es Manuel, si es Manuel! —gritó la Sabina, llorando y yéndose a abrazarlo.

—¡Si es *Plinio, Plinio* y don Lotario! —gritaba entre lloros y gozos la Clotilde, echándose a su vez a los brazos del veterinario.

—Venga, venga, señoritas, tranquilizaros. Lo importante es que estáis buenas y sanas —les recomendaba Braulio, que estaba entre ambas parejas sin abrazo que llevarse a los hombros.

Las pobres lloraban sobre sus salvadores con histérica mezcla de risas y lágrimas. En el suelo de tierra del bombo había sacas de

paja, mantas, restos de comida y varias velas metidas en botellas. «Las chicas no olían bien, ésa es la verdad —como luego comentó Braulio—. Llevaban muchos días sin lavarse las carnestolendas y sabido es que la mujer se deteriora en seguida y aguanta poco sin agua. Le pasa igual que al perejil. El hombre resiste más la naturaleza. Pero la hembra tiene muchos pudrideros».

Las pobres, después de los abrazos, respiraron con ansia, pero en seguida que repararon en Adolfo, que tenía a prudente distancia y maniatado el cabo Maleza, como puestas de acuerdo, pugnaron por ir hacia él. Las sujetaron sus libertadores, y a falta de bofetadas, empezaron a decirle al pobre todos los tacos maestros, de madre, padre y partes pudendas, desvíos y cuernos que encierre el lujurioso vocabulario español a la hora de degradar al prójimo.

Como no cabían todos en el «Seiscientos», mandó *Plinio* a don Lotario que llevase primeramente a Maleza y al Adolfo García Caballero, y tornase en seguida a por ellos y las mujeres, pues le parecía imprudencia dejar allí al cabo con el detenido, no fuese a ocurrir cualquier cosa mala. Total, tardarían poco. Dijo asimismo a Maleza que mandasen aviso a la casa de las dos Sabinas de que estaban sanas y cerca.

Cuando marchó el coche se sentaron los cuatro sobre una piedra que había junto al bombo.

Lejos el «Ochocientos» seguía echando humo.

Las mozas no tardaron en calmarse y pudieron responder a las preguntas explorativas de *Plinio*. Y comprobó el Jefe que la Sabina Rodrigo, a pesar del largo encierro y de la cochambre que la cubría, no había perdido su salvaje hermosura y, por supuesto, conservaba aquel vello en las piernas que tanto le removía. La Clotilde, de mejor ver por la brevedad de su clausura bombil, también dejaba entrever su risa picante y el guiñar de ojos prometedores, amén de las demás barandas del pecho y de la espalda, que tan en desacuerdo estaban con la severa regla y estética de sus padres, abuelos y aun se dice que bisabuelos *Monje*.

La Sabina decía:

—A mí me trajo aquí, me encerró y sólo venía a traerme la comida. Él, la mayor parte del día, se la pasaba rondando el bombo, que yo lo oía a lo mejor toser o mover las piedras. Pero ni entraba ni me decía nada. Yo, claro, pensé que me quería para… otra cosa. Pero no me dijo esta boca es mía. Ni de eso, ni nada.

—Y conmigo igual —abundó la Clotilde.

—Bueno, es que si estando las dos intenta algo, lo enterramos ahí… Él nos tenía miedo. Desde que trajo a ésta nunca venía solo. Venía con el Rosario, ése que le lleva la furgoneta.

—Oye, Sabina, ¿y cómo fue posible que te pudiera robar en tu misma calle y a pleno día?

—Manuel, a mí no me cogieron en la calle. Yo iba por los Paseos y al pasar ante la portada del cercado de estos Caballero, que está en la esquina antes de llegar a mi casa, la Braulia *la Mirla*, que estaba en la puerta, me llamó.

—Ángela María… Eso sí…

—Y que me tenía que dar una noticia muy triste… Algo así como si se me hubiera muerto algún familiar. Claro, como ella es vecina, aunque ya sabemos todo lo que es, ante una cosa así yo entré. Cerró un poco la portada y apenas empezamos a hablar, salieron Rosario y el sinvergüenza ese de una rubia que había allí y, ayudados por *la Mirla*, me encerraron en ella y trajeron aquí.

—¿La *Mirla* también?

—No, ella se quedó.

—No podía ser de otra manera —asintió *Plinio* mirando a Braulio.

—¿Y el Rosario tampoco intentó nada?

—No —dijeron ambas—, nunca venía solo.

—¿Y no os dijeron para qué os querían? —preguntó ahora *Plinio*.

—Sólo que en viniendo otras nos llevarían a Madrid.

—Me lo juran y no lo creo —rezó Braulio—. Y es que la maldad humana es infinita.

—… Y la bondad, también es infinita —le corrigió la Clotilde con mucho seso.

—Eso está muy bien dicho…

Por la carretera vieron que llegaba, hasta el comienzo del camino, el «Seiscientos» de don Lotario.

El rapto de las Sabinas había llegado a su feliz término. Sin embargo, el caso del vizcaíno fingido y de las suecas lesbianas no tuvo su conclusión, estupenda por cierto, hasta bien entrado octubre. Cuando totalmente aclarado y publicado por toda la prensa española y extranjera el modo que tuvo la sueca rubia de matar a la morena, según propia declaración ante la policía de su país (que no la arrastró, como todos supusieron, sino que en un ataque de celos la arrojó del coche cuando iban a toda marcha). El retrato de *Plinio* apareció hasta en las revistas que siempre hablan de las bodas y los divorcios de los famosos, amén de la Soraya y de otros seres ficticios. Lo que nunca aclararon los suecos fue lo del saco de plástico.

Ante tan universal fama, el Gobierno español concedió a Manuel González, alias *Plinio*, la cruz del mérito policial, que le entregó en un homenaje popular el entonces gobernador civil de Ciudad Real, el mejor que ha tenido la provincia, José María del Moral, amén del título de comisario honorario, según rezaba en un papel grandísimo y color barquillo, que tenía muchas orlas, letras de colores y símbolos de la justicia.

El Jefe, siempre acompañado de don Lotario, cuando ante más de quinientos comensales, en el salón grande del Casino de Tomelloso, se levantó a hablar, mejor dicho a leer, dijo un párrafo que este modesto cronista no quiere dejar sin darle espacio en la relación de sus hechos, nunca olvidaderos por los hijos de Tomelloso. Y era así: «Al fin y al cabo, señores, las mayores injusticias del mundo no las cometen los malhechores que solemos apresar los policías de

cualquier cuerpo. Estos malhechores suelen ser pobres enfermos, seres maltratados por la naturaleza; o miserables con hambre de generaciones, que abandonó esta sociedad tan primitiva que todavía padecemos. Las mayores injusticias del mundo, las que causan el mal de legiones de criaturas desde la prehistoria, son obra de hombres y grupos de hombres que lejos de ponerse al alcance de los profesionales de la justicia, suelen poseer y enseñorear lo mejor del mundo».

No les gustó a muchos comensales este parrafillo del Jefe *Plinio*, pero como era tan bien querido de todos, unos se lo perdonaron y otros dijeron, para su descargo, que el discurso no lo había escrito él sino este modesto relator que aquí firma y concluye.

Benicasim-Madrid. Verano de 1968.

Localismos que aparecen en el texto de esta novela

Alpear.— Avanzar corriendo, pero trabajosamente, por terreno difícil.
Alujero.— Bromista, testero.
Asura.— En la acepción de sofoco, vergüenza.
Bacín.— Excesivamente curioso, metomentodo.
Bombizo.— Se dice que está bombizo, o que tiene la cabeza bombiza; es decir, en forma de bombo. Cuando no se le ocurre nada o está atontado. Ver Bombo.
Bombo.— Construcciones semiesféricas, hechas a base de piedras superpuestas sin yeso ni mezcla alguna, con puerta y pequeño tragaluz o chimenea, que existen en el campo del término de Tomelloso y sirven para cobijarse de manera provisional. Los hay de distintos tamaños.
Casquete.— Fornicación (en sentido chusco).
Catral.— Exageradamente grande. Tremendo.
Chuchurrío.— Seco, descompuesto, aplastado.
Cicato.— Se suele emplear con el significado opuesto a cicatero o ruin. Así es frecuente este diálogo:
—¿Quiénes son esas mozas?
—No las conozco, pero son cicatas (en sentido de estupendas).
Posiblemente es una corrupción de «no son cicatas o cicateras» físicamente.
Copero (dar copero a una cosa).—Dar forma, solucionar un problema. También con la acepción de calma, solemnidad.

Cuartillejo.— Casa pequeña en las afueras del pueblo. No suele tener más de dos habitaciones: cocina y cuarto. Con frecuencia se utiliza como prostíbulo de muy baja estofa.
Francisquilla.— Juerga modesta.
Gobanilla.— Expresión muy rústica para denominar la muñeca o articulación de la mano con el brazo.
¡Hurre!— Interjección que se emplea para echar a alguien con malos modos.
Parcilla.— Tapial bajo que separa fincas.
Pedriza.— En el sentido de montón de piedras, sacadas de las viñas, o terreno de labor.
Picholero.— Se dice del que tiene muy pocas viñas en sentido despectivo: «Ése es un picholero».
Quiquilicuatre.— Asentimiento de lo que se escucha, equivalente a «exactamente».
Relicenciao.— Al igual que licenciao o licenciado, o *bacín*, en el sentido de metomentodo, de muy curioso.
Semeje. —Parecido. Semejante.
Soletilla.— Bizcocho en forma de soleta pequeña.
Soñarra.— Tener mucho sueño.
Tapial.— Tapia hecha con barro y piedras.
Zurra.— Especie de sangría hecha casi siempre con vino blanco, agua, azúcar y fruta.



FRANCISCO GARCÍA PAVÓN. Nació en Tomelloso (Ciudad Real) en 1919 y falleció en Madrid en 1989. Fue novelista, periodista, crítico teatral y ensayista. Costumbrismo e ironía son los rasgos definitorios de su literatura. Se doctoró en filosofía y letras, ejerció como catedrático de historia del teatro en la Escuela Superior de Arte Dramático y desempeñó labores de crítico teatral en diversos periódicos. Tras su primera novela, *Cerca de Oviedo* (1945), publicó los relatos *Cuentos de mamá* (1952) y *Cuentos republicanos* (1961), en los que recreó los tipos y situaciones de su pueblo natal con un talante humorístico que caracteriza su obra. No obstante, debe su popularidad a las narraciones detectivescas protagonizadas por *Plinio*, jefe de la policía municipal de Tomelloso, que fueron adaptadas para la televisión. Entre ellas destacan *El reinado de Witiza* (1968), *El rapto de las sabinas* (1969) y *Las hermanas Coloradas* (1970), que ganó el premio Nadal. Escribió también los ensayos *Teatro social en España* (1962), y *Textos y escenarios* (1967).